

De lo virtual a lo real

A: Guillermo Diaz H.

INDICE

I.	Introducción	Pg. 6
II.	Libertad de pensamiento, ¿utopía o realidad?	Pg. 8
	1. <i>Generalidades</i>	
	2. <i>El factor oculto</i>	
	3. <i>El terror del adulto</i>	
	4. <i>El ciclo vital del conjunto de la humanidad</i>	
III.	La Cultura occidental en lo concerniente a la evolución humana	Pg. 13
	1. <i>Rol</i>	
	2. <i>Actitud</i>	
	3. <i>Efectos</i>	
IV.	Significado de nuestras edades	Pg. 17
	1. <i>Las edades consideradas por separado:</i>	
	A. Generalidades	
	B. Jerarquía funcional:	Pg. 19
	a. Generalidades:	
	a-1. ¿Qué es la jerarquía funcional?	
	a-2. La jerarquía funcional en el universo	
	a-3. En el ser humano:	Pg. 21
	a-3-1. Generalidades	
	a-3-2. Relaciones con la naturaleza	Pg. 22
	b. Funciones intelectuales	Pg. 24
	c. Funciones emocionales	Pg. 24
	d. Cambio del orden jerárquico	Pg. 25
	e. Interpolación en el proceso histórico	Pg. 26
	f. Conclusiones:	Pg. 27
	f-1. Enigmas del pasado	
	f-2. La percepción materialista en la ciencia médica	
	f-3. Otras percepciones, otras metas, otras ciencias	
	f-4. La Acupuntura	
	2. <i>Las edades consideradas en su conjunto</i>	Pg. 30

V. La sabiduría primigenia	Pg. 31
1. Argumentación	Pg. 31
2. Finalidad.	Pg. 32
3. Deseo y felicidad	Pg. 32
4. Información y conocimiento	Pg. 33
5. Opción a una evolución personal	Pg. 34
6. Transmisión del saber antiguo:	Pg. 34
A. Esotérico y exotérico	Pg. 34
B. Un tiempo especial	Pg. 35
7. Contenido del saber primigenio:	Pg. 36
A. Interacción energía-materia:	Pg. 36
a. Generalidades	
b. Otros significados: los estados puros de la energía y la materia	
c. Algunas preguntas para meditar	
B. La energía:	Pg. 39
a. Generalidades: derivaciones al ámbito humano	
b. Unicidad.	
c. Energía y conciencia	
d. Intencionalidad e inteligencia	
e. Vías de irradiación	
C. Yin-yang	Pg. 44
D. Las leyes básicas del universo:	Pg. 45
a. Generalidades	
b. La ley de los ciclos:	Pg. 46
b-1. Generalidades	
b-2. El ciclo modelo	Pg. 47
b-3. El comienzo del ciclo	
c. La ley de los cinco elementos	Pg. 53
d. La analogía:	Pg. 54
d-1. Similitudes	
d-2. Analogías	
VI. Periodo cíclico o edad actual de la humanidad	Pg. 57
1. Generalidades :	
A. las edades en la historia	
B. La edad actual	Pg. 58
C. Igualdad y función de las edades	Pg. 59
D. El poder del conocimiento	Pg. 60

E. El objeto del conocimiento	Pg. 60
F. Se avecina una nueva realidad, un nuevo ser humano	Pg. 61
G. Anuncios y perturbaciones del cambio de ciclo	Pg. 61
2. Inicio de la edad actual :	
A. Generalidades: una historia inventada	Pg. 63
B. Un acontecimiento excepcional: el inicio real	
3. Visión global del proceso histórico :	
A. Breve repaso histórico	Pg. 64
B. El proceso en la literatura	Pg. 66
4. Analogías de la edad presente de la humanidad con la vejez:	Pg. 67
A. Un método simple.	
B. La vejez y la concepción materialista del mundo y de la vida:	Pg. 67
a. Los sentidos y el mapa de la realidad	
b. Otras sensibilidades, otros mundos	
c. Testigos del pasado	
d. Resumen	
C. Orden jerárquico en las funciones del organismo humano:	Pg. 70
a. Funciones intelectuales:	Pg. 71
a-1. Generalidades	
a-2. La memoria en el comando de las funciones intelectuales	
a-3. La memoria y el esquema mental	Pg. 73
a-4. Los recuerdos y el acto de pensar	
a-5. ¿Qué son los recuerdos?	
a-6. Formación de los recuerdos.	
a-7. Energía de los recuerdos	
a-8. El sentido de la audición:	Pg.76
a-8-1. Referencias	
a-8-2. El sentido de la audición en el proceso evolutivo:	
a-8-2-1. Los sonidos.	
a-8-2-2. El lenguaje hablado y el esquema mental	
a-9 Similitudes de procesos mentales entre la vejez de un individuo y el conjunto de la humanidad:	Pg. 80
a-9-1 Recurrencia de los recuerdos.	
a-9-2 Usos y efectos de los recuerdos	
a-9-3 Los recuerdos en la dirección, formación y desarrollo de nuestra ciencia	
a-10 Valor de la palabra:	
a-10-1 Generalidades	
a-10-2 La palabra en el proceso histórico	
a-10-3 La palabra en el Paraíso	

a-10-4 La palabra en los últimos tiempos	
a-11. La jerarquía de las f. intelectuales en la salud y la historia	Pg. 85
b. Funciones emocionales:	Pg. 86
b-1. Generalidades	
b-2. Cuando surge el miedo	
b-3. Las tres clases de miedo y la esperanza	
b-4. El miedo en la conducta humana a través de la historia.	
c. Funciones somáticas:	Pg. 89
D. Relaciones de nuestra civilización con el mundo natural	Pg. 91
d-1. Generalidades	
d-2. Elementos de la naturaleza afines con nuestra época	
5. El esquema mental y la cultura occidental:	Pg.93
A. Generalidades:	
a. ¿Qué es el esquema mental?	
b. Un mundo para cada edad	
c. Aspecto particular del esquema	
B. Las culturas dominantes en la historia.	Pg. 94
C. La cultura occidental: cultura dominante del momento cíclico	Pg. 95
D. Dos alternativas para evolucionar	Pg. 95
E. La historia, una imagen amplificada de lo individual	Pg. 96
F. Imposiciones y contradicciones de la Cultura occidental	Pg. 98
G. La Cultura occidental:	Pg. 99
a. Filosofía y cultura:	
a-1. Generalidades	
a-2. Origen	
a-3. Visión doble de la Cultura occidental	
a-4. El exclusivismo del ser humano:	
a-4-1. Generalidades	
a-4-2. El nacimiento de un nuevo egoísmo	
a-4-3. El Yo, el temor a la muerte y la procreación	
a-5. El dualismo en la concepción de la naturaleza humana	
a-6. El dualismo en la conducta social y personal	
b. Civilización	Pg. 105
c. Religión	
VI Resumen	Pg. 107

INTRODUCCIÓN

En el estudio que sigue pretendemos demostrar que lo que entendemos por salud y enfermedad son simples conceptos que no se corresponden con la verdadera naturaleza humana y que si los aceptamos como estados reales, condicionando a ellos nuestras vidas, es porque así fueron impregnados en nuestra conciencia, por la educación y la sociedad, dentro del conjunto de valoraciones de la Cultura occidental. De aquí que siendo esta materialista, ni la ciencia médica ni sus usuarios pueden concebirlos sino desde el punto de vista de la supervivencia.

La enfermedad es presentada como algo semejante a un catalejo que, según su gravedad, nos aproxima o aleja a la muerte, proyectando de esta manera el miedo que, muchas veces, es peor que la dolencia misma. En tanto que a la salud se la considera como pasaporte a la eternidad.

Por esta razón, las dolencias que supuestamente nos aproximan el final de nuestra existencia, tales como el cáncer o el sida, nos aterran y su dictamen perturba aun más al paciente. En cambio otras como el sarampión tienen una aceptación hasta cierto punto optimista porque siendo tipificadas como infantiles se encuentran muy alejado de dicho fin. Pero, ¿que valor podría tener la vida humana sin un propósito mayor que la simple supervivencia? ¿No es acaso la supervivencia la aspiración común a los insectos y a todo animal?

Igualmente desarrollamos el postulado que la humanidad sigue el mismo proceso cíclico que cualquiera de los individuos que la conforman. En otras palabras tuvo infancia, pubertad, juventud, adultez, vejez. En consecuencia en cada uno de estos periodos, el hombre ha tenido modificaciones sustanciales en la totalidad de su ser y, las mismas, dieron significados diversos a la salud y enfermedad.

En este contexto, la Cultura occidental no es sino la interpretación, expresada en conceptos de lo que, por imperativo de su edad o periodo cíclico, el conjunto de la humanidad percibe de la realidad, y no de la realidad misma. Edad o período cíclico que, como demostraremos, es análoga a la decrepitud en un individuo y responsable del materialismo de la Cultura occidental.

Y si los individuos no podemos sino adecuar nuestra conducta a sus dictados es debido a que, la Cultura occidental, al mismo tiempo que nos inyecta su contenido, modela nuestra conciencia con un esquema mental que no nos permite aceptar, ni dar validez a otras facetas de la realidad, valores, conceptos o formas de vida de los que ella defiende.

Un efecto destacado de su influencia, sobre el individuo, lo encontramos en el consumismo, que no es otra cosa que el deseo, artificialmente impuesto, de reforzar, adornar o disfrutar de nuestra dimensión material a la que nos induce a considerarla como nuestra única realidad.

Vivimos pues en un mundo virtual, construido por conceptos e ideas que apenas rozan la realidad. Así, en lo tocante a la salud llegamos al concepto y significados de la enfermedad antes que a la dolencia misma.

La ciencia médica, por la sabia materialista que la anima, apoya sus diagnósticos en una aparatología cada vez más sofisticada y dirige sus investigaciones sobre modelos fisiológico y anatómico estándar sin considerar que los seres humanos poseemos una esencia imposible de cuantificar, ni que tenemos características que nos diferencian sustancialmente entre si, (como botón de muestra considérese las huellas dactilares). Quizá en estas diferencias esté la respuesta a la pregunta ¿por qué las terapias tienen efectos positivos en unos pacientes y no en otros? o ¿por qué unos están en paz consigo mismos y otros, en idénticas condiciones, no lo están?

Sus esfuerzos, y los de la ciencia en general, son comparables al artesano que intentando mejorar la calidad del agua se dedica a perfeccionar el recipiente que lo contiene.

De aquí que nuestro estudio investiga la dimensión humana más allá de los límites del esquema mental y de los valores establecido por la Cultura occidental. Nuestra meta es aproximarnos a la realidad objetiva con la finalidad de obtener claridad mental, serenidad emocional y equilibrio físico, tres condiciones que deberían constituir el verdadero estado de salud que, no es, como normalmente se concibe: la mera ausencia de dolor.

Lo dicho justifica que la primera parte del libro este dedicado a analizar los pilares básicos de la Cultura occidental y el esquema mental que lo sustenta.

En nuestra opinión, es el primer paso en un camino que conduciría hacia el conocimiento objetivo de la naturaleza humana y, por ende, de la salud, de la enfermedad y, sobre todo, de la finalidad última de la vida humana.

Tiene como punto de partida el supuesto que el ser humano ejerce libremente su capacidad pensante y albedrío. Base subjetiva sobre la que se asienta la cultura occidental.

Es un estudio dinámico que demuestra que la cultura occidental esta unida casuísticamente a las culturas que le precedieron y que, todas ellas, han sido creadas por un saber primigenio que fluye como la corriente de un río, desde el alba de la humanidad hasta el presente. Nos acompaña la seguridad que la indagación en este saber contribuiría a dilucidar etiologías y soluciones a las patologías, ya constituidas en emblemáticas de nuestro tiempo, nos referimos al Sida, Alzheimer o Cáncer.

En su segunda parte, expone algunas nociones del saber primigenio y, con ellos, al mismo tiempo que analiza nuestros procesos determina el periodo cíclico o edad en que se encuentra en la actualidad la humanidad.

En su tercera parte, siempre apoyados en el saber primigenio, propone un modelo de acción cuya aplicación serviría tanto para la remisión de dolencias como de incentivo en la búsqueda, para nuestras vidas, de un sentido superior a la simple supervivencia.

No juzga sino expone, evitando someterse a la mente crítica (característica del esquema mental de esta época), que evade o deshecha aquello que no encaja en sus moldes.

Escrito bajo la conciencia de ser una verdad subjetiva tiene todas las limitaciones de la subjetividad. No obstante, esperamos que sirva de ayuda a quien anhela, para si y para los demás los tres pilares, ya mencionados, de la verdadera salud: equilibrio físico, serenidad emocional y claridad mental.

II La libertad de pensamiento: ¿utopía o realidad?

1. Generalidades
2. El factor oculto
3. El temor del adulto
4. El ciclo vital del conjunto de la humanidad
5. Derivaciones y beneficios

1. Generalidades

En cada ser humano, detrás de todos sus deseos subyace la aspiración a ser felices. ¿Quién buscaría confort, poder, fama, correspondencia a sus afectos, conocimiento, gloria, etc. si no creyera que ello le deportará felicidad? La felicidad pues, en última instancia, es el fin de la vida, nada más. Ahora bien, si la felicidad es el deseo común a todos los seres que conformamos la familia humana ¿por qué, en un sentido global, nuestra llamada cultura occidental y, en un contexto particular, los individuos, seguimos una dirección contraria a dicha meta? Si, como sabemos, todas nuestras acciones, ciencia y cultura se elaboran en primer lugar en el pensamiento y, teniendo en cuenta que la tendencia al placer es innata en la naturaleza humana ¿por qué esta tendencia y nuestros pensamientos, no se armonizan entre sí para conducirnos hacia un estado de gozo continuo o felicidad? ¿Acaso la razón, de la que se jacta el hombre al definirse a si mismo como un animal racional, tiene por meta llevarnos hacia el dolor?

La guerra, con sus consecuencias suficientemente conocidas como para que nos extendamos en ellas, es referente constante en el proceso histórico de la humanidad. Por otro lado, los medios de comunicación, con técnicas audio visuales en constante perfeccionamiento, desvirtúan nuestros instintos básicos y, en el común de la gente, implantan necesidades ficticias que no responden a carencia alguna sino a la codicia, la vanidad y sobretodo al miedo: miedo al futuro, a las enfermedades, a la soledad, etc. Y, lo que es peor, no podemos evitar ser condicionados por ellos, porque invaden todos los ámbitos de nuestra existencia.

Ante el actual panorama mundial es dable considerar dos opciones. La primera sería que somos una sociedad de locos cuyo placer es atentar contra si mismo. La segunda nos remite a un factor desconocido que nos impide el discernimiento necesario para alcanzar el fin último de la vida, es decir que en modo alguno podríamos conducirnos de manera diferente a como lo hacemos porque existe algo, ajeno a nuestra voluntad, que nos priva de libertad de pensamiento. Pero, ¿qué factor es este?

2. Un factor oculto

La ciencia devela cada día nuevos secretos de la materia y los recursos técnicos que de ella se derivan amplia nuestras posibilidades hasta lo indecible, como demuestra el desarrollo de la manipulación genética, ciencia astro-física, la física cuántica, informática o Internet. Ante ello, la locura quedaría descartada y la inteligencia humana parecería no tener limitación alguna.

En este punto, es necesario destacar que en el acto del niño, cuando se lanza a la calzada en pos de su juguete sin considerar el peligro de los coches que le vienen de cara, tampoco observamos deseos de autolesionarse, locura o coacción alguna. El niño, en este caso, así como en todos sus actos, se conduce de manera inteligente, con libertad de pensamiento y lógica. En resumen, en armonía con las reglas de un mundo que es suyo, exclusivamente suyo: el mundo de la infancia, imperceptible para sus padres pero, tan real para él como para el adulto el suyo.

El ejemplo resalta que el niño, en verdad, carece de libertad para elaborar otros pensamientos que aquellos que se derivan de la realidad que le presenta su infancia, de la que es imposible que pueda abstraerse a voluntad. Y si esto que es obvio en nuestra infancia, por experiencia sabemos que también nos sucede lo mismo en las restantes edades.

Siendo niños, jóvenes o adultos solo podemos pensar como niños, jóvenes o adultos sin que, en ningún caso, tengamos la mas minima opción de impedir llegar o permanecer en una u otra edad.

En consecuencia, si en la corriente del tiempo, vamos de una edad a la otra al margen de nuestra voluntad y si en cada una de estas nuestra capacidad pensante no puede evadir un modo de pensar específico y diametralmente diferentes entre si, nada nos impide afirmar que, en tanto individuos, carecemos de libertad de pensamiento. O, en su defecto, que en cada edad tenemos una libertad de pensamiento particularizada a la edad en curso.

3. El temor del adulto

La tan cacareada libertad de pensamiento o libre albedrío, tal como la difunde nuestra cultura, no es sino un concepto utópico inventado por aquel que defiende su propio modo de pensar, y teme perder el poder que en el ejercicio del mismo ha adquirido. En nuestro caso y a nivel general, este es el adulto.

Son gente adulta la que ha puesto los cimientos de nuestra cultura y adultos son quienes la mantienen, la acrecientan y la defienden.

Pero, ¿por que temer al hecho de que las edades coacten nuestra libertad de pensamiento, si como nos demuestra la experiencia, el paso por nuestras edades es el medio por el cual, nuestra conciencia evoluciona hacia un conocimiento mas completo de nuestro entorno y de nosotros mismos.

La finalidad natural de la existencia humana es la evolución de nuestra conciencia y esta se cumple, justamente, gracias a que carecemos de libre albedrío, pues si nuestro libre albedrío fuera real en toda la extensión que se le atribuye ¿quien desearía abandonar la juventud o la edad en la que mas cómodo se sintiera? Si pudiéramos hacerlo, sin duda lo haríamos y con ello detendríamos nuestra evolución, dicho en otras palabras cortaríamos el flujo de nuevos conocimientos que son el alimento de nuestra conciencia, pero no podemos.

Es imposible evitar las modificaciones, en cada edad, de nuestras condiciones fisiológicas, emocionales e intelectuales que nos hacen experimentar de modos diferentes tanto nuestra propia naturaleza como el mundo circundante.

4. El ciclo vital del conjunto de la humanidad

Ahora bien, si durante nuestro ciclo vital es un hecho real la ausencia de una verdadera libertad de pensamiento ¿podemos considerar lo mismo respecto al conjunto de la humanidad? Dicho en otras palabras, ¿los hombres y mujeres de este momento y a lo largo de todo el proceso histórico conocido han carecido y carecen de libertad de pensamiento o, expresado con otras palabras, las gentes de este periodo cíclico elaboran sus pensamientos según un patrón que no depende de la voluntad humana sino de la edad o periodo cíclico en que se encuentra?

No nos cabe duda que es así.

Para llegar a esta respuesta afirmativa, en primer lugar debemos considerar que el conjunto de la humanidad, desde la aparición de los primeros hombres hasta el presente, sigue el mismo proceso cíclico que un individuo. En consecuencia, en su periplo cíclico, ha atravesado y atraviesa por periodos análogos a los que en nuestro ciclo vital corresponde a nuestras edades, por tanto el momento histórico en que nos encontramos debe ser análogo a alguna de ellas.

Entonces, sería por efecto de las condiciones; fisiológicas, emocionales e intelectuales, que impone este periodo cíclico, o edad, al conjunto de la humanidad que nuestra percepción de la realidad y por ende nuestros pensamientos se concentran en un ámbito específico, y no en otro, de la realidad.

Como es obvio, este ámbito es la materia y sus consecuencias es de todos conocida.

No cabe duda que el hombre piensa y se conduce de la manera que lo hace, no por elección voluntaria, sino porque no puede hacerlo de otra manera, pues, si pudiéramos concebir una vida superior al materialismo, ¿seguiríamos tan dolorosamente aferrados a nuestro cuerpo y sus necesidades, a la adquisición de bienes materiales, de poder, etc.? Basta una visión general de nuestro proceso histórico conocido y sobre el momento actual, para reconocer en las conductas sociales e individuales de la población mundial un mismo patrón de discernimiento, que ha ejercido y ejerce, entre una gama amplia de opciones de índole puramente materialistas.

Opciones que oscilan entre la subsistencia más elemental, cruelmente ilustrado en nuestros días por las miles de personas que diariamente mueren por desnutrición, y la subsistencia pletórica de aquellos que no persiguen sino incrementar sus riqueza o el dominio esclavizante de los otros. Aún para las religiones, el cielo e infierno son prolongaciones metafísicas de opciones materialistas: lugares de supervivencia placentera o atormentada.

Es verdad irrevocable que la humanidad un día apareció y otro día desaparecerá. Y en estas condiciones, como especie animal, es un organismo vivo cuya existencia necesariamente abarca un ciclo. Pero su ciclo, ¿a qué leyes obedece?, ¿qué proceso sigue? La respuesta no puede ser otra que: su ciclo obedece a las mismas leyes y sigue el mismo proceso del ciclo vital de cualquier individuo. La razón salta a la vista pues la humanidad es un cuerpo vivo formado por la reunión de los individuos que la conforman y necesariamente su existencia debe evolucionar siguiendo el modelo cíclico de su célula básica, un individuo.

A riesgo de ser reiterativos, insistimos en que la humanidad entre su nacimiento y su extinción atraviesa por periodos análogos a los de nuestra infancia, juventud, adultez y vejez. Y, la libertad de pensamiento y el libre albedrío, en la extensión que se le da, son cualidades añadidas a la auto imagen que el hombre, tiene de si mismo por simple vanidad, la misma que deriva del hecho de ignorar la transitoriedad del presente periodo. Vanidad análoga en sus manifestaciones y consecuencias a la vanidad adusta del anciano, a la prepotente del adulto, a la ingenua del joven o a la vanidad egoísta del niño. **En resumen**, el ciclo de la humanidad se desarrolla siguiendo el mismo modelo que el ciclo vital de un individuo.

El conjunto de la humanidad, en la actualidad se encuentra en algún período de su ciclo vital total.

Este periodo es equivalente a una de nuestras edades.

Así, como en la infancia, juventud, adultez y vejez tenemos fisiologías y modos de pensar dependientes de la edad, el periodo o edad actual de la humanidad, también influye de la misma manera sobre la totalidad de su población. De ella deriva que la percepción del ser humano, a todo lo largo de su historia conocida, se limite a la parte física de la realidad y, por ende, dirige sus pensamientos y conducta, hacia el componente material de la vida y hacia todo lo que de ello puede derivar.

Por tanto, nuestra conducta, siendo en apariencia autodestructiva y disparatada, no sería diferente a la del anciano o del niño, quienes, desprovistos, por la misma ancianidad o por la infancia, de la capacidad de evaluar sus posibilidades, (en relación con el mundo circundante) se obstinan en realizar acciones temerarias.

5. Derivaciones y beneficios

La carencia de libertad en el ejercicio de nuestra capacidad pensante es un estadio necesario, ineludible y transitorio en la evolución de nuestra conciencia, tanto en el ciclo vital de un individuo como en el ciclo vital del conjunto de la humanidad.

Reconocer nuestra dependencia del factor temporal (de nuestras edades) en nada menoscaba nuestra dignidad, por el contrario, nos aportaría múltiples beneficios, en especial en lo tocante a la salud.

Por ejemplo, del hecho ya mencionado y por todos conocido; de que en cada edad tenemos una fisiología específica que origina una patología y terapéutica también específicas (pediatría, geriatría, etc.), se derivaría el supuesto que los sistemas terapéuticos que desde tiempos remotos superviven, a saber: acupuntura, medicina ayurveda y tibetana, entre otros, fueron elaborados en base a fisiologías diferentes a la nuestra debido a que pertenecían a otras edades de la humanidad. Es decir estaban orientados a conocimientos fisiológicos que en la actualidad ignoramos.

Un estudio concienzudo de los mismos sacaría a la luz matices de la naturaleza humana que fueron predominantes en aquellas edades anteriores de la humanidad pero que hoy pasan desapercibidos. Los mismos, aunados al saber existente, acrecentarían la eficacia de nuestra medicina.

Las enfermedades llamadas incurables solo son tales para nuestra medicina, quizá en los sistemas terapéuticos mencionados, u otros, se hallen los elementos coadyuvantes necesarios para que dejen de serlo.

Síntesis de lo expuesto:

1. La humanidad sigue el mismo proceso cíclico que un individuo.
2. En la actualidad se encuentra en algún periodo de su ciclo.
3. Este periodo limita nuestra libertad de pensamiento y determina nuestra fisiología.

Puntos que nos llevan al tema siguiente que desarrollaremos interpolando el ciclo vital de un individuo al ciclo del conjunto de la humanidad:

III La Cultura occidental en la evolución humana

1. Rol

2. Actitud

3. Efectos

1. Rol

La Cultura occidental, dentro del ciclo de la humanidad, tiene un rol análogo al código de conducta que tenemos en cada edad de nuestros ciclos vitales.

En efecto, en nuestras edades, los individuos tenemos códigos específicos de conducta que incluye una escala de valores, lenguaje, motivaciones, etc. que sirven para uniformizar los múltiples criterios, sobre la vida y el mundo, que suscita la edad en curso. Cada edad esta formada por innumerables miembros y si bien es cierto que durante nuestro transito por ellas, todos los que estamos en una u otra edad, percibimos básicamente la misma realidad (interna y externa), no es menos cierta que la interpretación de ella, varía a medida que evolucionamos hacia la siguiente edad.

Tal divergencia de opiniones entre los miembros de una misma edad, indefectiblemente llevarían a la confrontación de no existir un código que las uniformice.

Por tanto, del mismo modo que los códigos de la infancia quedan invalidados en la adolescencia, los de esta en la adultez y así sucesivamente, la Cultura occidental, con todo lo que ella implica, quedará obsoleta cuando llegemos a la edad hacia la que nos dirigimos.

Lo cual no niega en nada que haya contribuido, y siga haciéndolo, al desarrollo de la conciencia humana y al bienestar común. Al contrario reafirmamos que es un eslabón fundamental en la evolución del conjunto de la humanidad pues esta sigue las mismas pautas que en un individuo.

Y si un individuo, a lo largo de su ciclo vital, desarrolla su conciencia al adquirir en cada edad un conocimiento específico del mundo y de la vida, otro tanto le sucede al conjunto de la humanidad.

En su edad actual y desde el inicio, todos sus miembros poseemos unas características comunes que solo nos permiten percibir una parcela de la realidad y a esta se circunscribe toda su ciencia y cultura.

La Cultura occidental, incluida su ciencia no son, como pretenden serlo, interpretes e investigadores de la realidad, sino tan solo de una parcela de la misma. De aquella que la edad presente de la humanidad nos permite percibir.

He aquí su importancia ya que la evolución es una suma de conocimientos y al final del ciclo total de la humanidad, el adquirido en este periodo se sumará a los conocimientos adquiridos en las edades anteriores.

En aquella edad final, el hombre nacerá con los conocimientos de las edades anteriores reunidos en si mismo y tendrá ante si la verdad objetiva del mundo y de la vida.

La Cultura occidental; debido a su rol de uniformador de criterios, a medida que nos dirigíamos hacia el siguiente ciclo, ha tenido la necesidad de adaptar sus valoraciones a

los diferentes momentos históricos, pero siempre conservando sus parámetros materialistas esenciales.

En lo referente a la salud, lo ejemplariza la epilepsia.

En el primer estadio de este periodo se la consideraba enfermedad de los dioses y no impidió que Julio Cesar y Alejandro el Magno, que la padecieron, realizaran las proezas que todos conocemos. Luego se pensó que era causada por espíritus malignos que tomaban posesión del doliente y se recurría a exorcismos para ahuyentarlos.

En nuestros días, se la considera una disfunción cerebral que puede acarrear riesgo social. Razón por lo que, a quien lo padece, según la gravedad de la misma, se le niega o limita el ejercicio de ciertas actividades públicas, como el permiso de conducir. En nuestros días ni Julio César, ni Alejandro el magno habrían sido aceptados en el servicio militar.

Observemos que en estos tres momentos históricos no varia el concepto de enfermedad que acompaña a la epilepsia pero si la actitud social e individual frente a ella.

El efecto inhibitor del acto de ignorar que la humanidad evoluciona siguiendo el mismo periplo cíclico que un individuo, puede ser ilustrado por los viajeros en un tren que desconocen donde se encuentran. Estos, a razón de que pueden desplazarse a discreción dentro de los límites del tren, consideran tener total libertad de movimientos (libre albedrío, libertad de pensamiento) e identifican el espacio limitado del tren (la parte material de la realidad) con la totalidad del paisaje por el que corre (la realidad objetiva). Como es natural, los viajeros dentro del vehículo mantendrán adormiladas aquellas potencialidades suyas que se desarrollarían si, abandonaran el tren para aventurarse a campo abierto.

¿Será esta la razón por la que solo ejercitamos el diez por ciento de nuestra capacidad pensante?

Recalcamos que nuestra intención es hacer de nuestra exposición un espejo que refleje, desde otro ángulo, la imagen que tenemos de nosotros mismos y de nuestra realidad, sin olvidar que el valor del espejo está en quien en el se mira.

2. Actitud

La Cultura occidental, debido a la edad actual de la humanidad, carece de medios científicos y nosológicos que le permitan, en lo tocante a la evolución humana, ir más allá de aquello que puede ser demostrado por testimonios de índole físico.

Debido a ello nuestros investigadores están impedidos de tener una clara visión del largo camino recorrido por el hombre desde su aparición hasta nuestros días. Esta carencia, unida a la necesidad de afirmarse como hegemónica de nuestro tiempo, la lleva a la conclusión que la humanidad actual descende en línea directa del primer hombre y este de un homínido originario de África.

Así pues, los seres humanos actuales descendemos de los grupos de sapiens que vivían en África hace algo más de cien mil años, estos del Homo Rhodensiensis y el Rhodensiensis del Homo Ergaster, primer homínido oriundo de Africa que emigró y se expandió por Asia hace dos millones de años.

Igualmente sostiene que el hombre, desde su nacimiento en África, mantiene hasta el presente una progresión constante en su evolución cultural, siendo ella misma la expresión máxima de esta evolución y, en consecuencia, su método científico, la única vía hacia el conocimiento.

De esta manera, nuestra Cultura Occidental, elimina toda posibilidad de que, antes de ella hubieren otros grupos humanos, con culturas, ciencias, métodos, y motivaciones diferentes pero tan validas para su momento cíclico como lo es ella para el nuestro.

Una actitud a todas luces defensiva, con la que evita ser despojada del sitio en el que se auto ubicó dentro del proceso evolucionista.

Y, si bien existen restos arqueológicos y herencias culturales diseminados a lo largo y ancho de nuestro planeta, a las que bajo un análisis atento se las descubriría como testimonios de civilizaciones de talento insospechado, a todos ellos los explica haciendo de si misma un modelo con el que los compara y los valora. Naturalmente, con este criterio nuestra cultura, ciencia y civilización, siempre serán superiores a todo cuanto existió en tiempos prehistóricos.

La actitud defensiva de la Cultura occidental se constata en los museos, cuyo objetivo final es exhibir rezagos de culturas pasadas sencillamente para exaltar su propia grandeza.

También por comparación sistemática de los rezagos consigo misma, reedifica el pasado más lejano de la humanidad y para ello, toma como referentes los instrumentos y materiales encontrados en los yacimientos. De este modo, divide el flujo histórico en las llamadas edades de piedra, de hierro, etc.

Sin embargo, en lo tocante al origen real del hombre, deja sin respuesta la pregunta que pretende contestar y que subyace en todas las conciencias: ¿de donde venimos?

Su teoría evolucionista acrecienta aún más este misterio, pues da pie a preguntas tales como ¿por qué el homo Rhodensiensis, una especie relativamente reciente, haya desaparecido en tanto que perviven sus engendradores, los primates, especie mucho más antigua? O, ¿por que estos no continúan convirtiéndose en homínidos?

Nuestra Cultura Occidental tiene una actitud semejante a la del joven, quien al mismo tiempo que defienden a ultranza sus ideas, trata de contagiar con ellas a cuantos mas mejor, sin tener en cuenta que, muy pronto, en la adultez también a el le parecerá extrañas.

3. Efectos

La Cultura occidental para expandir sus valores materialistas se sirve del modelo en que ella misma se ha constituido. Modelo al que imprime en nuestras conciencia, acompañado por el método comparativo, a través de la educación y condicionamientos sociales. Razón por la cual sus efectos se extienden a todos los individuos incitándonos a la competitividad, a la adquisición de bienes y poder.

El modelo asentado en el trasfondo de nuestra conciencia nos induce, de forma subliminal, a alcanzar metas (materialistas) que posean sus propias características, las mismas que traducidas al ámbito existencial, se aproximan a lo que podría entenderse como una juventud ideal donde predomina fortaleza física, poder y belleza, rechazando,

tácita o expresamente, todo aquello que nos podría evitar u obstaculizar lograr nuestros objetivos.

Entre los efectos nocivos de la influencia del modelo destacan:

a) Desdén por la vejez, que se manifiesta en casi todos los ámbitos sociales, en especial en el médico y laboral. Y, en su vertiente opuesta, la admiración o añoranza de la infancia.

El desdén por la vejez, muy acusado en las naciones desarrolladas, se debería a que la vejez nos aleja del poder y de la juventud que el modelo representa, en tanto que la admiración por la infancia se debería a que la infancia nos acerca hacia el.

b) Temor ante la muerte. A la muerte, se la teme porque nos arrebatara los atributos físicos (cuerpo y pertenencias), con los cuales, por influencia del modelo materialista, nos identificamos. Y, a nuestro Yo le aterra perder su identidad. El temor a la muerte se manifiesta abiertamente en la ocultación que la sociedad hace de nuestra condición de seres mortales. Los programas educativos lo obvian por completo y los medios de comunicación lo disfrazan ostensiblemente. Bastaría leer en los periódicos o escuchar en la televisión las noticias que refieren el deceso de tal o cual personaje. Las mismas mencionan como causa de la defunción a una enfermedad cualquiera, lo que hace presumir que si la enfermedad no existiera dicho personaje, y por extensión el hombre, sería eterno.

c) Identificación de la felicidad con el bienestar físico y de este con el poder. El poder tiene una amplia gama de manifestaciones que va desde el poder adquisitivo en el común de la gente, hasta el ansia de dominio sobre los otros, tan a flor de piel en políticos y gobernantes.

d) Angustia existencial. En cada individuo se entremezcla la expectación por alcanzar lo que el modelo representa, con la pesadumbre cuando comprendemos que hemos dejado atrás nuestras posibilidades de conseguirlo. La confluencia de expectación y pesadumbre, originan este sentimiento de insatisfacción que todos compartimos. Insatisfacción con uno mismo y el entorno, que menoscaba nuestra salud mental, emocional y física. Algunas de sus expresiones trágicas son las oleadas migratorias, la anorexia, bulimia, depresiones, etc.

e) Por último, el método comparativo induce a los individuos a valorar la edad en que nos encontramos, no por lo que ellas nos brindan en sí mismas, sino por comparación con lo que representa nuestra juventud, por los bienes adquiridos o por la ubicación en los estratos sociales.

IV Significado de nuestras edades

1. Las edades consideradas por separadas.
2. Las edades consideradas en su conjunto.

1. Las edades consideradas por separado: A. Generalidades

B. La jerarquía funcional:

A. Generalidades

En líneas generales, para la Cultura occidental, los individuos cumplimos nuestro ciclo vital siguiendo un proceso evolucionista, de causa-efecto, en el que una edad deriva de la otra. A cada una de ellas la define, estudia y valora por sus diferencias y/o aproximaciones con un baremo estándar (homeostasis) que contiene las características morfológicas, fisiológicas y psicológicas que correspondería a un individuo adulto plenamente desarrollado. Es decir, un ser humano no sería sino una organización biológica compleja cuyos órganos o partes, a lo largo de su existencia, interaccionan entre si y con su medio conservando, en ambos casos, las mismas relaciones fisiológicas.

Como es obvio, este criterio no aborda el misterio que encierran nuestras edades, es decir ¿por qué cada edad la vivimos como episodios independientes, con percepciones de la realidad, fisiología, motivaciones, modos de pensar, conducta, etc. absolutamente diferentes entre si?

Nuestras edades, en realidad, son mundos muy diversos en los que vivimos como si fuésemos seres extraños entre si. Por experiencia sabemos que siendo adultos es poco menos que imposible el reconocimiento de que fuimos niños y siendo niños o adolescentes el de que llegaremos a ser ancianos. Además a diario comprobamos que en el mundo de la vejez abundan los peligros y limitaciones mientras que en los de la infancia y juventud se carecen de ellos.

¿Por qué sucede esto si desde el punto de vista evolucionista no existen causas para ello? Ya que, como afirma el evolucionismo, a lo largo de la existencia de un individuo, no se dan cambios sustanciales en su fisiología y tampoco varía su espacio exterior.

En tales condiciones, un individuo debería tener la misma percepción del mundo y de si mismo durante todo el tiempo que dure su existencia. Lo cual, como sabemos por experiencia, no sucede.

Una paradoja más del evolucionismo.

Paradoja que se acrecienta con el argumento que los mundos diferentes de nuestras edades son productos del "desarrollo de nuestra conciencia" y al mismo tiempo, haciendo a la conciencia subsidiaria de nuestros órganos.

Pero, si la conciencia fuera dependiente del cuerpo debería seguirle a este en su decadencia y, justamente sucede lo contrario.

Lo demuestra el incremento, en cualquier individuo, a medida que pasan los años, del caudal de su conocimiento, elemento vital de la conciencia tal como la sangre lo es del organismo.

El ser humano es algo más que un descendiente evolucionado del mono.

Ciertamente, somos unidades biológicas con una existencia cíclica limitada pero, en cambio, nuestras posibilidades rebasan todo lo imaginable.

Basta reflexionar sobre la manifestación mas simple de la mecánica de las unidades para constatar que usted o yo, aquel o el de mas allá, hombre o mujer, niño o anciano, sin distingo de raza, lugar o condición social, que todo miembro de la familia humana es de fundamental importancia para la permanencia de la vida y del cosmos.

Para ello considérese; en primer lugar, que el universo es una unidad de infinitas partes y que cada una de estas también es, en si misma, otra unidad. Y, en segundo lugar, que toda unidad adquiere su identidad por las partes que lo forman, de modo que bastaría que una sola de ellas faltara para que lo perdiera.

Ahora bien, siendo cada individuo parte de la unidad mayor de todas: el universo, la existencia de este depende de cualquiera de nosotros.

Una reflexión que, por añadidura, incrementa nuestra humildad porque suprime los grados de superioridad o inferioridad entre las partes otorgando el mismo valor a todas ellas.

La igualdad entre los seres humanos tiene una base cósmica, absolutamente real, mas sólida y amplia que los criterios antropológicos o morales.

Los seres humanos somos seres maravillosos que han perdido la conciencia de su verdadero valor.

Reducimos nuestros mundos a minúsculos territorios; llámense hogar, patria, etc. ignorando que en realidad nuestro territorio es el espacio sideral. Aquí convivimos con infinitos fenómenos estelares y nuestro hogar, el planeta tierra, se desplaza entre ellos girando alrededor del sol a una velocidad media de 108 mil kilómetros hora.

Aún mas, de la exposición anterior y sabiendo que toda unidad se mantiene por la interacción de sus partes, se deduce que, los individuos, siendo partes de la unidad del universo, necesariamente recibimos constantemente la influencia de todos los elementos que constituyen el cosmos.

Entre otras, pueden mencionarse las Influencias ostensibles que nos llegan directamente de la primera unidad superior (la humanidad) como son la raza, el ADN. De la segunda unidad o nuestro planeta tierra: los climas. De la tercera o sistema solar: las estaciones anuales; influencias sutiles como las de los ciclos de la luna o de las manchas solares o en extremo sutiles como las influencias planetarias, (a cuyo cuerpo doctrinal, degradado y deteriorado casi por completo, pertenece la astrología).

En este contexto, las edades propiamente dichas, no son únicamente los conjuntos de características (morfológicas y fisiológicas) que la Cultura occidental nos atribuye mientras atravesamos una cierta cantidad de años.

Nuestras edades, en verdad son sectores de nuestro ciclo vital.

Pero, debido a que nuestro ciclo vital es parte viva del ciclo del universo y por tanto evoluciona al unísono con todos los elementos cósmicos, si quisiéramos conocer en profundidad el significado de nuestras edades, solo podríamos hacerlo en este contexto. Labor harto difícil que rebasa nuestras posibilidades.

Pero existe una segunda vía de conocimiento, y esta señala como causa de nuestras edades, en primer lugar a **la jerarquía funcional del organismo humano** y en segundo lugar a la mutación, en cada edad, de esta jerarquía a un nuevo orden.

En realidad, la jerarquía funcional es la parte más asequible, al entendimiento humano, de la mecánica del universo.

- B. Jerarquía funcional:**
- a. Generalidades:**
 - b. Funciones intelectuales**
 - c. Funciones emocionales**
 - d. Cambio en el orden jerárquico**
 - e. Interpolación en el proceso histórico.**
 - f. Conclusiones**

- a. Generalidades:**
- a-1. ¿Qué es la jerarquía funcional?**
 - a-2. La jerarquía funcional en el universo**
 - a-3. En el ser humano:**
 - a-3-1. Generalidades**
 - a-3-2. Relaciones con la naturaleza**

a-1. ¿Qué es la jerarquía funcional?

Cualquier unidad, sea el universo o una hormiga, existe bajo cuatro condiciones resaltantes; una es que están compuestas de partes, otra que sus partes mantienen un orden, la tercera es que sus partes funcionen regulando sus potenciales según una estricta jerarquía. Y la última condición, la más destacada, es que la jerarquía funcional que tiene la unidad en el momento de su nacimiento, cambia su orden en diferentes momentos de su ciclo vital.

Estos cambios son la causa de que haya modificaciones sustanciales en toda unidad durante su periplo cíclico sin que, por ello, la unidad pierda su identidad.

De no cumplirse las condiciones citadas la existencia sería imposible ya que sin un orden interno en la unidad, en ella reinaría el caos, lo cual negaría su identidad.

Y, si todas las partes de la unidad funcionaran al mismo tiempo, con sus potenciales a un mismo nivel, las partes se anularían entre sí y las unidades tampoco podrían mantenerse. En ambos casos ni el universo ni la hormiga existirían.

Y si tampoco se cumpliera la última condición, si no hubiera cambios en la jerarquía funcional a lo largo de un ciclo vital, esto significaría que la unidad siempre sería la misma que fue al nacer, lo cual niega la evidencia que nos da nuestra percepción del mundo exterior, y de nosotros mismos, que todo cuanto podemos percibir está sometido a un cambio perenne.

De lo expuesto se concluye que la jerarquía funcional expresa el equilibrio en la relación tiempo-espacio, constituyéndose por ello en base de la existencia misma.

Gracias a ella, la unidad mantiene el orden espacial de sus partes, que le da su identidad (por ejemplo el orden anatómico en el ser humano) porque el tiempo, incide en primer lugar porque sus funciones (las edades) y, solo después de haber agotado su ciclo vital, incide sobre la totalidad de la unidad arrastrándola en la corriente incesante de transformaciones que caracteriza la creación.

a-2. La jerarquía funcional en el universo

El universo, en su condición de unidad, expone con mayor claridad la jerarquía funcional. En el universo, por su condición de unidad y a razón de que cumple las cuatro condiciones arriba enunciadas, los fenómenos que lo forman: planetas, cometas, estrellas, etc., son los mismos; en número, formas y relaciones espaciales entre sí, que tuvo en el momento de su origen.

Únicamente, cuando la cantidad de sus elementos y/o sus relaciones se alteren, el universo desaparecerá lo cual, indudablemente, acontecerá al final de su ciclo.

Lo que quiere decir que mientras el universo exista como tal, en nada variará ni la cantidad ni las relaciones espaciales de sus elementos y este fenómeno lo consigue gracias a la jerarquía funcional y a mantener dos velocidades.

Una velocidad es la que lleva al universo desde su origen hasta su final, es en extremo lenta. La otra velocidad es aquella con la que modifica el orden jerárquico de sus funciones y, en comparación con la anterior, es vertiginosa.

Haciendo uso de la analogía de los ciclos, ilustramos ambas velocidades recurriendo a nuestro sistema solar, un individuo y al conjunto de la humanidad.

En nuestro sistema solar, la primera velocidad es con la que se desplaza el sol y los planetas dentro de la galaxia a la que pertenecen; desde su formación hasta su instante final. La segunda velocidad es la que origina las estaciones.

En un individuo, la primera velocidad lo lleva de su nacimiento a su necrosis y la segunda, lo conduce de una edad a la otra.

El conjunto de la humanidad, desarrolla la primera velocidad en el camino que une la aparición del primer hombre con la desaparición del último. La segunda en los cambios de periodos cíclicos (como la estamos viviendo), también llamados edades.

Por otro lado; si observamos el universo bajo el principio enunciado en las primeras líneas, que dice que toda unidad existe como tal (es decir mantiene su identidad) mientras conserve el orden y la totalidad de sus partes que tuvo en su comienzo; estamos obligados a aceptar que siempre fue lo que es ahora.

De no ser así, de haber perdido o agregado un nuevo elemento (cometa, planeta, estrella, etc.) o de haberse modificado las relaciones entre sus partes, habría perdido su identidad y no sería lo que es.

La identidad cósmica, se mantiene indemne a pesar de las transformaciones incesantes de los cuerpos estelares, debido a que, estos, tienen sintonizados sus jerarquías funcionales y sus cambios a un mismo ritmo (el del universo).

Así, cuando una estrella desaparece en un lugar del espacio, otra estrella semejante a la anterior aparece en otro lugar y, al mismo tiempo y ritmo que la estrella, los restantes cuerpos cósmicos también intercambian sus formas.

De esta manera el movimiento no alteró, ni lo hará hasta final de ciclo, ni el orden espacial ni la composición del universo.

De aquí que el excelso sabio persa del siglo XI, Omar Khayyan, haya afirmado que el primer día de la creación en nada difiere del último.

En resumen: orden es la disposición armónica de las partes en una unidad y jerarquía el predominio de unas partes sobre las otras. El universo es una unidad, por tanto la inmensa variedad de su población y sus transformaciones incesantes no son sino expresiones plurales de una sola realidad, su unidad. Unidad que se mantiene en el tiempo y el espacio por el orden dinámico o jerarquía funcional de sus partes.

a-3. En el ser humano: a-3-1. Generalidades

a-3-2. Relaciones con la naturaleza

a-3-1. Generalidades

En el ser humano la jerarquía funcional es tan obvia que pasa desapercibida.

Los individuos somos unidades biológicas, productos del encuentro de la materia con la energía, que se manifiestan en el tiempo y el espacio.

En calidad de unidades, de igual modo que nuestro sistema solar permanecerá, en tanto sistema solar, a condición que el sol ocupe el centro y los planetas sus sendos lugares; así, los individuos nos mantendremos vivos únicamente a condición que nuestros órganos conserven el mismo orden anatómico y, la misma dinámica y relaciones fisiológicas que tuvimos al nacer.

Lo que convierte a la jerarquía funcional en base fundamental de nuestra existencia, pues si nuestras funciones no se ordenaran jerárquicamente en concordancia con el momento cíclico en que nos encontremos, significaría que todos nuestros órganos funcionarían al mismo tiempo y cada uno con su entero potencial. Condiciones que desembocarían en el caos haciendo imposible la existencia humana.

Al nacer, nuestros órganos funcionan con un orden jerárquico específico. Pero a lo largo de nuestro ciclo vital, este orden o jerarquía funcional, se modifica progresivamente (a una velocidad imperceptible por el ser humano) y, son estas modificaciones las que definen nuestras edades.

No obstante, debido a que evolucionamos en sintonía con el ritmo único del universo, (y la velocidad de este ritmo es de una lentitud que tampoco podemos percibir) las modificaciones funcionales de nuestros órganos pasan inadvertidos a nivel cotidiano y nos da una falsa sensación de estatismo.

Acostumbrados a negar lo que no podemos constatar por medio de los sentidos, la jerarquía funcional del organismo humano, como condición que define las edades, sencillamente no existe para nuestra ciencia médica.

En cuanto a nuestra falsa sensación de estatismo, esta solo es consecuencia de la sensibilidad perceptiva que caracteriza la edad actual de la humanidad.

Aun, si pudiéramos mirar al universo desde su exterior, los desplazamientos a velocidades vertiginosas de los elementos cósmicos (recordemos que la tierra se desplaza en torno al sol a una velocidad media de 208 mil kilómetros por hora),

pasarían desapercibidos, al paisaje cósmico lo veríamos inmóvil, del mismo modo que en las autopistas vemos inmóviles, a un grupo de vehículos que circulan a la misma velocidad.

Sin embargo, de nuestra incapacidad perceptiva para detectar lo demasiado rápido o demasiado lento, obtenemos el beneficio de no vernos envejecer día a día, lo cual sería una tortura. Pero, en contrapartida, tampoco podemos percibir la transitoriedad de nuestras edades y, en cada edad, generamos una conducta mas propia de un ser eterno que mortal.

En lo que se refiere a la percepción del mundo, de nosotros mismos y de las relaciones que mantenemos con ambos, en cada edad es diferente porque, en cada una de ellas, también es diferente la jerarquía de nuestras funciones.

Esto quiere decir que, durante nuestras edades, procesamos la información que nos dan nuestros sentidos teniendo a una u otra función intelectual como director del proceso.

Lo cual, siendo nuestras funciones intelectuales: intuición, imaginación, razón y memoria, en cada edad tenemos un mundo construido por la intuición, la imaginación, la razón o por los recuerdos.

A lo largo de nuestro ciclo vital la realidad objetiva es la misma, lo que cambia en cada edad, sencillamente es el ángulo (determinado por la función que preside la jerarquía de nuestras funciones intelectuales) desde el cual se la percibe, de este deriva modos de pensar, motivaciones, conducta, etc.

Tomemos para ilustración la infancia, adultez y vejez. Las funciones intelectuales que procesan la información que llega a través de los sentidos están precedidas por la intuición, por la razón y la evocación de recuerdos.

En concordancia a las cualidades de estas funciones, en el mundo del infante no existen distancias, como tampoco en la intuición existen intermediarios entre la cosa por conocer y el conocedor. Al niño le basta alargar el brazo para coger una estrella. En cambio en el mundo del anciano todo esta lejano porque la memoria, que preside la jerarquía de sus funciones intelectuales, construye el mundo con los recuerdos y estos son pasado y lo pasado siempre está alejado del presente.

En el mundo adulto todo es, o debe ser, medido y pesado porque así lo exige la razón que busca ante todo información y seguridad.

Tendríamos que tener siempre presente que la jerarquía funcional recae sobre todos nuestros órganos y por tanto también sobre nuestros órganos de los sentidos.

Además, como nuestras funciones intelectuales trabajan con la información que nos proveen los sentidos, la sensibilidad de estos necesariamente también interviene en nuestros procesos mentales.

a-3-2. Relaciones con la naturaleza

Debido a que todos los ciclos son análogos entre si, es posible establecer relaciones de simpatía entre las jerarquías funcionales de fenómenos tan diversos como distantes entre si.

¿No es acaso la infancia, el amanecer y la primavera, análogos entre si? Son tres comienzos de sendos ciclos donde predominan la luz, el entusiasmo y vitalidad.

Son relaciones de simpatía con efectos eminentemente prácticos y reales en la salud y la conducta humana.

La jerarquía funcional de los cuatro elementos básicos de la naturaleza, en lo que concierne a la aparición de la vida sobre nuestro planeta, se explica como sigue:

En primer lugar consideremos que, siendo nuestro planeta una unidad, desde su consolidación los cuatro elementos conservan sus mismas residencias naturales.

El agua en los ríos, océanos y nubes, el viento desplazándose en torno a la Tierra, el fuego envolviendo a nuestro planeta con sus atributos de luz y calor y la tierra siendo sostén de los anteriores.

Pero, hasta el momento anterior a la aparición de la vida, cada elemento volcaba al mismo tiempo todo su potencial, debido a ello nuestro planeta era un medio inestable y caótico.

La vida no existía y su aparición no hubiera sido posible si los cuatro elementos hubieran continuado con aquella dinámica.

Los primeros aminoácidos debieron aparecer cuando uno de los elementos predominó sobre los otros, es decir cuando entre ellos se inició una jerarquía funcional y con ella se iniciaron las estaciones. Ese instante fue el prolegómeno o nacimiento de la vida y, desde entonces, se mantiene gracias a los cambios en la jerarquía funcional de los cuatro elementos o, dicho en otras palabras, gracias a la sucesión de las estaciones.

Como sabemos, en primavera el viento predomina sobre los restantes elementos. En verano el fuego (calor), en otoño la tierra dando fin a su ciclo productivo y, por último en invierno el agua (frío).

Durante el ciclo anual, ningún elemento abandona su lugar natural únicamente sus presencias varían en intensidad en cada estación.

Ahora bien, del hecho sabido de que el universo es una unidad en la que todas sus partes, sin excepción, interactúan y considerando que una de ellas es el ser humano, se deduce que indefectiblemente existen constantes relaciones de simpatía, entre nuestros órganos y las estaciones.

Durante el verano, el fuego (calor) dirige la jerarquía funcional de los elementos, y en nuestro organismo este rol corresponde al corazón y al intestino delgado, responsables del calor humano.

En la estación opuesta, el invierno, el agua dirige la jerarquía de los elementos, en nuestro organismo, le corresponde el primer lugar en la jerarquía a los órganos afines con nuestros líquidos: los riñones y vejiga.

En primavera el viento es el hegemónico, en el organismo son el hígado y la vesícula biliar. Quizá la analogía en este caso se halle en los efectos de las funciones más que en las mismas funciones. El viento es el medio de polinización, más eficaz de la naturaleza, el que disuelve la polución y el distribuidor del oxígeno.

En otoño le corresponde el primer lugar en la jerarquía funcional a la tierra que se halla entre la sequedad del verano y las primeras lluvias estacionales. En nuestro organismo: la jerarquía la preside el estómago, bazo y páncreas. Órganos que, así como la tierra sostiene a toda manifestación, ellos, en la asimilación y procesado de los alimentos, sostienen el conjunto de nuestro organismo.

Las relaciones hombre-naturaleza, son múltiples y todas ellas tienen efectos reales tanto en la fisiología, por tanto en la salud y la enfermedad, como en la conducta humana.

Los seres humanos somos unidades complejas cuyas funciones se manifiestan en planos más sutiles que el físico, nos referimos a los planos emocionales e intelectuales. En la líneas que siguen exponemos someramente las jerarquías funcionales que les corresponde en cada edad.

b. Funciones intelectuales: estas son la intuición, imaginación, razón y memoria

En la juventud, el primer lugar en la jerarquía es la imaginación y a ella se supeditan las otras. La imaginación dirige los pensamientos en el joven. Este razona, evoca, intuye pero de acuerdo a los dictados de su imaginación. En la adultez la función dominante es la razón. El adulto, imagina, evoca e intuye pero desde la razón.

En la vejez la memoria comanda la jerarquía y con su contenido, los recuerdos, se edifica el pensamiento del anciano. En la infancia, el niño percibe la realidad directamente, por medio de la intuición, sin intervención de razón, ni de la imaginación o de los recuerdos, para él las cosas aun no están separadas por los nombres ni conceptos.

c. Funciones emocionales: cólera, alegría, preocupación, tristeza y miedo.

En el adulto, la preocupación es el sentimiento dominante: preocupación por el futuro, por la seguridad económica, por los hijos, etc., lo que no suprime ni mucho menos las emociones restantes. De manera similar, en la juventud predomina el entusiasmo, la alegría. En la vejez, el temor es la tónica general (a la enfermedad, la muerte. etc.). En tanto que en el infante, el enfado, expresado con berridos y llantos, es el medio principal con el que reclama a la satisfacción de sus necesidades.

En el cuadro que sigue se enuncia el orden jerárquico de nuestras funciones en cada edad.

CUADRO DE LAS JERARQUÍAS FUNCIONALES

Infancia: F. intelectuales: intuición, memoria, razón e imaginación.
F. emocionales: cólera, miedo, tristeza, preocupación, alegría.

Juventud: F. intelectuales: imaginación, intuición, memoria, razón.
F. emocionales: alegría, cólera, miedo, tristeza, preocupación.

Adultez: F. intelectuales: razón, imaginación, intuición, memoria.
F. emocionales: preocupación, alegría, cólera, miedo, tristeza.

Vejez: F. intelectuales: memoria, razón, imaginación, intuición.
F. emocionales: miedo, tristeza, preocupación, alegría, cólera.

En resumen, cada edad tiene una jerarquía funcional específica que muda a un nuevo orden en la siguiente edad. No obstante este cambio pasa inadvertido porque se realiza por medio de un salto mutacional. Un cambio sin huellas y a el nos referimos en las siguientes líneas.

d. Cambio de orden en la jerarquía funcional

En líneas generales, la cultura occidental entiende por mutación los cambios genéticos que, sin que medie causa o proceso, convierten a un ser vivo en otro con la consecuente pérdida en el ser mutado de recuerdos de su estado anterior.

Para la Cultura occidental, la mutación es un acto excepcional del que se vale para explicar la evolución de las especies pero que excluye en los procesos individuales normales. Siguiendo esta línea de razonamiento afirma que la especie humana es consecuencia de la mutación de una especie anterior y desconocida a la que se conoce como el eslabón perdido pero, también deja sentado que una vez consolidada la especie, la mutación deja de actuar en sus miembros, salvo excepciones en su mayor parte parciales y de consecuencias malignas.

No obstante, bastaría observar nuestras actividades cotidianas para conocer que la mutación no es un fenómeno excepcional sino que, por el contrario, lo experimentamos por partida doble cada día.

Nos referimos al salto cualitativo que nos traslada del estado de vigilia al del sueño y de este al de vigilia convirtiéndonos, a cada individuo, en dos seres diferentes (el de la vigilia y el del sueño) que se ignoran mutuamente.

El paso de un estado al otro es una experiencia que escapa a nuestra percepción al igual que la mutación genética evade la observación de laboratorio. Sencillamente en un instante estamos despiertos y en el otro dormidos. En la orilla de la vigilia quedan los conceptos, valores y vivencias que configura nuestra conciencia en ese estadio y, cuando despertamos, en la orilla onírica quedan los conceptos, valores y vivencias que conforman nuestra conciencia mientras dormimos.

En uno y otro estadio vivimos con conciencias diferentes y, siendo la conciencia lo que determina nuestra condición humana, en realidad cada uno de nosotros alberga dos seres diferentes que cotidianamente mutan y retro mutan.

Los ensueños testimonian que, mientras dormimos habitamos en una realidad concreta, percibida por funciones modificadas de nuestros sentidos. En ellos sufrimos y gozamos con calidades de gozo y sufrimiento ajenas a las de la vigilia, elaboramos pensamientos, hablamos y vemos con ojos que no son los conocidos de nuestro rostro.

En los ensueños nuestras vivencias son reales, tan reales como las que experimentamos durante la vigilia y solo sabemos que han sido ensueños cuando despertamos.

¿Cómo podríamos saber que, del mismo modo que el ser que somos en la vigilia juzga a nuestros ensueños irreales, así también el ser que somos en el ensueño juzga como irreales nuestras experiencias en la vigilia?.

Dilema que plantea la interrogante, ¿quién es el ser real, el que duerme o el que está despierto? O quizá ambos seres son reales y cada uno es la mitad que le falta al otro para completarse.

En algún momento futuro de la evolución lo sabremos pero ahora, estos hechos nos hacen saber que tanto en un ciclo diario como en el periplo completo de nuestro ciclo vital se alternan la mutación y evolución.

Por mutación de la jerarquía funcional a un nuevo orden nos trasladamos de una edad a la otra por mutación y, una vez en ella, iniciamos un proceso evolucionista hasta el próximo cambio que nos llevará a la siguiente edad.

El mundo dúctil de la juventud que nuestra **imaginación** percibía y modelaba a su antojo se convierte, sin causa observable, en otro menos dúctil, mas rígido que nos impone condiciones que únicamente con el ejercicio de la **razón** podemos cumplir.

e. Interpolación de las edades en el proceso histórico

De lo expuesto anteriormente se deduce que:

A. La humanidad se encuentra en una edad o periodo de su ciclo vital y por esta razón la población mundial comparte el mismo orden en su jerarquía funcional.

B. La humanidad presente llegó al periodo actual por mutación del orden en la jerarquía funcional de la humanidad anterior y también por mutación pasará al siguiente periodo.

C. La humanidad, en cada periodo o edad por las que atravesó, desde su aparición sobre nuestro planeta hasta nuestros días, percibió la realidad de un modo diverso y a ella adaptó sus ciencias y tecnologías, sus culturas y civilizaciones.

D. La totalidad de las gentes, en cada periodo cíclico (o edad) por los que atravesó la humanidad en el pasado, y las gentes del periodo actual, tuvieron características intelectuales, emocionales y somáticas, análogas, a las que tenemos en los periodos de nuestros ciclos vitales o edades.

Pero esto, no quiere decir que quienes poblaron nuestro planeta en épocas anteriores han sido seres extraños, superiores o inferiores a los actuales, como tampoco un individuo es otro al pasar de una edad a la siguiente, ni el adulto o el joven son superiores o inferiores al infante o al anciano.

La evolución está exenta de adjetivos comparativos. Cada edad o periodo, tiene un propósito concreto en el desarrollo de la conciencia y es completa en si misma.

En cada edad, tanto la humanidad en su conjunto como los individuos, desarrollamos potenciales específicos de nosotros mismos y experimentamos facetas nuevas del mundo.

En resumen, las edades nos proveen de conocimientos nuevos de nosotros mismos y del mundo, necesarios para el desarrollo de nuestra conciencia.

f. Conclusiones: f-1. Enigmas del pasado

f-2. La percepción materialista en nuestra ciencia médica

f-3. Otras percepciones, otras metas, otras ciencias

f-4. La acupuntura

f-1. Enigmas del pasado

Ciertamente, son múltiples los beneficios que puede aportar el hecho de asumir que el conjunto de la humanidad, en cada uno de sus periodos cíclicos, ha tenido

modificaciones funcionales, y características morfológicas análogos a los que tenemos los individuos en nuestras edades.

Entre otros se puede mencionar el esclarecimiento de algunos misterios de nuestro pasado histórico que, por inexplicables, han sido relegados a la mitología o a la anécdota. Misterios como la existencia de gigantes o enanos en tiempos remotos, pues, un adulto ¿no es acaso un gigante respecto a un niño? Y, un niño ¿podría ser considerado un enano en relación con el adulto?

¿Sería lícito considerar que los orígenes de los pigmeos y los Masai (cuya altura media es de dos metros) tendrían explicaciones más acertadas si se los considerara rezagos étnicos de los periodos de la humanidad anteriores al nuestro, antes que excepciones del presente?

Igualmente, los restos arqueológicos; que desde el punto de vista actual son edificaciones de mentalidades próximas al desvarío, como las figuras gigantescas de los campos de Nazca, los dólmenes y menhires, aparatos complejos de los que se ignora su utilidad, etc., quizá estos, y otros hallazgos arqueológicos, descubrirían su contenido real si se aceptara que fueron concebidas por hombres que percibían la realidad desde la imaginación, intuición o razón y que sirvieron para satisfacer necesidades y suplir carencias, hoy inimaginables.

Lo dicho podría ser tenido por un simple ejercicio intelectual de no existir cuerpos de conocimientos que lo testimonien.

Los mismos se presentan, con mayor integridad, en el marco de la salud. Específicamente, los sistemas terapéuticos, mencionados anteriormente, que proceden de hace miles de años y llevan la impronta de una visión del mundo y de la vida, por completo ajena a la que tenemos hoy.

Una somera observación de sus principios revela que son sistemas terapéuticos acabados, impecables creaciones de nuestros antecesores. No obstante la Cultura occidental las margina sin darles otro valor que el de ser elaboraciones de inteligencias primitivas o precursores imperfectos de la actual ciencia médica.

En nuestra opinión, la marginación a que les condena la Cultura occidental (generalizada a la totalidad de nuestra herencia prehistórica) no obedece al menosprecio de nuestro pasado, como aparenta ser, sino simplemente al olvido de los periodos anteriores. Olvido que es efecto, y una prueba más, de la mutación que nos trasladó del periodo anterior al presente.

f-2. La percepción materialista en la ciencia médica

La relación directa que existe, entre la percepción de la realidad, nuestro modo pensar y las ciencias, se ilustra a grandes rasgos, revisando los principios, desarrollo y orientación de nuestra medicina oficial (alopática).

Su principio; que se expresa en el enunciado hipocrático **“El contrario cura a su contrario”**, no es sino una consecuencia de la percepción, materialista y dual, de la realidad, que caracteriza nuestro período cíclico actual.

Para la Cultura occidental la realidad se manifiesta formada por dos partes opuestas y complementarias (tomemos por casos el día y la noche y, en el ser humano: psiquis y

soma) que se alternan constantemente, asociando a cada uno de ellos un factor esencial que le identifica. Un ejemplo cotidiano; el día y la noche, a los que se asocia la luz y la oscuridad.

Un objetivo del pragmatismo materialista de nuestra ciencia, es dominar dichos factores esenciales para, con ellos, actuar a discreción sobre sus opuestos. Un ejemplo lo tenemos en la iluminación eléctrica de las ciudades. La luz eléctrica no es otra cosa que un símil de la luz diurna (factor esencial del día y opuesto a la oscuridad nocturna) que se lleva a la noche con la finalidad de compensar la merma de visibilidad y hacer de la noche, un campo de acción semejante al que brinda el día.

Nuestra medicina, también identifica en el ser humano dos estados: la salud y la enfermedad y cumple su rol, de preservadora de la salud, aplicando al paciente el factor opuesto a la dolencia que le aqueja.

La misma denominación de sus principales fármacos insinúa su carácter alopático: antibióticos, antifebril, antihistamina, anticoagulante, etc.

Pero para ello, en primer lugar debe descubrir al agente agresor, el cual como es lógico, se encuentra en la misma dolencia, es decir en el estado contrario a la salud. De esta manera la enfermedad, no la salud, se convierte en el objeto principal de sus investigaciones.

Hecho que explica porque, en las facultades de enseñanza médica, los estudios de anatomía se realizan desde los resultados últimos de las dolencias, es decir sobre cadáveres.

También inducido por el materialismo nuestra medicina se orienta exclusivamente hacia el soma dejando de lado la psiquis, nuestra parte mas noble.

Por este aparente desdén, ¿deberíamos pensar que nuestra medicina se menosprecia a si misma puesto que soslaya la psiquis, donde según su propia afirmación, radica la esencia del ser humano para dedicar su atención a nuestra parte menos noble, el cuerpo?

La pregunta se contesta a si misma. No existe auto menosprecio alguno. La orientación de nuestra medicina es consecuencia de la edad que atraviesa la humanidad.

En esta edad o periodo cíclico, tanto los rectores de la ciencia médica como sus usuarios, carecemos de otra capacidad perceptiva que la que nos hace circunscribir la realidad a su componente material mas grosero.

De nosotros solo podemos percibir nuestro cuerpo, por tanto, no tenemos otra referencia que nos identifique. De aquí la dedicación de la ciencia médica al cuerpo y de que su mayor anhelo sea prolongar su supervivencia, aun a costa de sufrimientos mayores que los causados por las mismas dolencias.

Así mismo, siendo una rama de la Cultura occidental acepta a raja tabla el concepto que dice que la vida humana es un producto exclusivo de nuestro planeta y ceñida a el, niega influencia alguna, en la salud o enfermedad, a las irradiaciones que llegan del cosmos.

Pero, si bien desde un punto de vista general nuestra medicina tiene estas y otras deficiencias, no por ello negamos su valor.

Al contrario, reafirmamos su eficacia incuestionable pero, solo durante y en tanto dure este periodo cíclico actual o edad de la humanidad.

3c. Otras percepciones, otras metas, otras ciencias

Además, la dinámica de la evolución nos induce a considerar que del acendrado materialismo de la medicina alopática, podemos obtener un impulso que nos permita alcanzar metas superiores a la que ella propone.

Metas que son grados en el desarrollo de la conciencia y saltarían a la vista si nos planteáramos la pregunta ¿para qué prolongar la vida?

De no tener nuestras vidas otro sentido que la supervivencia, significaría que el ser humano ocupa el peldaño más bajo en la escala animal, ya que la supervivencia es la finalidad de los animales y estos, a diferencia del hombre, nacen plenamente dotados para ello.

Por otro lado, el mismo centro de gravedad de nuestra medicina: la enfermedad, proclama su orientación eminentemente curativa y, de ello se deduce que el sistema terapéutico del periodo anterior, debió tener como objetivo y campo de estudio el estado anterior a la enfermedad, es decir a la salud, en consecuencia su naturaleza sería preventiva.

3d. La acupuntura

La Acupuntura cumple con esta condición. De sus fuentes se desprende que en su época, la salud y la enfermedad no eran estados opuestos entre si, sino manifestaciones transitorias de las relaciones del hombre con el cosmos.

Las relaciones armónicas constituían la salud, las inarmónicas las dolencias. Su principio era la unidad hombre-cosmos y su finalidad la de potenciar o de corregir las relaciones entre ambos. En consecuencia estaba dirigida a la energía, porque esta era el elemento común entre el hombre y el cosmos. Y siendo la energía indestructible, se descartaba el temor a la muerte.

La acupuntura no solamente era la aplicación de agujas. Este concepto deriva de los primeros misioneros, jesuitas, que lo anunciaron en Europa el siglo XV o XVI. La acupuntura es un sistema completo y como tal dispone de una sólida base teórica y recursos múltiples entre los que se nombra: ventosas, fitoterapia, dietética, ejercicios físicos, masaje, etc.

La fuente primera de la acupuntura data de hace cinco mil años aproximadamente. Se halla en la segunda parte del Nankin, llamada, Lin-chu. En la primera parte, llamada So-uuen, al lado de los elementos terapéutico coadyuvantes a las agujas, se encuentran sus cimientos teóricos. Mas, este precioso legado omite el esquema mental de su tiempo. Soporte sin el cual, la Acupuntura es un simple instrumento testimonial de la cultura anterior a la nuestra. Un instrumento que, aunque se asevera eficaz en el alivio y curación de muchas dolencias, (afirmación dada por la Organización Mundial de la Salud) no nos descubre todo su potencial.

No es del todo descabellado presuponer que en periodos mucho mas anteriores existieran medicinas cuyos principios y finalidades debieron orientarse a realidades que trascienden la energía y la materia.

Resumen: 1 la humanidad, en cada periodo cíclico, o edad, por el que atravesó, poseyó características análogas a las de nuestras edades.

2 En cada una de ellos su población tuvo una jerarquía funcional y un modo de pensar, específicos.

3 Sus ciencias y culturas, fueron concebidas teniendo como directora del pensamiento a una de las funciones mentales: la intuición, imaginación, razón o memoria.

2. Las edades consideradas en su conjunto

La observación de nuestras edades en su conjunto nos descubren que, si bien en cada una de ellas tenemos conductas, modos de pensar y aspiraciones, divergentes, todas estas manifestaciones provienen de una misma fuente: la Cultura occidental.

Desde nuestro nacimiento, somos guiados por el mismo cuerpo orgánico de conocimientos que la constituye y que, sin alterar su esencia, nos es transmitido por nuestros padres, maestros y la sociedad de una a otra edad. Su acción sobre los individuos puede resumirse a grandes rasgos como sigue: en nuestra infancia nos educa, en la juventud nos instruye, en la adultez nos provee de recursos y en nuestra vejez nos consuela. La Cultura occidental nos conduce a lo largo de nuestras vidas, proyectándonos, en cada edad, con modos adecuados a las mismas, una parte específica de su contenido. Su finalidad es convertirnos en seres útiles para la sociedad dirigiendo el desarrollo de nuestra conciencia.

Interpolando lo expuesto al conjunto de la humanidad, extraemos como conclusión que el primer hombre también fue recibido por un cuerpo orgánico de conocimientos cuya función era, y es, guiarlo en su evolución, desde su condición primaria hasta su plenitud.

El ser humano debió aparecer sobre la tierra en condiciones similares a las de un neonato, desconociendo el uso de sus propios recursos y funciones, y de no haber recibido instrucción alguna, su aparición, en realidad, habría significado el comienzo de la ignorancia y esta, tal como la tierra yerma que no entrega ningún fruto al menos que en ella se implanten semillas, no habría podido generar sino ignorancia.

En resumen, la observación de nuestras edades en su conjunto ponen al descubierto la existencia de una sabiduría primigenia que guía la evolución humana a través de todas sus edades o periodos y a ella dedicamos el siguiente capítulo.

V La sabiduría primigenia

- 1. Argumentación**
- 2. Finalidad**
- 3. Deseo y felicidad**
- 4. Información y conocimiento**
- 5. Opción a una evolución individual**
- 6. Transmisión del saber primigenio**
- 7. Contenido del saber primigenio**

1. Argumentación

La afirmación científica de que la humanidad tuvo un origen común, solo es válida si, al mismo tiempo, aceptamos que desde su nacimiento hasta el presente su desarrollo es una cadena interrumpida de pueblos que se generan unos a los otros. De lo contrario, si un pueblo o un solo hombre no estuviera engastado en esta cadena, significaría que este no es humano o bien que la humanidad tiene diversos orígenes.

Dentro de este proceso, la ciencia, cultura, usos y costumbres de los pueblos siempre fueron interpretaciones o/y adaptaciones de lo que recibieron de su pasado inmediato.

En esta interacción casuística, nuestra época, cultura y ciencia, es un eslabón más en la cadena que nos une al origen del primer hombre y al cuerpo de conocimientos que, como expusimos en el capítulo anterior, le recibió y le conduce en su evolución.

Cuerpo de conocimiento que necesariamente debe continuar vigente todo el tiempo que el hombre permanezca sobre nuestro planeta. La negación de su existencia equivaldría afirmar que el animal que engendró al hombre, le supera con creces en todos sus aspectos ya que el creador siempre es superior a su creación. O bien que después de recibir del animal la forma humana se dotó a si mismo de su esencia pensante, lo cual lo elevaría a la categoría de ser su propio dios e invalidaría el sustrato de las religiones.

Testimonios de la intervención de la sabiduría primigenia en el desarrollo de la conciencia humana, son los innumerables restos arqueológicos que se encuentran repartidos, en una amplia gama de manifestaciones, a todo lo largo y ancho del planeta y cuyos orígenes son desconocidos o hipotéticos.

A ellos se añan los sistemas terapéuticos anteriormente mencionados y las herencias culturales que, aún hoy en día, mantienen una vigencia fundamental en el desarrollo de nuestras vidas, entre otras: la escritura, el calendario, las matemáticas, los sistemas numéricos, de pesas y medidas, el ajedrez, etc. Y, entre los usos y costumbres: las fiestas populares, la distribución de las tres comidas diarias, la preferencia del lado derecho para las mujeres y el izquierdo para los hombres evidenciados en las vestimentas, etc.

La cultura occidental reúne todos estos rezagos dentro del epíteto de “herencia tradicional” y los considerara garabatos de una inteligencia primitiva. Garabatos que ella, por su propio esfuerzo, los ha convertido en obras maestras. Con lo cual repite la actitud de un individuo adulto que menosprecia los pañales, juguetes, sueños juveniles, etc. simplemente porque no encajan en la situación respetable que cree haber adquirido.

Clara expresión de la vanidad humana.

El árbol, envanecido en la auto contemplación de sus hojas y frutos, menosprecia sus raíces por el hecho de saberlas enterradas en el lodo. Aun mas, no considera que la semilla que le dio origen fue fruto de otro árbol ya desaparecido o caduco pero que, a su turno, fue lozano y frondoso como el.

Bastaría reflexionar sobre el portentoso despliegue de la inteligencia que requirió la invención de solamente uno de los elementos nombrados (tomemos por caso: la escritura) para invalidar la tesis que sostiene que aquella herencia de nuestros ancestros, son balbuceos de una mentalidad insipiente.

En cambio, si se las considerase productos de culturas elaboradas por la humanidad, en sus diferentes periodos o edades por las que atravesó antes de llegar al periodo cíclico o edad presente y, como tales, fueran estudiadas en su conjunto, por el hecho de que en cada edad se manifiesta un sector, solo un sector de nuestras capacidades, dicho estudio nos descubriría un mapa del maravilloso potencial humano mucho mas amplio del que tenemos ahora y a la sabiduría primigenia que subyace en su desarrollo.

2. Finalidad

La sabiduría primigenia guía la evolución humana con una finalidad análoga a la de nuestros progenitores: nuestros padres nos educan, desde nuestra más tierna infancia, para que consigamos nuestra felicidad y, para ello, transfieren a nuestra conciencia imágenes y definiciones del mundo, de nosotros mismos, de los fines a los que debemos aspirar y de los medios para alcanzarlas. En una palabra impregnan en nuestra conciencia un esquema mental que debería conducirnos hacia la felicidad y que en el futuro dirigirá nuestro pensamiento y conducta.

De manera similar, el propósito de la sabiduría primigenia es llevar a todos los hombres y mujeres a un estado de gozo continuo, al que identificamos como felicidad. Y el medio propuesto para alcanzarlo es el desarrollo de la conciencia por medio del conocimiento real y completo del ser humano y de su mundo.

Pero, dado que la felicidad es un estado de la conciencia, hacemos hincapié en la diferencia sustancial que existe entre la felicidad que propugna la sabiduría primigenia y la que nos proyectaron nuestros padres la cual, en definitiva, es la que perseguimos todos los subsidiarios directos de la Cultura occidental.

La Cultura occidental nos ha condicionado para identificar la felicidad como la satisfacción de nuestros deseos, en cambio el saber primigenio la concibe como el estado de plenitud de la conciencia. Un estado que nos permitiría el uso pleno de nuestro potencial humano.

Para la Cultura occidental la felicidad llega desde el exterior, para el saber primigenio es una elaboración interna.

3. Deseo y felicidad

El deseo es siempre la expresión de una carencia, la del objeto deseado, y aparece como consecuencia de la valoración que la conciencia hace de sí misma y del objeto al que se dirige.

El hecho de que un deseo lleve a otro deseo, este a otro y así sucesivamente demuestra el estado deficitario de nuestra conciencia, al tiempo que nos descubre nuestra incapacidad para alcanzar, sin guía, su plenitud, donde no tiene cabida ninguna carencia.

4. Información y conocimiento en la evolución

A diferencia de los conocimientos fragmentados que constituyen a la Cultura occidental, a los cuales nos hacen asimilar básicamente como mera información, el saber primigenio promueve el desarrollo de la conciencia a condición que, la gradual asimilación teórica de su contenido, sea ratificada por la experiencia.

De esta manera evita que sus enseñanzas también devengan en información, lo cual perjudicaría nuestra capacidad de juicio ya que la nueva información (respaldada por la realidad que representa), entraría en conflicto con la que normalmente elaboramos nuestros pensamientos (que en su mayoría provienen de conceptos con escaso contacto con la realidad).

La información que carece de experimentación proyecta una falsa sensación de conocimiento y crea una realidad inconsistente, virtual, que solo puede subsistir con el aporte de más información.

El conocimiento, por el contrario, surge de la experiencia obtenida por contacto directo con la realidad misma.

El conocimiento, a diferencia de la información, es absolutamente personal e intransferible, no puede ser heredado ni obtenido por otra vía que el esfuerzo y experiencia personal.

La evolución de nuestra conciencia es semejante a una escalera asentada en el lodo (el barro simbólico con el cual fue creado Adán) que se eleva hacia el infinito. Cuantos más peldaños ascendamos por ella, más amplio será el conocimiento que tengamos de la realidad y de nosotros mismos y, sobretodo, mas alejados estaremos de los sufrimientos de los peldaños anteriores, en especial de aquellos que tienen por causa tomar nuestras vidas como sublimación de la materia.

El ascenso por la escalera de la evolución lo experimentamos mientras transitamos por nuestro ciclo vital personal. Basta una mirada retrospectiva al mundo inicial de nuestra infancia, limitado a los brazos de nuestras madres, y observar como se extiende luego al hogar, la ciudad y mas tarde abarca todo el orbe.

Y, al mismo ritmo que nuestro mundo se amplía, vamos agregando nuevos significados a las cosas que lo conforman: la caja mágica que contenía voces e imágenes se convierte en televisión, luego, este nos descubre los satélites transmisores de sus imagenes y, los satélites nos hacen vislumbrar la grandeza del universo.

Respecto a la evolución del conjunto de la humanidad, la escalera representa su ciclo completo y los peldaños, los periodos (edades) que lo conforman.

Para que la humanidad ascienda por la escalera, la sabiduría primigenia, en todas las edades de la humanidad, inspiró la formación de sus culturas dominantes dejando, dentro y al margen de las mismas, parte de su contenido y del contenido de las culturas anteriores (valga el ejemplo de la acupuntura, la escritura, etc.)

De sus huellas visibles en la Cultura occidental y en las tradiciones marginales nos hemos servido para elaborar el presente libro. Carecemos pues de originalidad, no somos sino exponentes de lo que podemos entrever del saber primigenio.

5. Opción a una evolución individual

Pero, desde nuestro rol de expositores, también transmitimos el optimismo adicional que se desprende de saber que existe una vía evolutiva dirigida a los individuos.

La sabiduría nos dice que, la plenitud de conciencia que la humanidad en su conjunto alcanzará al final de su ciclo, también es alcanzable por cualquier individuo y en cualquier época, independientemente de la marcha del conjunto.

En esta dirección, sus enseñanzas prometen al individuo, reemplazar la degradación paulatina que sufren sus facultades en el transcurso de su existencia, por una constante revitalización de las mismas, a condición que cumpla dos requisitos: el primero sería, que los conocimientos que va adquiriendo en sus edades se sumen entre si y lleguen a formar un cuerpo único de conocimiento.

Y el segundo requisito sería mantener las funciones intelectuales (memoria, intuición, imaginación y razón) con capacidad de ser utilizadas, siempre que se los requiera, con el mismo potencial que tenían cuando presidían la jerarquía funcional.

De este modo, un individuo evolucionado, al llegar al último periodo de su existencia, sería un ser completo, sabio y poderoso, carente de otro deseo que el de ayudar a sus congéneres a alcanzar el estado en que el mismo se encuentra.

Su vejez dejaría de ser la antesala de la muerte para convertirse en la puerta de entrada a la verdadera realidad.

Del ser evolucionado se dice que es como un río vertido en el océano, cuyas aguas conservan en cada una de sus moléculas su identidad de río y, al mismo tiempo, perciben en si mismas a todo el océano.

Pero, la finalidad última del saber primigenio sigue siendo, conducir al conjunto de la humanidad a la culminación de su evolución.

Entonces, solo entonces, comprenderíamos el propósito global de la vida y el rol que dentro de ella desempeñamos cada uno de los seres humanos. Los tres sufrimientos que nos acosaban: enfermedad, vejez y muerte dejarán caer sus terribles máscaras, (confeccionadas por el esquema mental bajo el cual hemos sido educados), para mostrarse tal como son: simples espejismos en el paisaje deslumbrante y eterno de la vida.

Descartar la culminación del conjunto de la evolución en un estado superior al que se encuentra, es aceptar que al final de su ciclo total, indefectiblemente, la humanidad será un conjunto de ancianos decrepitos.

6. Transmisión del saber primigenio: A. Esotérica y exotérica

B. Un tiempo especial

A. Esotérica y exotérica

Sus modos de transmisión son similares a los que emplea la Cultura occidental en nuestra instrucción. Ambos se valen de maestros y programas educacionales adecuados a fines y destinatarios concretos. No obstante, el cuerpo de enseñantes de la Sabiduría antigua, tendría dos vías de actuación. En la primera, de carácter exotérica, ejercerían una labor pública que serviría para implantar en cada periodo de la humanidad, las bases (adecuadas a la capacidad cognitiva que el periodo impone a todos los individuos), de la cultura dominante (que abarca las ciencias, religiones, filosofía, los usos y costumbres, etc.) que servirá para unificar criterios y conducir la evolución general durante el periodo en curso.

En cambio, la vía segunda sería esotérica e individualizada, destinada para quienes anhelan alcanzar el fin último de la vida y que, descubriendo y siguiendo los indicios de la sabiduría primigenia, que subyacen bajo la cultura dominante, lleguen hasta los enseñantes.

En ambos casos, los enseñantes mantendrían oculta su identidad para el común de la gente. La causa por la que, tanto la sabiduría primigenia como sus transmisores, no han sido ni son valorados en su justa dimensión, se halla en el propio nivel de conciencia del periodo. De manera análoga, el nivel de conciencia que tenemos en nuestras etapas estudiantiles nos impide, mientras estamos en ellas, comprender en toda su extensión, ni al maestro ni el alcance de la instrucción que recibimos. Esto solo podemos hacerlo tiempo después de abandonar las aulas.

B. Un tiempo especial

En lo que respecta a este último tramo de periodo, los siglos VII y VI a.c. fueron un tiempo de gran actividad de los enseñantes. En estos años fueron elaboradas las bases tanto teóricas como prácticas de la Cultura occidental.

En este lapso, sobresalen egregias personalidades, como los siete sabios de Grecia siglos. VII. y VI a.e., Homero e Isaías (contemporáneos), Gautama Buda, Lao tse, Confucio (551-479 a.e.) (contemporáneos), Hipócrates y Demócrito (iden) Pitágoras.

Aunque, quizá deberíamos nombrarles como enseñantes pues, sus prédicas se orientaron al descubrimiento de los misterios del mundo y la vida, abarcando ciencia, filosofía, y religión, al mismo tiempo que edificaron tradiciones que un hoy perduran en el lejano y medio oriente y en Occidente. Eran portadores de conocimientos que, como ellos mismos enunciaron, no eran propiamente suyas sino parte de una sabiduría anterior, olvidada o desvirtuada en aquel entonces, y de la cual eran llanamente sus transmisores y revitalizadores. También en esos años fueron inventados la moneda, la democracia, la jurisprudencia, la lógica matemática y un largo etcétera de elementos aun hoy útiles.

Durante estos tres mil años que nos separan de sus presencias físicas, sus doctrinas junto a las tradiciones que implantaron, han dirigido, y continúan haciéndolo, el pensamientos, ciencia, manifestaciones culturales y religiosas del presente periodo.

Antes de abordar el contenido de la sabiduría primigenia reiteramos que el contenido de la sabiduría primigenia no es un cuerpo doctrinal sectario, sino un conjunto de enseñanzas que se brinda generosamente a todo individuo, en la misma medida de su capacidad y de su interés por evolucionar.

Escondida en su esencia y abierta en su forma, se halla presente en la Cultura occidental y, al margen de ella, en los usos, costumbres y religiones. Sus enseñanzas son como piezas de un rompecabezas que deberíamos encajar en nuestras conciencias individuales, por medio de la reflexión y la experiencia. Del contraste de sus propuestas con los conceptos y valoraciones del mundo y de la vida en los que hemos sido formados, surgirá un nuevo horizonte más allá del horizonte materialista que en la actualidad franquea nuestra existencia.

Con esta intención exponemos, algunas de sus nociones básicas.

7. Contenido de la sabiduría primigenia:

A. Interacción materia-energía

B. La energía

C. Yin-yang

D. Las leyes básicas del universo

No es un estudio exhaustivo, ni pretende serlo, es una somera exposición, pero desde una perspectiva que nos hace entrever otros significados a los ya conocidos.

A. Interacción energía-materia:

a. Generalidades

b. Otros significados: los estados puros de la energía y la materia

c. Algunas preguntas para meditar

a. Generalidades

Es de aceptación general, profana y científica, que el universo, nuestro planeta, la vida en general, en una palabra todo lo que existe está formado por energía y materia.

No obstante, de toda este magnífico espectáculo de la creación, nuestra capacidad cognitiva no puede percibir sino una mínima parte, aquella más cercana a la materia.

Con los estímulos provenientes de la materia y que, a través de los sentidos, llega a nuestro cerebro, configuramos una realidad exclusivamente física, medible y cuantitativa. Una realidad a la que la Cultura occidental nos la presenta como la única que existe, y así lo imprime en nuestra conciencia, debidamente argumentada con filosofías, cifras, valores éticos y un largo etcétera de pruebas científicas.

Igual hicieron las culturas dominantes de los anteriores momentos históricos del presente período cíclico o edad de la humanidad. Su finalidad respondía y responde a la necesidad de uniformizar los múltiples criterios entre las gentes.

A lo largo de este momento cíclico (que comienza con el Diluvio), la realidad ha sido siempre la misma, sencillamente porque sus gentes han tenido y tienen el mismo marco cognitivo. No obstante, a medida que nos acercamos a la siguiente edad los criterios de la población mundial sobre la realidad varían (igual sucede entre los juicios del joven que empieza su juventud y el que la termina) y, de no existir un elemento unificador, surgirían múltiples conflictos producto de los enfrentamientos por esa tendencia innata al ser humano de considerar su verdad subjetiva como la única y verdadera.

En este sentido, la Cultura occidental, refleja con absoluta fidelidad nuestro campo perceptivo circunscrito al ámbito material.

Mas, en la existencia total de la humanidad este periodo o edad, por extenso que nos parezca, no es ni mas ni menos que un momento efímero y la realidad materialista en que vivimos solo es verdadera y única para nosotros, sus gentes.

La realidad objetiva, hoy por hoy, nos es inconcebible.

Mas, es de esperar que el próximo ciclo, sus gentes percibirán el mundo y la vida en sus manifestaciones relacionadas tan íntimamente con la energía como el nuestro lo está con la materia.

Entre los signos que anuncian su eminente cercanía se hallan el avance especular en la ciencia aeronáutica, las modificaciones climáticas, movimientos tectónicos, giro de los valores humanos básicos - 37 - - 37 - hacia dimensiones desconocidas, la superación de la velocidad de la luz, etc.

b. Otros significados: los estados puros de la energía y la materia.

No obstante, no debemos rechazar, parcial o totalmente, la concepción materialista de nuestra Cultura occidental. Al contrario, puesto que esta fue inspirada por el saber primigenio, estamos obligados a aceptarla y tomar su contenido como punto de partida de ulteriores reflexiones.

La dificultad de una correcta interpretación estriba en que, el lenguaje de la sabiduría primigenia esta constituido por símbolos y, en consecuencia, una amplia gama de afirmaciones de la Cultura occidental, tiene derivaciones y significados múltiples que se entrecruzan y completan entre si, formando cuerpos de conocimientos superiores al formal.

Por ejemplo, de la creencia común que nuestra realidad es el efecto resultante del encuentro de ambos, deriva la consideración que antes de este encuentro, tanto la energía como la materia, debieron existir en estados puros.

Y, como veremos mas adelante, nada hay mas cercano a estos estados que los conceptos de cielo e infierno.

Quizá, ambos conceptos no sean sino referencias, veladas por el símbolo, a dichos estados. Pues desde siempre, cielo e infierno, han sido la base de todas las religiones conocidas y, como es sabido, las religiones fueron las primeras formadoras tanto de las sociedades como de sus ciencias y culturas.

No es descabellado considerar que los relatos de las religiones, construidos con símbolos, ocultan bajo el velo de la devoción, conocimientos profanos que expliquen el mundo y la vida desde una perspectiva no axiomática, diferente a la que preconizan.

Entre estos parecen estar los conceptos ya mencionados de cielo e infierno.

En su significado mas inmediato, cielo e infierno, se refieren a acontecimientos del mas allá, pero también es obvio que aducen, y directamente, a este mundo terreno, ya que siendo destinos para nuestra parte no física, son presentados como mundos de consistencia física (fuego, hielo, bienestar indecible, etc.)

Lo cual da una flagrante contradicción que invalidaría las religiones pues, ¿cómo se puede sufrir quemaduras u otros dolores corporales o disfrutar de bebidas deliciosas y mil placeres sensuales, cuando ya no se posee el cuerpo?

Sin embargo si reflexionamos en esta contradicción veremos que solo es aparente, debido a que cielo e infierno son recompensas para quien tiene fe y esta, según los postulados religiosos que los crearon, debe ser mantenida y acrecentada con el conocimiento de los misterios sagrados.

De lo que resulta que, en verdad, el cielo sería una morada de premio para quien halla adquirido suficiente conocimiento pero, ¿a que conocimiento se refiere con la palabra misterios sagrados?

Sin duda alguna, se refiere al conocimiento del propio ser humano. Ya que el mayor de los misterios es Dios y Dios es inconocible pero no así el hombre que es su imagen y semejanza.

Entonces, el cielo se convierte en meta de la evolución, el estado de gozo continuo al que llegará el ser evolucionado, un mundo real en el que predominaría la acción de la energía o, bien podría ser, la energía en su estado puro. Lo que justifica que allí no existan los sufrimientos que proceden de nuestra dependencia a la materia, como es la muerte, la vejez, la enfermedad y menos todavía las necesidades a las que la supervivencia nos obliga satisfacer.

En cambio, los tormentos del infierno serían una advertencia para quien se obstine en no evolucionar o, lo que es lo mismo, en no intentar conocerse a si mismo y su realidad. No por otra razón, los tormentos de naturaleza física del infierno: fuego, hambre, frío, etc. multiplican hasta lo indecible nuestros dolores terrenos.

En resumen, Cielo e infierno, como símbolos de conocimientos relacionados con nuestra evolución, sugieren que del encuentro de la energía con la materia se originaron una pluralidad de mundos y formas de vida paralelos al nuestro.

Algunos de estos mundos deben ser mas groseros que el nuestro, otros mas sutiles pero, tanto unos como otros, están mas allá del umbral de la percepción sensorial que tienen las gentes de esta época.

c. Algunas preguntas para meditar

Mas, si podemos ensayar una aproximación planteándonos las siguientes preguntas:

A) Después del encuentro entre la energía y la materia, origen del universo y la vida ¿aún existe energía y materia en estado puro?

C) ¿La energía y la materia, desde sus estados puros hasta constituir nuestra realidad, tuvieron múltiples y distintas modos de interacción en los que, en unos predominaba la acción de la materia, en tanto que en otros prevalecía la energía?

D) ¿Cada uno de estos modos originaron mundos paralelos, tan completos como el nuestro, y a los que accederemos a medida que avancemos en el desarrollo de nuestra conciencia?

Tal vez, sean preguntas incontestables pero, reflexionar sobre ellas, podrían servirnos para vencer la inercia mental, resultado de nuestra aceptación servil de los conceptos y valores de la cultura materialismo.

Un gran adelanto en el desarrollo de nuestra conciencia.

Las esferas concéntricas que, desde tiempos inmemoriales, son utilizadas en oriente para meditar sobre la trascendencia de la vida, ¿aluden a mundos concéntricos, originados por diferentes grados de relación energía-materia? ¿Son artilugios dejados por los enseñantes para inducir y apoyar la reflexión en esta dirección?

B. La energía: a. Generalidades: derivación al ámbito humano

b. Unicidad

c. Energía y conciencia

d. Intencionalidad e inteligencia

e. Vías de irradiación

a. Generalidades

Todos los elementos que conforman nuestra realidad, desde un neutrino hasta los cuerpos cósmicos, sin excluir las células de nuestro organismo, están formados por materia en movimiento y por la energía que le imprime el movimiento.

Esta condición pone de relieve que la energía, en sí misma, es incognoscible. Y lo es porque la materia solo puede recibir el impulso para su movimiento desde el exterior, lo que quiere decir que la energía actúa desde un lugar que está fuera de la realidad o, por lo menos, fuera de la realidad que la humanidad actual percibe.

Lo que en esta época percibimos de la energía son únicamente sus efectos y a estos confundimos con la propia energía.

Una derivación de este aspecto de la energía nos remite al marco humano, mas precisamente hacia nuestra esencia, llámese mente, ser o alma.

También nuestra esencia, aun siendo como la energía el motor de nuestra existencia, también como ella es incognoscible.

No existe ni ser ni aparatología que pueda detectarla, salvo en sus efectos, algunos de los cuales son, nuestras facultades mentales, instinto al conocimiento, inclinación a la superación, etc.. Efectos que, dentro de cada individuo, forma un universo interno tan vasto y complejo como el externo.

La energía está fuera del umbral de la capacidad cognitiva y perceptiva del ser humano de esta época, sin embargo, a partir de la observación del universo, el mayor de sus efectos, podemos descubrir otras de sus características que desarrollamos en las líneas que siguen.

b. Unicidad

La tierra, con los planetas y satélites de nuestro sistema gira alrededor del sol. El sol con su sistema también se desplaza dentro de la galaxia a la que está inscrita y esta, conjunta a otras innumerables galaxias, hace lo mismo en el espacio infinito.

Los cuerpos cósmicos, giran sobre sí mismas y parecen danzar al compás de una música que solo ellos pueden escuchar. Como fuegos de artificios que adornan la fiesta cósmica, se suceden explosiones grandiosas que dan nacimiento a nuevas estrellas mientras brillantes cometas cruzan el cielo.

El orden de los danzantes y el decorado se mantienen inalterables, y así continuará hasta el momento final del universo, porque todos sus componentes siguen un mismo ritmo en sus evoluciones, el ritmo que les imprime la energía responsable de sus movimientos.

La disposición armónica en el espacio de la compleja e innumerable población celeste y la sincronización de sus movimiento y transformaciones, demuestran que la energía es una.

De lo contrario, si hubieran dos o mas energías, el universo tendría dos o mas ritmos. Una condición en la que no podría existir ya que los cuerpos cósmicos tendrían movimientos divergentes que en algún momento les haría chocar unos contra otros.

Y, puesto que la vida terrestre; en todas sus manifestaciones y dentro de esta el ser humano, es consecuencia de los procesos cósmicos; también se incluye en la unicidad de la energía.

Bajo esta perspectiva, en cuanto a nuestro cuerpo, diferencia del concepto general que lo considera como una fortaleza estanca donde habita el soberano Yo, la sabiduría primigenia afirma que está físicamente abierto a las influencias del cosmos y que, la energía que hace girar a los planetas, es la misma que le crea y lo recrea a cada instante.

La energía, desde su centro emisor en alguna parte del universo llega a nuestro planeta, atraviesa cuanto hay en el y continua su viaje en el infinito.

Su paso vivifica a la materia y, lógicamente, también a nuestro cuerpo. A nuestro cuerpo, la energía entra por la coronilla y después de recorrer la intrincada red de sus canales conductores sale por la planta del pie.

La energía siendo una, mantiene nuestras existencia unidas al ritmo general del universo.

c. Energía y conciencia

De la exposición anterior se puede deducir que, siendo nuestro cuerpo básicamente materia (átomos) en movimiento, ¿podríamos pensar que nuestra esencia y la energía no solo comparten la cualidad de ser incognoscibles sino que ambas se identifican? o, en su defecto, ¿qué nuestra esencia está formada por una relación energía-materia en extremo sutil y en la que predomina la energía?

En el primer caso, puesto que la energía fluye sin lapsos de interrupción, nuestra esencia estaría comunicada directamente con su fuente. Sería una comunicación semejante a la que existe entre el tramo de un río y la montaña en la que se originó

En la segunda opción, es obvio que nuestra conciencia (manifestación mas íntima de nuestra esencia, sino la propia esencia) tendría un soporte físico imperceptible. Es decir, tendría un cuerpo sutil e invisible que estaría dentro de nuestro cuerpo grosero y visible.

Nuevamente aquí aparece la imagen de los mundos concéntricos, a los que nos referimos anteriormente.

Cada individuo estaría formado por dos o quizá mas seres, uno dentro de otro, pero unidos y mantenidos por la misma energía.

Aunque también cabe la presunción que, tanto la energía como la materia, procedan de una fuente comun, de una realidad mas allá de ambas, en este otro caso nuestra esencia también provendría y estaría inida a esa realidad.

d. Intencionalidad e inteligencia

Las complejas organizaciones, del universo y de los organismos vivos, manifiestan sin lugar a duda ser el resultado de una acción inteligente e intencionalidad.

Y siendo la energía causa de tal acción a ella atribuimos ambas cualidades.

Intencionalidad e inteligencia, son cualidades definitorias de la conciencia y si la energía tuviera estas cualidades, esto significaría que ella, o bien su fuente emisora, también poseen conciencia. Pero, sería una conciencia que rebasaría inconmensurablemente a la del hombre y cuya posesión no podría atribuirse sino a Dios.

Premisa inaceptable, tanto para la comunidad de científicos como para la mayoría del común de la gente ya que, unos y otros, por encontrarnos en la misma edad o periodo cíclico de la humanidad no aceptamos, o aceptamos con reticencias, otra realidad que la que perciben nuestros sentidos.

Nuestra dependencia a la materia es norma común entre científicos y profanos. Unos y otros nos servimos de ella para definir tanto nuestras vidas como nuestro habitat.

Así, para la ciencia, el universo se originó de la explosión fortuita de un elemento material acaecida hace 27 mil millones de años.

Y el pequeño universo que somos los individuos, no tiene otro origen que la fusión de dos elementos materiales: el óvulo con el espermatozoide. Y, como sabemos, el poder identificar estas dos fuentes es crucial para nuestra formación.

El estrecho mundo material en que vivimos es consecuencia de nuestra percepción característica del actual momento y esta de la pobre sensibilidad de nuestros sentidos circunscrito a la materia.

No obstante, a pesar de nuestras limitaciones, es posible ampliar nuestro mundo a partir de la simple observación de fenómenos conocidos, tales como la sucesión de las estaciones, nuestros cambios fisiológicos al paso por nuestras edades, los paisajes de nubes incesantemente cambiantes de los cielos, etc.

Una primera conclusión de esta observación es que: cuanto existe esta sometido a un movimiento perpetuo cuya finalidad última es transformar unos elementos en otros, sin alterar la armonía del conjunto.

En los confines del universo, el polvo cósmico se concentra, forma enanas rojas y blancas, de ellas salen una nueva estrella que mas tarde volverá a ser polvo cósmico y así, se reiniciará nuevamente el primitivo proceso de concentración.

En el universo humano, desde la aparición del primer hombre los individuos surgimos unos de otros en una cadena ininterrumpida de transformaciones, apariciones y desapariciones.

Una segunda conclusión sería: si la energía es la que imprime este movimiento, en ella recae tanto la responsabilidad de las transformaciones como de la coexistencia armónica de cuanta manifestación, viva e inerte, existe. Y, ¿qué inteligencia mayor que esta puede haber?

En términos del evolucionismo, deberíamos inclinarnos ante la energía, pues ella insufla aliento de vida a la materia y, por ende, es padre y madre de los primeros seres humanos.

No obstante, no sucede así. Para nuestros científicos, el cimiento de la creación es la materia y el ser humano es la sublimación de un animal desconocido.

Pero ¿debemos aceptar sus afirmaciones sin más?

Nuestra comunidad de científicos pone en orbita estructuras gigantescas, manipula desde sus laboratorios artefactos que se encuentran en la Luna, Marte o navegando alrededor de planetas tan lejanos como Júpiter, saca a la luz los mas íntimos secretos del genoma pero, a pesar de este despliegue maravilloso de inteligencia, es incapaz de evitar el desgaste de nuestro organismo o impedir ser atacado y destruido por vida microbiana y, menos todavía, crear un mosquito u otra manifestación menor de vida.

Somos dependientes de un organismo que es al mismo tiempo, extraordinariamente poderoso y extraordinariamente frágil.

Su fragilidad nos imbuje de miedo a perderlo y este miedo, dirige nuestro poder hacia la conquista de la materia.

En el camino desacreditamos todo aquello que escape a nuestros sentidos o que no puede ser cuantificable. Además, confundimos los efectos de la energía con la energía misma, nuestro hacer con nuestro ser, satisfacción de los deseos con felicidad, el cuerpo con nuestra identidad esencial y, en un acto de suprema herejía, hemos rebajado a Dios al rol de un simple alfarero modelador de un homúnculo de barro que luego sería el hombre.

También, por temor a la incertidumbre, nuestros científicos ponen limites temporales y espaciales al universo y dan plazos a nuestra propia existencia.

Los promedios de vida de sus estadísticas, son una cantidad de años que el hombre se auto otorga para, al menos dentro de ellos, sentirse protegido contra la incertidumbre de su final.

e. Vías de irradiación de la energía.

La energía existe y si existe debe tener un origen. Una fuente desde la cual se irradie siguiendo unas vías precisas que hagan posible la coexistencia de los cuerpos cósmicos. Para indagar sobre ellas, en primer lugar es necesario determinar la naturaleza y forma de nuestro universo.

La existencia de una fuente de energía niega la presunción de un universo infinito debido a que la fuente emisora señala su comienzo y, en nuestra concepción actual de la realidad, todo lo que tiene un comienzo tiene un final. Nuestro universo es pues finito, circunscrito a un espacio limitado y, por tanto tiene una forma.

Una forma que, deducida de los cuerpos y movimientos, máximos y mínimos, que lo constituyen es esférica.

Siendo de naturaleza finita y de forma esférico, la energía se vierte necesariamente de modo radial y siguiendo trayectorias rectas.

De ello se derivan tres opciones:

- 1) la energía emitida después de chocar con la última frontera del universo regresa a su fuente para ser reabsorbida.
- 2) la energía continúa fuera de nuestro universo creando otros mundos.

3) una parte de la energía se irradia fuera de nuestro universo y otra parte regresa a su fuente.

La primera opción daría como resultado un universo frágil y estático. Frágil, porque durante la recepción de la energía que regresa, la fuente tendría un instante de emisión cero. Estático porque el impulso que reciben los cuerpos cósmicos de la energía que sale de la fuente, sería anulado por la energía que regresa.

La segunda opción, el impulso lineal y constante de la energía elimina en los cuerpos celestes, los desplazamientos elípticos y de rotación axial. Estos se verían arrastrados siempre hacia delante por la corriente de energía.

La tercera opción parece ser la más acertada. De ella se desprenden dos presunciones a las que hay que añadir la vía de regreso de la energía a su fuente.

La primera presunción sería, la energía que cruza nuestro universo se prolonga en el infinito creando a su paso otros universos. En este caso nuestro universo, finito y esférico, estaría dentro de otros universos similares, imagen que trae a colación las ya mencionadas esferas concéntricas utilizadas en el lejano oriente para meditar. ¿Meditar en qué? ¿En la pluralidad de mundos que constituyen la verdadera realidad?

La segunda sería: la energía que cruza universo no crea universo sino se acumula en su borde exterior. En este caso, nuestro universo estaría en el espacio que media entre un mar de energía que le rodea y la fuente emisora. Lo que también nos recuerda los mensajes de las religiones que hablan del retorno a Dios y de las nociones de cielo e infierno. El infierno se referiría al mar exterior, el punto más alejado de la fuente y el cielo a la misma fuente.

En cuanto a la vía de retorno de la energía a su fuente, esta debe seguir una trayectoria que, combinada con la vía recta de irradiación, daría a los cuerpos cósmicos sus movimientos de rotación y traslación. Pero para ello ambas deben evitar encontrarse.

Del desplazamiento elíptico de los cuerpos celestes, del alejamiento hacia las fronteras del universo y de sus rotaciones axiales, se deduce que la vía de retorno sigue una trayectoria intermedia entre la circular y la recta, es decir una trayectoria espiral.

Lo expuesto puede ser tenido por especulaciones simplistas y sin base real que, en poco o en nada contribuyen al desarrollo de nuestra conciencia, pero ¿no es el ser humano un ser racional y el conocimiento el alimento que nutre la conciencia? y ¿qué mejor uso podemos dar a nuestra racionalidad que el intentar obtener un conocimiento, mejor y mas completo, de nuestro mundo y de nosotros mismos que aquel que nos hicieron asimilado de modo automático?

Por el hecho que la energía vitaliza toda manifestación de nuestro universo, sus vías de expansión y retorno también deben estar presentes en el organismo humano.

La vía espiral de retorno se manifiesta, nunca mejor dicho a flor de piel, en las huellas dactilares y, de forma sutil en la formación en doble hélice del ADN.

A ello podemos agregar que, si la energía tuviera conciencia o si nuestra conciencia fuera energía, la doble hélice del ADN exteriorizaría un doble retorno, el de la energía a su fuente y el del ser humano a sus antepasados?

Y la vía recta de irradiación esta presente en la estructura vertical de nuestro cuerpo.

La verticalidad diferencia al ser humano del animal. Gracias a esta característica exclusiva, la energía fluye por su organismo con un mínimo desgaste por roce con sus vasos transportadores, lo que le permite un mayor provecho del contenido y potencial de la energía.

C. Yin- yang

En la creencia popular se mantiene la existencia de dos energías diferentes a las que se denominan yin-yang.

En realidad, Yin-yang, son denominaciones que se da a los condiciones que derivan del mayor o menor débito de energía en un proceso cualquiera.

Las características que se les atribuyen son efectos diversos de la única energía.

Todo cuanto existe se halla en un continuo proceso de transformación y, siempre hay y habrá fenómenos, momentos y lugares que requieran mayor o menor cantidad de energía.

A los primeros se les llamará yang y a los segundos Yin.

La confusión de considerarlas energías diferentes podría tener su origen en el hecho que desde el punto de vista particular, es decir de los fenómenos individualizados y de sus relaciones entre si, son estados transitorios, mientras que desde un punto de vista general, es decir desde una perspectiva que abarque el conjunto, son estados estables.

Un símil sería, la clase estudiantil, para los individuos es un estado pasajero, en tanto que, como parte de la estructura social, es un estado estable.

A Yang y Yin se les atribuye cualidades específicas, algunas de las cuales son:

Yang

Exterior
Vacío
Posterior
Aceleración
Calor
Fuego
Luz
Día
Cenit
Verano
Hombre

Yin

Interior
Concreto
Anterior
Lentitud
Frío
Agua
Oscuridad
Noche
Nadir
Invierno
Mujer

En el análisis de estas características tenemos: un fenómeno, o cualquiera objeto en movimiento, necesariamente recibe el primer impulso en su parte exterior, por tanto su superficie tiene una presencia mayor de energía que su interior. Lo cual justifica que a lo externo se le denomine Yang y a lo interno yin.

La parte externa de cualquier objeto tiene su prolongación en el espacio y siendo el espacio el ámbito natural de la energía, el vacío será Yang y Yin lo concreto.

Un objeto en movimiento recibe el impulso desde alguna de sus partes pues, si lo recibiera desde todos sus ángulos se mantendría estático. Esta parte necesariamente contiene más energía y debe ser opuesta a la dirección de su movimiento, es decir la posterior. De aquí que lo posterior de todo objeto o fenómeno es Yang en tanto lo anterior es Yin.

El movimiento en los fenómenos esta sometido a variaciones. La aceleración del movimiento requiere mayor cantidad de energía que la desaceleración. Yang es lo rápido, Yin lo lento.

La aceleración genera calor, que al aumentar se convierte en fuego. Los atributos del fuego son luz y calor. En consecuencia calor, fuego y luz son Yang. Sus contrarios: agua, frío y oscuridad, son Yin.

El momento mas representativo de la luz y calor en un ciclo diario es el medio día y en el ciclo anual es el solsticio de verano. Lo opuesto es la media noche y el solsticio de invierno. Los primeros son Yang, los segundos son Ying. El sol en su cenit señala el Sur, el nadir el norte. Yang es el sur, Yin el norte.

Aplicadas estas características a la anatomía del ser humano tenemos: Yang son los órganos vacíos: estómago, intestinos, vesícula biliar, vejiga. Yin son los órganos compactos: hígado, corazón, bazo, páncreas, pulmón (por estar siempre ocupado por aire) riñón.

En el aspecto genérico: el hombre por tener mayor masa corporal que la mujer requiere de mayor energía. Yang es el hombre, Yin es la mujer.

La evolución de Yang en Yin y viceversa se sintetiza en las siguientes reglas:

1. *Tienen el mismo origen, cada uno constituye la base del otro.*

Una observación añadida a esta ley sería que ratifica la igualdad entre el hombre y la mujer y, por extensión, la igualdad de todo el género humano. Ya que, al margen de las diferencias en sus formas, el hombre (Yang) y la mujer (Yin) se igualan en sus orígenes, ambos nacen de la fecundación del óvulo por el espermatozoide.

2. *Yin-Yang son antagónicos y se inhiben mutuamente*

3. *El incremento y el descenso de Ying-Yang están en equilibrio*

4. *Yin-Yang se transforman recíprocamente en su inverso*

D. Las leyes básicas del universo: a. Generalidades

b. Ley de los ciclos

c. Ley de los cinco elementos

d. La analogía

a. Generalidades

El universo, incluyendo en el a nuestro planeta y al ser humano, semeja un puzzle cuyas innumerables piezas, arrastrados por la corriente invisible de la energía, se unen y se separan sin cesar formando en cada instante una figura nueva.

La frase harto conocida *el "polvo vuelve al polvo"* se expresaría con mayor amplitud de la siguiente manera: con la muerte, los elementos que componen el organismo humano se disgregan para reincorporarse a la materia de nuestro planeta a la cual pertenecieron y de la que, mas tarde, volverán a separarse para formar nuevos organismos. A esto se debería agregar que, también nuestro planeta, cuando agote su ciclo, se disgregará para unirse al polvo cósmico del que surgirán nuevos planetas semejantes al nuestro.

Dicha sucesión de eventos ilustra que el universo, incluyendo la vida y los fenómenos terrestres, está constituido por los mismos elementos puesto que, los cuerpos que lo componen están sometidos a transformaciones sucesivas que convierten a unos en otros.

Las leyes a las que se hacen mención identifican estos elementos, el ritmo y las fases por las que pasan los cuerpos en sus transformaciones, y les dan los nombres de madera, fuego, tierra, metal y agua.

Los nombres otorgados son elementos-símbolos. Sirven para establecer relaciones de similitud entre las características de los elementos naturales que mencionan, con las características que tienen los fenómenos en cada fase de sus transformaciones.

La ley de los ciclos se refiere al ritmo de las transformaciones y la ley de los cinco elementos a las modificaciones estructurales del fenómeno o lo que es lo mismo, la ley primera se refiere a las relaciones materia-energía en el tiempo y la segunda a la relación materia-energía en el espacio.

Mas, debemos dejar asentado que las nociones de tiempo y espacio del saber primigenio difieren de las que tenemos actualmente. Para la Cultura occidental el tiempo y el espacio son identidades separadas (salvo el espacio-tiempo de Einsten). El tiempo es una sucesión de momentos indiferenciados y el espacio una extensión abstracta donde coexisten fenómenos diversos.

En cambio, para el saber primigenio, tiempo y espacio interaccionan entre si formando un entramado único. Los momentos adquieren características espaciales precisas que los diferencian entre si y el espacio es modificado por los momentos convirtiéndose así en porciones diferenciadas. (Nota).

Por esta razón la ley de los ciclos no podría ser comprendida en su justa extensión sin la ley de los cinco elementos ni esta sin aquella.

b. La ley de los ciclos:

b-1. Generalidades

b-2. El ciclo modelo

b-3. El comienzo del ciclo

b-1. Generalidades

Se explica como sigue: la armonía de nuestro universo se mantiene gracias a la sincronía de los movimientos de traslación, rotación y transformación de los cuerpos que lo constituyen. De lo contrario, si un solo fenómeno no estuviera incluido en esta sincronía universal, se desencadenaría perturbaciones con efecto dominó, lo que llevaría a la pérdida del equilibrio y la consecuente destrucción del universo.

Si tomamos la imagen de la danza cósmica, desde una perspectiva adecuada podríamos ver a los cuerpos estelares transformándose al mismo tiempo que giran y se desplazan; siguiendo, cada uno a su manera, los compases de una misma melodía. Esta melodía es el ritmo del universo.

La melodía es inaudible pero, los sabios primeros, pudieron deducirla observando el movimiento de los danzantes, es decir de los desplazamientos de los astros, la sucesión de las estaciones y sus efectos sobre la vida y fenómenos terrestres.

De sus observaciones dedujeron que todos los fenómenos, sin excepción, tienen una duración cíclica y que en el transcurso de sus existencias atraviesan por periodos que son análogas entre si. Como conclusión elaboraron un ciclo modelo que resumía el ritmo de las transformaciones, en otras palabras el ritmo del universo.

En las líneas que siguen hacemos su esbozo general del ciclo modelo, tomando como referencia un ciclo diario, explayándonos en su inicio, en como este inicio responde a la estructura ternaria del universo y en su efecto sobre la naturaleza humana.

b-2. El ciclo modelo

El ciclo modelo tiene como referencia la duración de 24 horas del día o, lo que es lo mismo, una rotación completa de la Tierra sobre su eje.

Nuestro planeta gira gracias a un impulso que recibe para ello, y continúa girando por nuevos impulsos, de lo contrario se detendría. Pero, para que la rotación sea continua y regular, nuestro planeta debe recibir los impulsos en un mismo momento y mientras el anterior declina.

Este momento señala el comienzo real del día. Pero, ¿qué momento es este?

b-3. El comienzo del ciclo: b-3-1. En el cosmos y en el ciclo vital humano

b-3-2. En la conducta humana

b-3-3. La triada, organización tripartita del cosmos

b-3-4. Implicaciones en la percepción y formación

humana

b-3-1. En el cosmos y en el ciclo vital humano

Los calendarios formales han tomado como comienzo del día los cuatro puntos más notables del día: el cenit, el nadir y los dos crepúsculos.

Para el calendario occidental, hasta 1930 el día comenzaba en cenit, a partir de este año comienza en el nadir, la media noche.

Para el musulmán y judío, el día se inicia con la ocultación del sol y para el hindú con la salida del sol.,

Sin embargo, ninguno de ellos cumple los requisitos para ser comienzo del día.

La argumentación que lo corrobora se ilustra con el ciclo de una vida humana.

Medio día – media noche

En el cenit y nadir, el sol y la luna se encuentran en sus elevaciones máximas. Ambos momentos son de plenitud, lo que descarta a uno y otro ser el comienzo real del día.

En cuanto al ciclo vital humano, sabemos que todo individuo surge a su existencia después de haber pasado un proceso de gestación, por tanto ni su adultez o desarrollo

máximo (cenit), tampoco el instante de su nacimiento, desarrollo mínimo (nadir), serían el inicio de nuestro ciclo vital.

Los crepúsculos

El ciclo vital de un hombre empieza en el mismo instante en que concluye el periodo de gestación, cuando su organismo está plenamente constituido. Su nacimiento no es sino la salida al exterior del ser que, dentro del útero materno, alcanzó ya, su formación completa. En consecuencia, el verdadero comienzo de nuestro ciclo vital, se sitúa en un momento anterior a nuestro nacimiento, entre el último tercio de la gestación y el instante del nacimiento.

De modo análoga, el comienzo de día no puede ser el crepúsculo matutino.

Cuando vemos al sol elevarse sobre el horizonte damos por sentado que es el comienzo del día, pero para que esto suceda, nuestro planeta tiene que haber recibido ya el impulso generador del nuevo giro, el mismo que le ha llevado a surgir sobre el horizonte. Lo que convierte la aparición del sol en un evento similar al de nuestro nacimiento. Tampoco puede ser el crepúsculo vespertino puesto que este señala el inicio de su declive.

El saber primigenio sitúa el comienzo del día en un punto intermedio entre la salida del sol y la medianoche. A las tres de la mañana.

Con esta referencia se determina los restantes sectores del ciclo diario: 3 de la tarde, 9 de la mañana y nueve de la noche.

Los cuatro sectores mencionados: cenit, nadir, crepúsculo vespertino, crepúsculo matutino, en modo alguno quedan invalidados. Por el contrario se suman a los primeros para formar ocho sectores en el ciclo. A esta división del ciclo se refiere los ocho trigramas de Fo-tsi cuya explicación dejamos al margen (Nota).

b-3-2. En la conducta humana: a. Sintonía con el cosmos

b. El calendario

a. Sintonía con el cosmos

En tiempos antiguos, el ciclo modelo sirvió para regular las actividades cotidianas, señalando a cada una de ellas, el momento apropiado para que pudieran sintonizar con el ritmo del universo. De este modo las actividades obtenían una fuerza añadida, proveniente del cosmos, que trasmitían al ejecutante.

Una huella de la ley de los ciclos, mas propiamente del inicio del ciclo, que pervive en la actualidad es el énfasis que ponen las religiones, u otras vías de desarrollo humano, en señalar el alba (momento anterior a la salida del sol) como el momento mejor para la oración o meditación.

b. El calendario

Otra huella, la encontramos en el calendario occidental, uniformador del tiempo para todos los países y sobre todo, organizador de todas nuestras actividades cotidianas.

El calendario que se ceñía a la ley de los ciclos, situaba el comienzo del año en un punto intermedio entre el equinoccio de primavera (análogo a la salida del sol) y el solsticio de invierno (análogo a la media noche). En la actualidad, solo dos calendarios se aproximan a él, el tibetano y el chino, para ambos el comienzo del año es la luna nueva más cercana al cuatro de febrero

En el calendario occidental, el inicio del año es el primero de enero. Obviamente se encuentra desplazado de la fecha correcta, pero no por ello prescinde de la ley de los ciclos. Por el contrario, las particularidades de su segundo mes, febrero, sugieren que es una adaptación del calendario primigenio a nuestro tiempo.

Recordemos que el calendario occidental fue edificado por astrónomos griegos a encargos de los emperadores Julio Cesar y Cesar Augusto y mas tarde corregido por otro pseudo emperador, el Papa Julio X.

Es muy probable que detrás de esas iniciativas estuvieran los detentadores del saber primigenio. Ya que, es de sentido común que, si se debiera añadirse un día al año, este debería ser intercalado entre su final y su comienzo, sin embargo no sucede con nuestro calendario en los años bisiestos. El día que se añade estos años al calendario se lo ubica a finales del mes de febrero y, febrero se sitúa entre el solsticio de invierno y el equinoccio de primavera. Momentos que en el ciclo diario son análogos al de la salida del sol y al de la media noche.

Además el número de días de febrero nos remite a otro ciclo, al de la luna alrededor de la tierra y este al ciclo de la menstruación. A lo que hay que añadir que veintiocho es un número muy especial, de los llamados perfectos.

¿Con el añadido de un día al mes de febrero se llama nuestra atención hacia el inicio real del año, hacia la ley de los ciclos o, hacia otra noción del tiempo?

En este punto reiteramos que el lenguaje del saber primigenio es simbólico y, como tal, sus expresiones contienen múltiples significados.

b-3-3. La triada, organización tripartita del cosmos:

a. Generalidades

b. Símbolos e historia

c. Símbolos, aparatos y conciencia

a. Generalidades

El inicio del ciclo, en cuanto a símbolo, sugiere la imagen de una triada temporal: el pasado dado por el momento de formación de nuestro planeta, el futuro por el momento de su final y el presente, por el momento en que recibe un nuevo impulso para continuar girando. Triada que, proyectada en el espacio, se convierte en una pirámide y sobre el suelo en un triángulo.

Ambas, entre muchos otros significados, representan al hombre de esta época.

b. Símbolos e historia

Como es sabido, la población mundial en su inicio se dividía en dos grupos diametralmente señalados: los nómadas y los sedentarios.

En tanto símbolo el triángulo, se refiere a estos dos grupos.

El triángulo con el vértice hacia abajo y su base hacia arriba, sugieren un mínimo contacto con el suelo y un máximo con el cielo, representa al hombre nómada pues, este, tiene un mínimo contacto con el suelo y un máximo con el cielo. Su relación más estrecha es con la noche y las estrellas, por ello inventa el calendario lunar. En la tradición Judeo-cristiana, Abel, con su oficio de pastor, representa al hombre nómada

El triángulo con el vértice hacia el cielo simboliza al sedentario quien vive firmemente aposentado en tierra. De su relación íntima es con el día, nace el calendario solar. Caín, con su oficio de agricultor representa al hombre sedentario.

Y de la intercepción de ambas se obtiene la estrella de seis puntas. La llamada estrella de David que simboliza al hombre que tiene ambas cualidades. Este es el de esta época. Desde siempre, la historia de la humanidad es la combinación de un sedentarismo acérrimo de los pueblos combinado con una tendencia hacia el nomadismo que se manifestaba en la conquista de otros pueblos o nuevas tierras. Aun en nuestros días se dan estas dos condiciones, el nomadismo se manifiesta en la emigración, (además de los auténticos nómadas de las estepas mongolas o desiertos), y el sedentarismo no necesita ilustración pero, quizá podemos nombrar como uno de sus rasgos el ansia por adquirir propiedades múltiples en gentes de los países llamados desarrollados.

La pirámide, siendo una construcción que va del suelo hacia el cielo, de la pluralidad de su base (el cuadrado) a la unidad de su vértice (el punto), remarca la aspiración innata del ser humano a trascender las limitaciones terrenas.

El triángulo en sus dos diseños y la estrella de seis puntas se repiten, como símbolos, en casi todas las culturas antiguas. Mientras que la pirámide, es modelo universal en construcciones portentosas a lo largo y ancho de nuestro planeta.

c. Símbolos, aparatos y conciencia

La bibliografía sobre las pirámides es abundante pero, nadie se aventuró nunca a considerarlas como instrumentos de uso práctico para el desarrollo de la conciencia.

Haciendo un ejercicio imaginativo en esta dirección consideremos que, si existen fármacos, una materia grosera, que vertidos a la sangre sirven para inhibir o estimular las actividades cerebrales con la finalidad de modificar nuestra percepción y conducta, ¿podríamos considerar que el añadido o vertido de otra materia más sutil que los fármacos; por ejemplo, los rayos solares o el magnetismo terrestre, debidamente canalizados por medios adecuados (como las pirámides), también podrían actuar sobre nuestra función más sutil, la conciencia, con efectos estimulantes?

b-3-4. Implicaciones en la supervivencia y constitución del hombre:

a. Generalidades

b. Organización del espacio anatómico y funciones

c. Utilidad de este conocimiento

d. Un cepo cósmico en la mesa

La triada, también nos indica que todo cuanto podemos percibir, del mundo y de nosotros mismos es una organización tripartita, sencillamente porque esta es nuestra condición natural por ser miembros activos del universo.

La organización tripartita del universo se refleja en nuestra naturaleza en todos sus detalles. De esta manera, en la macro imagen del universo, podemos ver con mayor claridad tanto nuestras virtudes como deficiencias y, viéndolas, optar por desarrollar unas y corregir otras.

De nuestra condición y de la finalidad de la evolución se deduce que las gentes del ciclo futuro, tendrán grados de percepción y de conciencia superiores al nuestro, lo cual les permitirá vivir en un universo más amplio que el enunciado por la triada y con manifestaciones de la vida hoy desconocidas.

En otros significados, el inicio del ciclo, reafirma que nuestro universo no es eterno, que se encuentra en tránsito entre un antes, el de su formación, y un después, el de su extinción.

Y, con ello, indica que el conjunto de la humanidad también se encuentra en un estadio intermedio y, advierte que la supervivencia de nuestra especie depende de su capacidad para mantenernos en el y que el vehículo idóneo para lograrlo es la familia.

Recordemos que todos los que la conformamos la familia humana somos hijos, elementos centrales de una triada que completan nuestros progenitores y que, si una generación, solo una, dejara de engendrar nuestra especie desaparecería irremediablemente

Es indudable que el recuerdo constante que sobre los hijos recae el impulso continuador de la especie humana, acrecentaría en los padres su esmero en la educación de su prole para con ello mejorar la calidad humana de las generaciones futuras.

b. Organización del espacio anatómico y funciones

La triada incide en nuestra condición física, a ella se debe la organización tanto de nuestro espacio anatómico, como de nuestras actividades y funciones:

En el espacio anatómico: el cuerpo está conformado por: cabeza, tronco y extremidades.

A su vez, cada una de partes está dividida en otras tres partes: en el rostro se demarcan tres zonas, la más alta ocupada por los ojos, la intermedia por nariz y orejas y la inferior por la boca. Las extremidades se dividen en tres partes: brazo-muslo, antebrazo-pierna, mano-pie. Los dedos en tres falanges, etc.

Aspectos funcionales:

Las funciones en general se manifiestan en tres niveles: el intelectual, emocional y somático

En motricidad: solo podemos estar detenidos, caminando o corriendo.

Posiciones básicas: de pie (vertical), acostado (horizontal) y sentado (angular).

En nutrición: alimentos sólidos, líquidos (agua) y gaseosos (la respiración).

En el lenguaje: tres expresiones: la palabra, el grito y el silencio (gestos, mimos, etc.).

Pero sobretodo el punto intermedio como comienzo de ciclo nos indica que, de las tres manifestaciones mencionadas, la central es la principal y soporte de las otras.

Estos son, en el cuerpo: el tronco que contiene a los pulmones.

En el rostro, la nariz que hace posible la respiración.

En la motricidad, el caminar.

En las posiciones básicas: la sentada.

En la nutrición, gaseoso (la respiración).

En el lenguaje la palabra.

Sobre la vital importancia de la palabra en esta edad de la humanidad, ubicada entre el grito y el silencio, entre el pensamiento que planifica la acción y la acción misma, entre la exclamación del recién nacido y el silencio del cadáver, llaman nuestra atención las cosmogonías tradicionales al afirmar que una palabra divina dio comienzo a la creación y otras palabras (los nombres de las cosas que recibió Adán) dieron al ser humano poder sobre la creación.

Podemos extender nuestra observación a cualquier otra función o característica manifestación y en ellas siempre encontraremos reflejada la triada.

c. Utilidad de este conocimiento

Pero ¿de que sirve este saber? En primer lugar nos arrebatara del ciego automatismo con que ejecutamos nuestros actos cotidianos.

En segundo lugar, nos revela los significados reales de todas y cada una de nuestras actividades y funciones, lo que nos descubre nuestra unión activa con el universo. Tal descubrimiento es un paso hacia la liberación del materialismo que nos enclaustra en la parcela mínima del Yo físico (mi cuerpo) y del mío (mis pertenencias). A este pequeño yo se antepone Un Yo de esta magnitud, universal, otorga a la imaginación, razón, memoria, intuición, objetivos mucho mas amplios y atractivos que la adquisición de bienes terrenos o la persecución de poder.

En tercer lugar, es un estímulo para estabilizar nuestras conductas en la serenidad, punto central entre los excesos emocionales.

d. Un cepo cósmico en la mesa

Es presumible que los enseñantes implantaran los usos y costumbres tales como, las tres comidas diarias (desayuno, almuerzo y cena), las tres indumentarias con que protegemos nuestro cuerpo (sombrero, calzado y vestido), las tres expresiones del espíritu (ciencia, religión y cultura), las tres referencias con las que nos identificamos (yo, familia y sociedad), etc. como ardidés, (semejantes a la añadidura de un día al mes de febrero los años bisiestos) para que, a fuerza de repetirlos, a pesar de nuestra desidia e ignorancia de sus verdaderos significados, sirvan para mantenernos en sintonía con el universo.

Lo mismo puede pensarse de los relatos tradicionales que remarcan el espacio intermedio en la creación.

En la Biblia se lee que Dios separó las aguas de arriba de las aguas de abajo y formó un espacio intermedio donde situó el universo.

En la tradición china: Pan ko, el creador, con sus manos sostiene el cielo y con sus pies la tierra. Cuando abandonó esta actitud, en el espacio intermedio que ocupaba su cuerpo se formó el universo.

En la tradición hindú se dice de Vishnu, la divinidad que mantiene el universo, se sitúa entre, Brahma, que representa el principio creador, y Shiva, el renovador.

En resumen, la ley de los ciclos expresa el ritmo del universo y con ello, se constituye en la mitad del cuerpo explicativo de nuestra realidad, siendo la otra mitad la ley de los cinco elementos.

c. La ley de los cinco elementos

Pone el énfasis en las modificaciones estructurales por las que pasan los fenómenos durante el transcurso de sus existencias.

Identifica cinco estadios notables y a los momentos del ritmo en que se dan, extrae sus características y les da sendos nombres de madera o árbol, fuego, tierra, metal y agua.

Estos elementos son tomados como símbolos que sirven para indicar, por analogía con sus tendencias y características naturales, las tendencias y características que adquiere el fenómeno en cada periodo cíclico.

Debido a que la existencia se manifiesta en el tiempo y el espacio, estadios o los elementos símbolos tienen influencias de ambos.

El tiempo les imprime su carácter sucesivo, lo cual lleva a los elementos-símbolos a generarse unos a los otros de modo inalterable.

La madera (leña) genera el fuego, el fuego (sus cualidades son luz y calor) calienta a la tierra haciéndola productiva, la tierra esconde al metal (las minas en el seno de nuestro planeta) el metal produce al agua y el agua a la madera o árbol.

El espacio, cuya cualidad es la coexistencia, delimita los campos de acción de los elementos, de modo que entre ellos se establezcan relaciones de dependencia y control.

A saber: el agua controla al fuego (lo apaga), el fuego al metal (lo derrite), el metal a la madera (lo corta), la madera a la tierra (la agota), la tierra al agua (la absorbe).

En el ciclo vital humano, lo expuesto se ilustra en líneas generales, como sigue:

La madera o árbol: denomina el primer periodo cíclico. La semilla brota de la tierra y el retoño expande sus ramas en todas direcciones.

En el ciclo humano: el individuo surge del útero (su tierra) a un nuevo medio. Su organismo que estaba contraído se expande en todas las direcciones.

Fuego: segundo periodo cíclico. El fuego dirige sus llamas hacia arriba.

En el ciclo vital humano: el individuo se desarrolla en vertical.

Tierra: tercer periodo cíclico. La tierra, respecto a los otros elementos es estable y les sirve de soporte.

En el ciclo humano: el organismo ha culminado su desarrollo. Es el momento de consolidación.

Metal: cuarto periodo cíclico. El metal es rígido.

En el ciclo vital humano: culminado el periodo de consolidación se inicia el descenso. El organismo humano pierde elasticidad, sus articulaciones paulatinamente se anquilosan, se hacen rígidas como el metal.

Agua: quinto periodo cíclico. El agua es fría, tiende ir hacia abajo para ser reabsorbida por la tierra.

En el ciclo vital humano: el hombre abandona la solidez de la etapa anterior. Su estatura disminuye, pierde tono muscular, baja su calor corporal y sus líquidos (lagrimas, mucosidad, orina, etc.) escapan de sus cauces.

Nota: las leyes de los cinco elementos y de los ciclos, afectan al fenómeno en cuanto unidad y, también a sus partes, por cuanto estas son en si mismas unidades menores y como tales sometidas a las mismas influencias del tiempo y del espacio.

En el ser humano cada órgano tiene su propio territorio, ritmo y relaciones con los otros.

En resumen, un fenómeno cualquiera, es síntesis de tantos ciclos como partes lo componen y, el mismo, no es sino otra parte del ciclo del universo. De la similitud entre los ritmos se extrae la ley de la analogía que se explica como sigue:

d. La ley de la analogía:

d-1. Similitudes

d-2. Analogías

d-1. Similitudes

Puesto que los fenómenos, sin excepción, cumplen las condiciones siguientes:

a. sus existencias se limitan a la duración de un ciclo

b. todos sus ciclos siguen el mismo ritmo

c. están constituidos por los mismos elementos; es posible establecer entre todos ellos relaciones de similitud en sus constituciones, morfología y funciones.

Ejemplos conocidos son; las estructuras semejantes de nuestro sistema solar y el átomo, La similitud en las proporciones de agua entre la Tierra y nuestro organismo, tanto en salubridad como en cantidad: tres cuartas partes de agua para ambos. El agua salada constituye el 97 por ciento de la reserva acuífera total en nuestro planeta y un porcentaje igual corresponde a nuestro organismo.

La similitud entre las formas y funciones de las montañas con los senos de la mujer. Unas y otras son cónicas. De las montañas surgen los ríos que nutren la tierra y de los senos la leche materna que alimenta al niño.

Los ciclos menstruales y los ciclos lunares, etc.

d-2. Analogías

Pero la ley de la analogía también presupone la existencia de un modelo primordial cuyas formas y funciones repiten todas las manifestaciones del universo. De esta premisa deriva el principio "todo está en todo".

El ser humano es el ejemplo mas completo del modelo. Por esta razón en su morfología se reúnen tres de las formas más características de la naturaleza y el cosmos: la esfera, la pirámide y el cuadrado.

Nuestra cabeza es esférica porque siendo la parte del cuerpo mas cercana al espacio necesariamente debe tener una forma que sintonice con el y esta es la esfera. También por esta razón todos los cuerpos estelares, planetas, estrellas, satélites, etc. son esféricos

La pirámide es la forma que se emplaza entre el cielo y la tierra. En nuestro planeta los elementos que toman esta forma son las montañas, mientras que en nuestro cuerpo esta forma ocupa también la parte intermedia con el tórax y los pulmones. Anteriormente nos referimos a los senos de la mujer.

El cuadrado (en realidad el cubo), no se presenta en la naturaleza como una forma pura sino como una forma idealizada que representa el encuentro de la superficie terrestre con lo que de ella se levanta. De este encuentro (por ejemplo, la extensión de una llanura bloqueada en el horizonte por montañas o un bosque) surge un ángulo recto y la organización perfecta de estos ángulos es el cuadrado. En el cuerpo humano esta forma le corresponde a los pies (en realidad rectangulares).

Además, por el principio analógico antes citado que dice, “todo está en todo”, las formas del modelo deberían igualmente hallarse presentes en cada una de las partes de nuestro cuerpo.

Y en efecto así es; en el rostro nuestros ojos, los órganos más cercana al cielo, son esféricos. En la zona intermedia del rostro, la nariz exhibe la forma piramidal. Y en la parte mas baja, a los dientes les corresponde la forma cuadrada.

No solo sus formas, también sus modos operacionales siguen las mismas pautas: los ojos esféricos operan con la luz cuyo asiento y procedencia es el cielo. La nariz opera con el aire que transita entre el cielo y la tierra y los dientes, tienen como material de trabajo los alimentos que proceden de la tierra.

Mas adelante retomaremos este temas con mayor detenimiento.

Con las leyes, de la analogía, de los ciclos y de los cinco elementos, nuestros primeros sabios explicaron el mundo, la vida y la interacción armónica entre ambos.

El cuadro de correspondencias que exponemos bajo estas líneas es síntesis de las leyes mencionadas. De ellas nos valdremos para determinar el momento cíclico por el que atraviesa el conjunto de la humanidad.

En el ser humano

	<i>Madera</i>	<i>Fuego</i>	<i>Tierra</i>	<i>Metal</i>	<i>Agua</i>
<i>En el ciclo vital</i>	<i>Nacimiento.</i>	<i>Infancia</i>	<i>Adultez</i>	<i>Comienzo</i>	<i>Vejez y</i>
	<i>Infancia</i>	<i>juventud</i>		<i>vejez</i>	<i>decrepitud</i>
<i>F. intelectuales</i>	<i>Intuición</i>	<i>Imaginación</i>	<i>Razón</i>	<i>Automatismos</i>	<i>Memoria</i>
<i>Emociones</i>	<i>Cólera</i>	<i>Alegría</i>	<i>Preocupación</i>	<i>Tristeza</i>	<i>Miedo</i>
<i>En el soma.</i>	<i>Hígado</i>	<i>Corazón</i>	<i>Bazo y</i>	<i>Pulmones</i>	<i>Riñones</i>
<i>Órganos</i>			<i>páncreas</i>		
	<i>Vesícula</i>	<i>Intestino</i>	<i>Estomago</i>	<i>Intestino</i>	<i>Vejiga</i>
	<i>biliar</i>	<i>delgado</i>		<i>grueso</i>	
<i>Tejidos</i>	<i>Tendón</i>	<i>S. sanguíneo</i>	<i>Músculo</i>	<i>Piel</i>	<i>Huesos</i>
<i>Sentidos</i>	<i>Ojo</i>	<i>Lengua</i>	<i>Boca</i>	<i>Nariz</i>	<i>Oreja</i>
<i>Expresión</i>	<i>Grito</i>	<i>Risa</i>	<i>Canto</i>	<i>Lamentación</i>	<i>Gemido</i>
<i>Excreciones</i>	<i>Lagrima</i>	<i>Sudor</i>	<i>Saliva fluida</i>	<i>Secreción</i>	<i>Saliva</i>
				<i>nasal</i>	<i>espesa</i>

En el mundo natural

	<i>Madera</i>	<i>Fuego</i>	<i>Tierra</i>	<i>Metal</i>	<i>Agua</i>
<i>Orientación</i>	<i>Este</i>	<i>Sur</i>	<i>Centro</i>	<i>Oeste</i>	<i>Norte</i>
<i>Estación</i>	<i>Primavera</i>	<i>Verano</i>	<i>Fin del</i>	<i>Otoño</i>	<i>Invierno</i>
			<i>verano</i>		
<i>Color</i>	<i>Verde</i>	<i>Rojo</i>	<i>Amarillo</i>	<i>Blanco</i>	<i>Negro</i>
<i>Día</i>	<i>Mañana</i>	<i>Medio día</i>	<i>Canícula</i>	<i>Tarde</i>	<i>Noche</i>
<i>Sabor</i>	<i>Ácido</i>	<i>Amargo</i>	<i>Dulce</i>	<i>Picante</i>	<i>Salado</i>
<i>Estadio</i>	<i>Nacimiento</i>	<i>Crecimiento</i>	<i>Elaboración</i>	<i>Maduración</i>	<i>Conservación</i>
<i>Olor</i>	<i>A crudo</i>	<i>A quemado</i>	<i>Perfumado</i>	<i>Rancio</i>	<i>Pútrido</i>
<i>Animales salvajes</i>	<i>De escamas</i>	<i>De plumas</i>	<i>De piel</i>	<i>De pelos</i>	<i>Con caparazón</i>

VI Periodo cíclico o edad actual de la humanidad

- 1. Generalidades**
- 2. Inicio.**
- 3. Visión global del proceso histórico**
- 4. Analogías con la vejez**
- 5. El esquema mental y la Cultura occidental**
- 6. Conclusiones**

- 1. Generalidades:**
 - A. Las edades en la historia**
 - B. La edad actual**
 - C. Igualdad y función de las edades**
 - D. El poder del conocimiento**
 - E. El objeto del conocimiento**
 - F. Se avecina una nueva realidad, un nuevo ser humano**
 - G. Anuncios y perturbaciones del cambio de ciclo**

A. Las edades en la historia

En el pasado

Los relatos tradicionales se refieren a nuestra época como la última edad de una serie de cuatro que juntas constituyen el gran ciclo de la humanidad. En narraciones, hindú, persa, Greco-latina y Judeo-cristiana se encuentran explícitas referencias a las mismas, coincidiendo todas en exaltar la espiritualidad, armonía social y ciencias, muy superiores a la nuestra en finalidad y práctica, de que gozaban los individuos de la primera edad, denominada de oro. Cualidades que en las edades sucesivas decrecieron hasta llegar a su más bajo nivel en la última edad, la actual, a la que llaman edad de hierro.

En el presente

En cambio para la antropología, el conjunto de la humanidad no tiene otra edad que la presente y sitúa su origen en el continente africano, en fecha no anterior a doscientos mil años, con la aparición de los primeros hombres cuyas características eran las mismas que hoy poseemos.

Desde entonces el homo sapiens evoluciona siguiendo una trayectoria ascendente, hasta nuestros días.

Por nuestra parte, coincidimos con los relatos tradicionales en lo referente a la analogía entre las edades de un individuo y el proceso histórico de la humanidad pero, diferimos en su enfoque catastrofista, porque afirmar que nuestra edad histórica es una degradación de las anteriores, en verdad es negar que el hombre evolucione. Además significa que después de nuestro tiempo la humanidad desaparecerá.

Igualmente diferimos de la antropología, pues de acuerdo a ella la humanidad se encontraría en el albor de su ciclo, es decir en su infancia.

La actitud de la antropología esconde un entusiasmo semejante al de la madre que contempla a su hijo pequeño pero, su entusiasmo es equívoco pues, si en los primeros pasos de nuestra existencia, con una inteligencia insipiente como la de un niño, estamos a punto de destruir nuestro planeta con armas nucleares y, de paso, destruirnos a nosotros mismos, cabe imaginar lo que haríamos al llegar a la mayoría de edad.

De los relatos tradicionales y de nuestra ciencia la única certeza que podemos tener es que la humanidad un día apareció y otro día indefectiblemente desaparecerá y que su existencia total abarca un ciclo pero de tan dilatada duración que ignoramos cuando empezó y, menos aún, cuando terminará.

B. La edad actual

No obstante, apoyados en la experiencia y en las leyes de la sabiduría primigenia, hemos deducido que en la actualidad la humanidad se encuentra al final del último sector de un ciclo. Pero es el final de un ciclo menor, no el final de la humanidad.

Antecedentes

El ciclo total de la humanidad, a semejanza del ciclo vital de un individuo, esta constituido por otros ciclos menores (las edades) que, a su vez, son completos en si mismos.

Como sabemos, cada una de nuestras edades tiene un comienzo y un final y, entre ambos atravesamos por periodos, cuyas funciones respecto a la edad en curso, son análogas a las que tiene esta edad respecto a nuestro ciclo vital completo.

Es decir, nuestra infancia tiene un primer periodo cuyo rol de acomodo al mundo es análogo al rol que tiene la totalidad de la infancia en nuestro ciclo vital. A esta infancia de la infancia le siguen otros periodos equiparables a los de la adolescencia, juventud, adultez y vejez.

Con el fin de la vejez de la infancia nace la pubertad, la que se desarrolla siguiendo el mismo proceso y así sucesivamente con las restantes edades.

En síntesis, cada edad tiene su propia infancia, juventud, adultez, vejez y extinción.

Identificación de una edad cualquiera

El desarrollo de nuestras edades o ciclos menores, es fácilmente identificable porque conocemos el proceso completo de nuestro ciclo vital y las características de cada edad. Así, el comienzo de la juventud lo identificamos por el distanciamiento del joven a los juegos de la infancia y su fin por la proximidad de su conducta a las del adulto, aparecen nuevos rasgos fisonómicos, se modifica el timbre de voz, etc. Además de los signos naturales, conocemos el número de años en los que, supuestamente, da comienzo la juventud.

En el habla cotidiana este proceso da pie a expresiones como, “esta en su plena juventud” o “esta dejando de ser un niño” etc.

Identificar la edad de un individuo no requiere ningún esfuerzo intelectual, en cambio es en extremo difícil identificar las edades de la humanidad.

En primer lugar porque sobre la aparición de los primeros hombres no existen conclusiones firmes sino supuestos que varían de tiempo en tiempo. Hasta hace poco se admitía que su aparición ocurrió hace cien mil años, ahora se admite el doble y se prevé que podría ser aun mucho más anterior.

Y en segundo lugar, porque la capacidad cognitiva de la presente humanidad no puede concebir procesos (como es el ciclo total de la humanidad) que abarquen periodos de tan dilatada duración que, de ellos, se ignore el comienzo y no pueda preverse el final.

Nuestra ciencia occidental intenta cubrir esta deficiencia afirmando que la humanidad actual es única, que antes de ella no existió otra, ni existirá otra después. Un rasgo que también tenemos los individuos en cualquiera de nuestras edades.

Identificación de la edad presente

Resulta pues imposible conocer el actual momento cíclico o edad de la humanidad con referencia a su ciclo total.

En cambio si podemos aventurarnos a declarar que estamos en el último periodo de algún ciclo menor.

Dicho de otra manera, estamos en la vejez de un periodo cíclico o edad, pero ignoramos si esta vejez corresponde a la infancia, juventud o adultez de su ciclo total.

Para determinarlo, hemos establecido relaciones de similitud entre las características que definen cada una de nuestras edades con las que manifiesta nuestro tiempo histórico.

Lo que nos ha permitido constatar que, la formación y dinámica de la cultura y ciencia, motivaciones y modos de pensar de los hombres de este periodo cíclico, son análogas a los procesos mentales y manifestaciones que un individuo exhibe en la decrepitud de su vejez.

C. Igualdad, función y evolución

Igualdad

En este punto hacemos hincapié que ningún periodo cíclico o edad es superior a otro. La verdadera evolución no es, (como considera el evolucionista) el perfeccionamiento del cuerpo, sino el desarrollo de la conciencia por medio del conocimiento de nosotros mismos y del mundo exterior.

Función

En nuestra evolución personal, las edades cumplen funciones específicas. Cada una de ellas nos aporta un conocimiento nuevo de los factores mencionados (del hombre y el mundo) y este se suma al que adquirimos en las edades anteriores,

Siguiendo este proceso hemos convertido el garabato en letras, las letras en libros y los libros en fuentes de nuestros oficios o profesiones.

Evolución

En lo que se refiere a la evolución del conjunto de la humanidad, en este sector último de un ciclo menor, el hombre ha adquirido unos conocimientos de los que carecía en las edades anteriores, estos son los que se refieren al componente material de la realidad y el conocimiento de si mismo en el rol de conocedor de la materia.

La glorificación en los relatos tradicionales de las edades anteriores de la humanidad, en detrimento de la edad actual (aludida líneas arriba), se debe a que sus glorificadores vivieron en los tiempos en que comenzaba la declinación (decrepitud) de la vejez actual de la humanidad. La añoranza por el tiempo pasado les llevó a exaltar a los primeros periodos o edades; llamándolos de oro y de plata y a menospreciar la edad presente denominándola edad de hierro.

D. El poder del conocimiento

Los epítetos, edad de oro o de plata, se hallan tan alejados de la verdad como próximos a otro rasgo de la vejez, el de las alabanzas nostálgicas de la infancia y el rechazo a las limitaciones físicas del presente.

Añoranza vana que se habría disipado de los historiadores o cronistas si hubieran considerado dos cosas, la primera, es el poder que contiene todo conocimiento y, la segunda, es el conocimiento heredado de las edades anteriores.

El poder del conocimiento está explícito en la organización de todas las sociedades conocidas. No existe estructura social que no se organiza en base a las profesiones, oficios y otras actividades y estas, no son otra cosa que conocimientos específicos llevados a la práctica. El médico, el arquitecto, maestro, artesanos, obtienen el poder de curar, levantar edificios, instruir, etc. del conocimiento previamente adquirido en el estudio o la práctica.

Desgraciadamente la armas nucleares también son manifestaciones del poder que encierra el conocimiento.

Ciertamente, todo conocimiento tiene un poder proporcional a la materia de la cual emana y la materia que sirve a la evolución de la humanidad es el propio hombre.

En esta vía, el conocimiento adquirido por la humanidad de edades anteriores es nuestra herencia. Extraordinario bagaje converge en nuestro tiempo y nos hace potencialmente dueños del inmenso poder que subyace en tan grande concentración de conocimientos.

Sin embargo, esta preciosa herencia de sabiduría se encuentra en nuestras conciencias en estado latente, de modo similar a como se halla en el anciano el conocimiento que adquirió en sus edades pasadas o como el árbol está en la semilla.

El ser humano, teniéndose a si mismo como objeto de conocimiento se ve en la obligación de concentrar su atención en dos objetivos, una es su propia mente, (el factor que estudia) y la otra es su componente físico y sus relaciones con el medio (el factor estudiado).

E. El objeto del conocimiento

El conocimiento total de ellos es la meta que persigue la evolución. Pero siendo ambos de una vastedad y complejidad extrema, cada edad esta diseñada para que abordemos una sola faceta de los mismos.

En nuestra época, la conciencia humana se ha desarrollado teniendo por objeto de conocimiento sus facetas más groseras: la que esta formada principalmente por materia, subordinando a esta la energía.

De aquí que, en las vías tanto religiosas como científica se halla extendida, por todo el globo, la creencia que el hombre tiene su origen en la materia.

En la tradición Judeo-cristiana, es harto conocido que Dios insuffló su aliento divino a un ente de barro y lo convirtió en el primer hombre llamado Adán. En la mitología China Niu kwa, la diosa creadora de los hombres, vivía entre el cielo y la Tierra, cuando la Tierra estaba despoblada. Un día, temerosa que el suelo se agoste, decide crear a alguien que se encargue de cuidarla. Inicialmente comienza su obra manualmente pero viendo que su

avance era muy lento inventó un artilugio para acelerar su producción. Al extremo de una cuerda ató una piedra y con ella golpeó un montón de barro que previamente había acumulado, el barro salpicó en todas las direcciones y cada pequeño fragmento se convirtió en un ser vivo al que Niu Kwa llama hombre.

Entre los mayas es del maíz que se crea el hombre, etc.

Pero, en este tiempo de transición hacia un nuevo ciclo, está cambiando la faceta del objeto de conocimiento (el hombre y su medio).

La comunidad de científicos descubre, en el universo y en el ser humano, manifestaciones en extremo sutiles de la materia y de nuestra organización biológica, que no encajan en ninguna de las leyes conocidas. Son hechos constatables pero sin explicación posible.

Es el caso de los quantas o de la lluvia de neutrinos que atraviesa libremente de forma continuada nuestro cuerpo sin rozar siquiera una célula.

Por la lluvia de neutrinos podemos predecir una nueva concepción del Yo para el próximo ciclo. El cuerpo, esta dejando de ser su fortaleza inexpugnable, que le separaba del mundo y de los otros, para convertirse, a impulsos de los nuevos descubrimientos, en una simple reunión de átomos.

F. Se avecina una nueva realidad, un nuevo ser humano

Los neutrinos, al atravesar nuestro cuerpo sin sufrir obstáculos o detenerse dentro de el, confirman que el espacio interno de nuestro organismo forma un contínuum con el espacio externo.

Esto quiere decir que nuestro cuerpo, además de ser una simple reunión inteligente de átomos ocupando un pequeño espacio en nuestro planeta, también posee una dimensión cósmica, hasta hoy ignorada.

Cuando se afirmen el ciclo que se avecina, y su cultura dominante; una vez consolidada la dimensión cósmica del cuerpo, el contenedor de la conciencia humana, ¿qué altura alcanzará su contenido?

Sin duda, en este tiempo de tránsito, está ya en gestación ese flamante contenedor y su contenido, nos referimos a los nuevos hombres y mujeres con aptitudes óptimas para percibir una realidad más cercano a la energía que a la materia y, a ellos mismos, unidos activamente al cosmos.

Hombres y mujeres, cuyas características (capacidad perceptiva, jerarquía funcional, fisiología, valores éticos, morales y culturales, etc.) serán tan diferentes de los actuales como lo es un neonato de sus progenitores.

G. Anuncios y perturbaciones del cambio de ciclo

Desde mediados del siglo XIX y comienzos del XX, con una aceleración inusual en estos últimos año, (Nota) recibimos información del mundo y de nosotros mismos que nuestra percepción materialista no puede asimilar.

También en este tiempo, en todos los niveles de la población mundial se observa una conducta perturbada que es semejante a la de aquel que viendo que la casa en que habita se derrumba intenta mantenerla en pie a toda costa. Sus esfuerzos son del todo

inútiles porque comete el error de utilizar en su intento los mismos materiales caducos de la casa que sucumbe.

La casa es el materialismo en la que, hasta hoy, creíamos vivir protegidos y los materiales que utiliza el habitante provienen del mismo materialismo.

Con una viga roída por la carcoma se intenta apuntalar las vigas del techo que están iguales de dañadas.

La desesperanza ante la pérdida de nuestros parámetros materialistas induce a quienes tienen un bien, mucho o poco, a la codicia por tener más, prescindiendo de las consecuencias de sus actos y, al que nada tiene, lo conducen a poseer algo aun a costa de sacrificar lo esencial por poseer algo.

En ambos se adivina el deseo de seguir aferrado a las metas básicas del materialismo: el poder y la supervivencia.

El resultado de ello es la acumulación desorbitada de riqueza en unos pocos y las olas migratorias de gentes que abandonan familia, tradición, etc. para iniciar una aventura que muchas veces termina en tragedia.

En el polo opuesto al materialismo, en lo referente al sentido trascendental de la vida, también se observan conductas extremas. Sectores muy variados de la población mundial, llegan al menosprecio de su propia existencia física llevados por el convencimiento de un mundo superior al terreno. A estos sectores pertenecen aquellas gentes que se autoinmolan o quienes se involucran en acciones suicidas.

A lo mencionado se suma la acción, ampliamente utilizada por ciertos países, de proteger a sus gentes matando a otras gentes o, de inventar armamentos que destruirían a sus propios inventores.

Igualmente, junto a lo mencionado, proliferan cada vez más organizaciones sociales, locales e internacionales, que manifiestan su desesperanza en sentido contrario y aúnan esfuerzos en aras de promover el bienestar y la concordia entre los hombres pero, siempre, desde la perspectiva materialista.

Sin temor a exagerar, consideramos que nuestra actual conducta social e individual tan saturada de guerras, enfermedades y otras calamidades, sería explicada con mayor acierto si se la considera como los acomodos de la humanidad al próximo ciclo.

Desde este punto de vista, son efectos análogos a los dolores de parto de la madre, al impacto tremendo de nuestro nacimiento o a los trastornos que padecemos en nuestra fisiología y psicología en cada cambio de edad: fiebres y molestias que acompañan al crecimiento, sarampión, acné juvenil, la menarquia o menopausia, etc.

Que estamos al final de un ciclo es una realidad pero, esta afirmación no es una proclama pesimista, ni mucho menos un vaticinio catastrofista. Al contrario, es una propuesta optimista fundamentada en el hecho que la humanidad se dirige hacia su perfección y en el camino de su evolución, todo nuevo ciclo es más completo que el anterior.

Es de esperar pues que el próximo ciclo sea más brillante que el presente.

Nota. En el lenguaje simbólico de la sabiduría primigenia, el tiempo que vive la humanidad actual corresponde al elemento agua, lo que quiere decir que estamos deslizándonos hacia el elemento madera o árbol, primer sector del nuevo ciclo.

2. Inicio de la edad actual:

A. Generalidades: una historia inventada

B. Un acontecimiento excepcional: el inicio real

A. Generalidades: una historia inventada

La Cultura occidental nos dice que el Big-ban, explosión que dio origen al universo, ocurrió hace algo más de veinte i siete mil millones de años, que el sol y su sistema planetario se formó hace cinco mil millones de años, quedándole al sol, otros cinco mil millones de años antes que se convierta en una gigante roja y arrase con los planetas; que la vida se inicio en un momento impreciso entre los cuatro mil y doscientos setenta mil millones de años, que la primera tribu hominada aparece entre dos y tres millones de años, que el hombre moderno nace en África no antes de doscientos mil años y que la historia de la civilización, lo que quiere decir la historia de la evolución humana propiamente dicha, comienza hace seis mil años con la invención de la escritura, de los sistemas numéricos y de las primeras edificaciones urbanas, en Mesopotamia y a orillas del río Nilo.

Esto significa que en el periodo que media entre la aparición del primer hombre y las civilizaciones sumerias y egipcias, la población mundial no pasó de ser grupos trashumantes y analfabetos. Dicho de otra manera, durante los doscientos mil años que median entre la aparición del hombre moderno en África, el ser humano anduvo extraviado en el laberinto de la ignorancia hasta que, de pronto, encontró la puerta que lo condujo a la civilización, más concretamente a nuestra civilización.

Con ello asevera que en tiempos de nuestra prehistoria no existieron otras civilizaciones dignas de especial atención ni mucho menos de ser consideradas antecesoras directas de la nuestra.

Sin duda, tales cifras y conclusiones se deben al olvido de la época precedente consecuente al salto cualitativo (o mutación) que trasladó al conjunto de la humanidad del sector cíclico, o edad, en que se encontraba al que esta ahora.

Otorgar fechas al comienzo de nuestra juventud, adultez o cualquiera otra edad, equivale a afirmar que la menarquia, la menopausia, el paso de la voz aguda a la grave, el bozo, el acné, la atrofia de la glándula pineal y, por extensión, todos los signos que anuncian el inicio de tal o cual edad, deben presentarse indefectiblemente en una u otra cantidad precisa de años, algo que desdice la experiencia.

Y, si no podemos datar con precisión un fenómeno tan cercano como es el inicio de nuestras edades, ¿cómo podríamos dar crédito a las cifras dadas por la antropología física respecto al nacimiento o aparición de los primeros hombres sobre nuestro planeta?

Es manifiesta la imposibilidad de acreditar el comienzo del presente periodo asignándole una fecha determinada, en cambio si podemos aproximarnos a el, trasladando a la

evolución de la humanidad lo que nos sucede a los individuos en nuestros cambios de edades.

B. Un acontecimiento excepcional: el inicio real del ciclo actual de la humanidad

Si por experiencia sabemos que nuestra, juventud, adultez, vejez, etc. empiezan, no en tantos o cuantos años sino con cambios fisiológicos notables, cuyos efectos son las modificaciones de nuestra manera de pensar, emotividad, motivaciones, relaciones con el mundo circundante, etc. y un olvido paulatino de las vivencias y motivaciones de la edad precedente, podemos afirmar que otro tanto debió ocurrirle al conjunto de la humanidad en cada cambio de periodo cíclico.

Por tanto, la actual edad de la humanidad debió empezar con un acontecimiento semejante a los mencionados. Pero, un acontecimiento de tal envergadura que destruyó las estructuras sociales reinantes hasta aquel momento y, cuyo impacto, borró en la población mundial el recuerdo de las civilizaciones y culturas de las que procedían.

A partir de ese acontecimiento, la humanidad, en estado amnésico de los periodos anteriores, retomó el camino de la evolución hasta el presente.

En efecto, las tradiciones judaicas, indoeuropeas, chinas, de las antiguas culturas de Sudamérica y de Australia, narran la existencia de un cataclismo, con el agua como protagonista, que anegó nuestro planeta.

Este cataclismo, conocido en la tradición Judea-cristiana, como el Diluvio universal, es el único acontecimiento que comparten los pueblos antiguos y, si bien difieren en cuanto a sus interpretaciones, todas coinciden en señalarlo como el comienzo de la era presente.

En concordancia con los relatos tradicionales, consideramos al Diluvio universal como inicio del actual periodo cíclico.

De esta manera, la historia de nuestra civilización, a la cual la Cultura occidental la representa y le asigna el rol de ser resumen y cumbre de toda la evolución humana, en verdad sería, tan solo la historia de un fragmento mínimo del ciclo total de la humanidad, la historia de la decadencia de la era postdiluviana.

3. Visión global del proceso histórico:

A. Breve repaso historico

B. El proceso en la literatura

A. Breve repaso histórico

Como hemos visto anteriormente, todo periodo cíclico en cualquier fenómeno, tomemos por caso nuestra infancia o adultez, es otro ciclo en si mismo, y como tal tiene comienzo, desarrollo, consolidación, decadencia y final; siguiendo este proceso, en el periodo que media entre el Diluvio universal y el presente, la humanidad ha pasado por estas fases que debieron presentarse como:

- a) Un proceso de adaptación de los hombres post diluvianos a una nueva visión del mundo y de la vida.
- b) Primeros ensayos de nuevas estructuras sociales acordes con la misma.

- c) invención de instrumentos de conocimiento o métodos nosológicos con los cuales se elaboran las primeras culturas dominantes y ciencias.
- d) Definición, consolidación, expansión y decadencia de la culturas dominantes.

En el proceso de adaptación, terminaron por desvanecerse los significados reales de los restos arquitectónicos y de los rezagos culturales, de la humanidad anterior (escritura, sistemas numéricos, las edificaciones de los campos de nazca, las pirámides, etc.).

Abocados a la supervivencia, los hombres de entonces erraban en grupos buscando lugares propicios donde asentarse. Las primeras ciudades debieron edificarse en los lugares mas elevados de nuestro planeta, lejos del peligro que representaba el agua.

A los idiomas nativos se incorporaron nuevos vocablos que sirvieran para expresar emociones y sensaciones, objetos y situaciones, etc., antes desconocidas. Dichas incorporaciones ocasionaron el surgimiento de nuevos idiomas.

Macchu Picchu, Chohuik, las ciudades míticas en el Himalaya, la escritura cuneiforme, jeroglíficos, etc., así como los más de cinco mil idiomas vivos censados hoy en día, entre los que destaca el lenguaje de silbidos de la isla Gomera, son derivaciones y testimonios de aquel primer tiempo.

En la siguiente fase los hombres más dotados, con toda probabilidad los detentadores del saber primigenio, se sirvieron de lo dejado por el diluvio para elaborar los instrumentos técnicos y de conocimiento, que habrían de servir para la continuación de la evolución de la humanidad. En lugar destacado debieron considerar a la escritura y los sistemas numéricos.

De este modo, la escritura cuneiforme y jeroglífica, los sistemas, sexagesimal y decimal, no serían sendas creaciones sumerias y egipcias sino, reinventiones o adaptación de la escritura y sistemas numéricos de periodos antdiluvianos.

La antigüedad de seis mil años que se atribuye a la invención de la escritura da pie a la pregunta siguiente que pone en tela de juicio tal afirmación: ¿como pudieron los hombres de aquel tiempo, culturalmente rudimentarios, inventar productos en extremo complejos y trascendentes?

Con los nuevos instrumentos de conocimiento y técnicos, los pueblos reafirmaron sus identidades, definieron sus territorios y modos de vida. Algunos de ellos no lograron desvincularse del impulso generador del cambio y optaron por ser nómadas, en cambio otros consolidaron sus ciudades y se convirtieron en sedentarios.

En fase muy posterior, ya en el inicio de este último periodo en que vivimos, en Mesopotamia y a orillas del río Nilo, sin duda también en otros lugares ignorados, los pueblos caldeos y egipcios, formaron alianzas, las ciudades se perfeccionaron y se convirtieron en centros aglutinadores de poder y conocimiento, en los cuales se instruyeron los sabios griegos que elaboraron las bases filosóficas, métodos de conocimiento y algunos elementos básicos (entre otros, la moneda) de la Cultura occidental. Mas tarde, Roma se apropia del legado griego y lo desarrolla principalmente en su vertiente de civilización.

Grecia queda sometida a la hegemonía militar de Roma y Roma es conquistada culturalmente por Grecia.

Roma se expande por el mundo universalizando los elementos básicos de la cultura occidental. Entre otros: la moneda, el calendario (confeccionado por astrónomos griegos a petición de los emperadores Julio Cesar y Cesar Augusto), las calzadas, la distribución de agua en las ciudades, etc.

Desde aquel tiempo, la Cultura occidental, ha sufrido degradaciones periódicas hasta llegar a nuestros días convertida en una mezcla insana de pragmatismo romano con filosofía griega, ambos degenerados.

El exponente insano de la herencia romana es el ejercicio irracional del poder militar y económico; el de la filosofía griega es la sofisticada y especiosa argumentación con la que políticos y codiciosos capitalistas justifican el uso de ambos poderes.

Pero, al margen de estas actitudes condenables por la ética más elemental, desde el punto de vista de la evolución, huelga decir que no existe maldad en quienes detentan y ejercen dichos poderes, como tampoco hay intención perversa en un escorpión cuando inyecta su veneno.

Los primeros obedecen ciegamente al impulso natural de la vejez que, por el soterrado temor a la muerte, sobrevalora la supervivencia. El escorpión no hace sino seguir los impulsos de su instinto.

B. El proceso en la literatura

Por otro lado la literatura, también nos da un resumen del proceso general líneas arriba mencionado.

En su primer estadio, su temática predominante fue la mitología, que no es otra cosa que un intento de perennizar (divinizándolos debido a que los dioses no mueren) los recuerdos heredados de tiempos anteriores al diluvio. Los libros elaborados en este tiempo son anónimos o atribuidos a personajes míticos, sus autores no tienen otra preocupación que la dejar testimonios del mundo ya perdido y que, aun para ellos, son vagas imágenes que se desdibujan. Son libros dignos de mencionar: El poema de Gilgamesh, el Mahabarata o los Ritos de Osiris y el Sou ouenn.

En su segundo estadio, la literatura abandonó su rol testimonial para ser la formadora y el vehículo expansionista de las Culturas dominantes. El final de este estadio coincide con el inicio de la Cultura Occidental.

En ella, el hombre trata de explicarse a si mismo y el mundo en que se encuentra.

En las obras aparece la autoría. Quienes escriben se sienten dueños de una identidad física que se concretiza en su nombre y desean prolongarla en el tiempo.

Ante tal riqueza temática en los libros se entremezclan la historia, la filosofía, las ciencias naturales, las matemáticas y la poética. El resultado es una literatura elitista y ecuménica cuyo mejor exponente es la literatura de la Grecia clásica. Entre otros ejemplos destaca el Canon Hipocrático.

En el tercer estadio, la literatura, paulatinamente pierde su rol de conductora y formadora de cultura hasta llegar a ser un simple artilugio comercial, divulgador de ideas que no explican sino complican y que solo sirven para engendrar otras ideas semejantes o promover emociones pasajeras.

Y ya sus últimos días, que en los que vivimos, el libro, célula madre de la literatura, está cediendo su lugar a los medios audiovisuales.

No sería descabellado prever que Internet es un primer signo de la escritura futura. En este caso, Internet no sería una manifestación del alto nivel de nuestra ciencia sino los atisbos de la pujanza del próximo ciclo. Internet, equivaldría al lápiz que recibe el niño para que con él aprenda a escribir y el uso que se le da hoy en día semejaría a sus primeros garabatos.

4. Analogías de la presente edad de la humanidad con la vejez:

A. Un método simple

B. La vejez y la concepción materialista del mundo y de la vida

C. Orden jerárquico en las funciones del organismo humano

D. Relación de nuestra civilización con el mundo natural

A. Un método simple

El hombre, por extensión todo ser vivo y cuanto existe, es una resultante de la actividad de todo el universo con cuyas partes se encuentra en perpetua interacción. Conocimiento complejo que el saber antiguo resume en el cuadro de correspondencias inscrito en un capítulo anterior. En él se sintetiza la ley de los cinco elementos, de los ciclos y analogía.

Sus apartados contienen las características que adquiere un fenómeno cualquiera en cada uno de los cinco periodos de su existencia, las relaciones de los periodos entre sí y de estos con el mundo natural.

No importa que fenómeno, ya sea nuestro sistema solar, la vida humana, un pueblo o una montaña, en un momento determinado de su existencia, obligatoriamente debe encontrarse en uno u otro sector o edad, de los que comportan su ciclo.

Por tanto, quien desee conocer el sector, periodo cíclico, o edad, en que se encuentra un individuo, en nuestro caso el conjunto de la humanidad, deberá reunir en un grupo sus características esenciales, luego establecer relaciones analógicas con los atributos que definen cada periodo y, aquel con el que coincidan plenamente será el sector cíclico o edad de la humanidad.

Por nuestra parte, nos limitaremos a constatar que en el proceso histórico que media entre el Diluvio y el presente, las conductas, motivaciones, modos de pensar, y toda la gama de manifestaciones del hombre, son analógicamente coincidentes con las características atribuidas al último sector de un ciclo que, recalamos, en nuestras vidas individuales corresponde a la vejez.

B. La vejez y la concepción materialista del mundo y la vida:

a. Los sentidos y el mapa de la realidad

b. Otras sensibilidades, otros mundos

c. Testigos del pasado

d. Resumen

a. Los sentidos y el mapa de la realidad

Por experiencia sabemos que:

1) nuestra conciencia configura la realidad a partir de los estímulos que le llega desde el exterior y de si mismo, a través de los sentidos. Un rostro, un paisaje, un sabor, una sensación, una voz o cualquier otro fenómeno son, en verdad, ondas de luz, acústicas o vibraciones que recibimos a través de los cinco sentidos. En consecuencia de la sensibilidad de nuestros sentidos, depende en gran medida, que percibamos la realidad de una u otra manera.

2) a medida que avanzamos en nuestro periplo cíclico, la sensibilidad de nuestros sentidos disminuye paulatinamente llegando a su mínima expresión en la vejez.

Ahora bien, si interpolamos ambos hechos al proceso evolutivo de la humanidad, hallaremos la causa de nuestra concepción materialista del mundo y de la vida.

Pues así como el anciano, por su pérdida de sensibilidad sensorial, no percibe del mundo que le rodea sino volúmenes, sonidos o sensaciones que esconden sus detalles sutiles, los hombres y mujeres de esta época, por el hecho de encontrarse la humanidad en el mismo periodo cíclico que un anciano, es decir en la vejez, tampoco podemos percibir de la realidad en que vivimos otros estímulos que aquellos que son los mas sobresalientes y estos provienen de su componente más grosero: la materia.

Desde el Diluvio universal vivimos circunscritos a un mundo reducido, de orden material sencillamente porque nuestros sentidos han perdido la sensibilidad que tuvieron en edades anteriores.

De la visión del águila, del alcance y gama olfativa del perro, de la percepción de las vibraciones telúricas que anteceden a los terremotos por las serpientes, de la detección de azúcar por las hormigas, entre otros innumerables ejemplos, se deduce que la materia emite una pluralidad de estímulos sutiles mas allá del umbral actual de la percepción humana.

b. Otras sensibilidades, otros mundos

Esta pluralidad de estímulos presupone que los hombres de las edades más jóvenes a la nuestra, tuvieron una mayor agudeza sensorial y, en consecuencia, debieron recibir una gama más amplia de estímulos provenientes del exterior y con ellos configuraron sus realidades.

Indefectiblemente, la disminución paulatina de la sensibilidad de nuestros sentidos contribuyó grandemente a que en cada una de las edades de la humanidad, el total de su población se concibiera, a si mismo y a su mundo circundante, de modos muy diferentes, entre si y en ellos desarrollaron sus existencias.

De aquellas edades solo permanecen algunos fragmentos, productos de sus técnicas. Las construcciones y restos arqueológicos diseminados por todo nuestro planeta son escombros de sus ciencias. Testigos mudos de los instrumentos con los que fueron construidos o de los cálculos teóricos que los sustentaron. Nada pueden decirnos de los modos de vida, filosofías, motivaciones o utilidad social a los que estaban destinados.

En el caso utópico que nuestra civilización sucumbiera por completo, de sus portentosas construcciones y aparatología solo quedarían fragmentos pero nada de los cálculos científicos que las levantaron ni de los fines a los que estaban destinados.

Los hombres del futuro, al igual que nosotros ante los restos arqueológicos de edades anteriores, nunca adivinarían en los montones de piedras a los que abrían quedado reducidos catedrales, mezquitas y sinagogas, ni la fe religiosa que albergaron ni los planos de los edificios.

Todo lo que de ellos podrían extraer serían conjeturas pero, estas no rebasarían los límites de sus percepciones sensoriales ni de sus modos de pensar, es decir sus especulaciones las harían bajo las condiciones de la edad en la que estuvieran. Tomarían a sus ciencias y culturas como modelos comparativos.

En una palabra, los científicos del futuro para explicar su pasado histórico harían con los restos arqueológicos de nuestra cultura lo que nuestros investigadores hacen con los de culturas anteriores.

c. Testigos del pasado

En nuestro tiempo los restos del pasado se interpretan en tres vertientes señaladas: la sexualidad, la muerte y la supervivencia con la guerra por delante.

Sin considerar opciones menos materialistas, afirman que en época troglodita, la industria del sílex estaba destinada en exclusiva a la caza y a la guerra; que los artefactos más elaborados son representaciones sexuales que promueven la fecundidad; o que, las edificaciones simples como los dólmenes o más complejas, son llanamente monumentos funerarios o templos destinados a sacrificios.

A pesar de esta interpretaciones oficiales, los innumerables monumentos arqueológicos, así como otras herencias del pasado permanecen impávidos, como testigos que esperan ser interrogados. Pero, basta poner considerar los lugares en que se encuentran, sus diseños y diferencias para escucharles decir con su silencio que son restos de edades distintas de la humanidad, piezas de un puzzle cuya figura completa encierra el misterio de la evolución humana.

A modo de ilustración reflexionemos sobre uno de estos testimonios más conocido situado en Perú.

En las colinas circundantes a una llanura en la región de Nazca, se encuentran grabadas gigantescas figuras que solo pueden ser observadas desde el aire.

Lo que presupone que su realización no pudo lograrse sino desde una perspectiva aérea o, en su defecto, que sus constructores poseían cualidades perceptivas que les permitía tener esta perspectiva.

Dos posibilidades difíciles de aceptar por la comunidad científica porque la primera opción implica afirmar la existencia, en sociedades primitivas, de máquinas voladoras y porque la segunda opción significa que la humanidad, que en un lejano pasado pobló nuestro planeta, tuvo una capacidad perceptiva e intelectual muy superior a la nuestra.

Tan gigantescas edificaciones, de solidez probada por los miles de años que han permanecido en un lugar amenazado constantemente por movimientos telúricos, debieron ser resultado de complejos cálculos teóricos y debieron tener una proyección social de uso común.

A si mismo para su edificación se debió contar con personal cualificado en ciencias que ignoramos y en el conocimiento y manejo de instrumentos técnicos y maquinarias inimaginables.

En cuanto a su finalidad, presumimos que debió ser análoga a la de nuestra ciencia. Nuestros científicos se abocan a conocer la realidad en que vivimos, utilizar sus recursos y transformarlos en elementos prácticos que contribuyan al bienestar general.

Todo lo cual, convierte a las figuras de Nazca en residuos de una ciencia y tecnología, elaboradas en una edad de la humanidad en la que los hombres poseían una sensibilidad perceptiva que les daba una visión del espacio mas amplia que la nuestra y una noción del tiempo que eliminaba la caducidad a plazo fijo en sus construcciones. (Nota)

d. Resumen

La percepción limitada a la materia es una cualidad inherente del hombre de esta época y, causa de la concepción materialista del mundo y de la vida.

Materialistas somos todos los que constituimos la familia humana, desde el Diluvio hasta el presente. Es un craso error decir que nuestra Cultura occidental es materialista y nosotros no.

La Cultura occidental, no es sino la organización, en un cuerpo coherente, de la misma información que reciben, tanto sus rectores como el común de la gente, del mundo exterior y de nosotros mismos.

La debilidad visual, interna y externa, de esta decrepitud cíclica la compartimos todos. ¿No es ceguera pensar que todo puede suceder a los otros menos a uno mismo? o ¿ir en dirección hacia la guerra cuando se quiere llegar a la paz? o llanamente ¿el menosprecio del sufrimiento ajeno?

Cualquier enjuiciamiento que se pudiera hacer a la Cultura occidental debe tener como premisa que la evolución exige un orden social y que, este orden se establece unificando, en un cuerpo de conceptos y valores, los múltiples criterios que tienen los miembros de una misma edad de la realidad que comparten.

La Cultura occidental, es el cuerpo unificador de estos momentos finales del periodo cíclico actual, cuyo inicio se sitúa en la Grecia clásica. Un aspecto que la hace semejante a las luces de la ciudad.

Las luces de las ciudades expresan el desarrollo tecnológico y son necesarias para el bienestar general de la población pero, al mismo tiempo, nos impiden ver las estrellas y la vastedad del cielo.

La Cultura occidental también nos oculta la majestuosidad de la realidad total y la grandeza de nuestra propia capacidad humana. Mas, es una ocultación transitoria y necesaria para la evolución humana.

También estos últimos años de crisis sucesivas en todos los ordenes podrían compararse a la ceguera que padecemos los primeros días después de nuestro nacimiento.

C. Orden jerárquico en las funciones del organismo humano:

a. Funciones intelectuales

b. Funciones emocionales

c. Funciones somáticas.

a. Funciones intelectuales: memoria, intuición, imaginación y razón

a-1. Generalidades

a-2. La memoria en el comando de las funciones intelectuales

a-3. La memoria y el esquema mental

a-4. Los recuerdos y el acto de pensar.

a-5. ¿Qué son los recuerdos?

a-6. Formación de los recuerdos

a-7. Energía de los recuerdos

a-8. El sentido de la audición: órgano afín con la memoria

a-9. Similitud de procesos mentales entre la vejez de un individuo y el conjunto de la humanidad

a-10. Valor de la palabra

a-11. La jerarquía funcional en la salud y en la historia

a-1. Generalidades

En el cuadro de correspondencia, al último periodo cíclico (la vejez) se le denomina con el elemento agua y a la memoria se asigna el primer lugar en la jerarquía de las funciones intelectuales (o mentales). Esto quiere decir que la memoria ha dirigido y sigue haciéndolo, el pensamiento de los hombres, desde el diluvio hasta nuestros días. Le siguen por orden la razón, la imaginación e intuición.

De las analogías entre el agua y la memoria que justifican que a ambas se las identifique, mencionamos las siguientes.

El agua es vital para la supervivencia y la memoria lo es para el ejercicio de nuestra capacidad pensante.

Sin agua es inconcebible la vida y sin el contenido de la memoria, los recuerdos, no podríamos elaborar ningún pensamiento.

El movimiento natural del agua es hacia abajo, tiende a descender y ocultarse bajo tierra para, dentro de ella, formar corrientes subterráneas que se constituyen en el reservorio de las aguas que corren en la superficie y dan origen a pozos, manantiales o lagos.

También, nuestras vivencias, transformadas en recuerdos, descienden en la memoria, quedando muchas de ellas en sus partes más profundas, donde forman un entramado, que por incognoscible llamamos subconsciente. Desde el subconsciente emergen los recuerdos para dar forma a nuestros pensamientos.

El agua carece de forma, olor, sabor y color, estas cualidades los adquiere de sus contenedores y lugares de paso. Los recuerdos están desprovistos de cualidades inherentes, son simples imágenes que carecen de significado, salvo el que toma de su poseedor (contenedor).

El agua es elemento de unión, transporte y disolución. La memoria une el presente con el pasado, proyecta el presente hacia el futuro y en sus estratos más bajos se disuelven los recuerdos lastres.

a-2. La memoria en el comando de nuestras funciones intelectuales

En nuestra dinámica vital la jerarquía funcional es un hecho que no necesita demostración. Es el modo en que se mantiene, en el tiempo y el espacio, el orden en nuestra anatomía y fisiología.

Pero anatomía y fisiología constituyen solamente el contenedor de la esencia que identifica al ser humano como tal. Nuestra esencia es incognoscible salvo por sus efectos, siendo el más vehemente de ellos la conciencia, a la que siguen en importancia nuestras funciones intelectuales.

A la conciencia se la define como la cualidad del ser humano de reconocerse a sí mismo en sus atributos y sus modificaciones o como la capacidad de diferenciar el bien del mal o como el conocimiento reflexivo y exacto de las cosas.

Fuere cual fuere el concepto que se tenga de ella, la conciencia no existiría sin nuestras funciones intelectuales ni estas sin aquellas. De esta relación interdependiente se deducen dos posibilidades en cuanto al origen de ambas. La primera es que la conciencia está formada por la íntima combinación de memoria, imaginación, razón e intuición, sin que esto elimine sus actuaciones individuales. En este caso, nuestra conciencia sería un compuesto sustancialmente diferente y superior a sus constituyentes, algo así como el hidrógeno y el oxígeno que, además de estar presentes en nuestro organismo como elementos separados e indispensables, al reunirse en proporciones adecuadas forman el agua, otro elemento por entero diferente e igualmente indispensable a nuestra existencia.

La segunda opción es que la conciencia sea el origen de todas ellas.

En ambos casos, la conciencia es lo que tenemos más próximo a nuestra esencia y, nuestras funciones intelectuales son el puente que la conecta con el mundo exterior por medio de los sentidos.

Esta conclusión no es sino una probabilidad pero nunca habríamos podido llegar a ella si no habríamos tenido una cierta cantidad de datos almacenados en nuestra memoria.

En esta y todas las reflexiones que podamos hacer, tanto con fines prácticos como sin ellos, necesitamos de nuestra memoria. Sin su banco de datos (de los recuerdos), careceríamos de referencias para discernir, reflexionar, modificar o inventar situaciones o personajes, menos aun identificar nuestro entorno, a nosotros mismos o a nuestros padres.

Se dice que la experiencia es el alimento de la conciencia y el conductor de la conducta humana pero, ¿qué es la experiencia sino el conjunto de recuerdos, de vivencias, propias o ajenas, que en su momento nos mostraron, con suficiente intensidad como para quedar como referentes, las propiedades y los pro y contra de algunas cosas, personas o circunstancias?

Estos recuerdos, son como las luces de los semáforos que impiden, permiten o regulan el paso hacia nuestras acciones.

En nuestra época, la memoria ocupa el primer lugar en el orden jerárquico de nuestras funciones intelectuales. Nuestra imaginación sería inoperante sin los recuerdos pues, ¿cómo podríamos inventar o modificar situaciones o cosas si antes no tuviéramos sus

imágenes almacenadas en la memoria? Igualmente, nuestra razón tampoco podría discernir sin unos parámetros previamente sedimentados en la memoria.

a-3. La memoria y el esquema mental

Los recuerdos son el combustible y motor de toda nuestra actividad intelectual y lo hacen por medio de una estructura de conceptos que subyace en el fondo de la memoria.

Esta estructura de conceptos, al que llamaremos esquema mental, define lo que es el mundo, lo que somos nosotros y nuestra interacción con el. También incluye la redondez de nuestro planeta, el dinero como medio básico de subsistencia, el ser humano como fruto exclusivo de nuestro planeta y sin relación vital con el universo, la moral, ética, derechos y obligaciones en las relaciones sociales y humanas y toda la escala de valores a los que debemos condicionar nuestras conductas, etc.

Desde el Diluvio hasta nuestros días, las gentes han tenido y tienen la misma capacidad perceptiva por lo que, los conceptos que formaron el esquema mental de las gentes antiguas y el de las actuales, exceptuando diferencias formales, se refieren a la misma concepción materialista de la realidad. En lo que se refiere a nuestro tiempo, el esquema mental nos fue transferido a la memoria en un proceso que abarca los primeros años de nuestra existencia. Grabado como un cuerpo orgánico de verdades axiomáticas, que en definitiva nos define lo que existe, desde lo profundo de nuestra memoria dirige nuestros pensamientos y conductas. Aunque, nunca nos dieron la oportunidad de ponerlos a juicio o experimentarlos, a tal punto cumplen el objetivo de condicionar nuestra existencia a la casi exclusiva búsqueda de la supervivencia en este estrecho mundo material, que defendemos a ultranza su veracidad ante nosotros mismos y los demás. En esta defensa concurren tanto la razón como la imaginación, funciones subordinadas a la memoria. La razón, con argumentos derivados del propio esquema mental que prueban la veracidad de sus afirmaciones. La imaginación suponiendo circunstancias negativas que viviríamos si nos apartamos de sus directrices. Por ejemplo, en lo que atañe a nuestra seguridad física o bienestar, si observáramos nuestra reacción cuando intentamos dar mayor validez al acto de respirar que al dinero (valor que nos fue transmitido como esencial), veríamos en primer lugar que surgen mil argumentos especiosos que nos dicen lo contrario y, en segundo lugar, que carecemos de capacidad para oponernos a ellos.

a-4. Los recuerdos y el acto de pensar

En nuestra vida cotidiana, nuestra mente no cesa de estar ocupada en tal o cual persona o situación. En una palabra, no cesa de pensar. Pero si nos distanciamos un solo instante de nosotros mismos, veremos que, cuando decimos estar pensando en tal o cual persona o suceso, en realidad lo que hacemos es conversar con imágenes a las cuales la imaginación las presenta como reales.

Lo que llamamos pensar es la reacción automática a un recuerdo que acaparó nuestra atención. La mayor parte del tiempo la aparición del recuerdo es espontánea, con escasa o nula intervención de la voluntad. Surgen de súbito en el consciente y, de inmediato, empezamos a conversar con el sin establecer diferencias entre la imagen y su realidad.

¿Se puede persuadir a una madre que piensa en su hijo enfermo que lo que tiene en su mente es una simple imagen y no a su hijo?

Lo que llamamos pensar, en realidad, son monólogos (plagados de suposiciones) que iniciamos automáticamente ante nuestros recuerdos que aparecen, también automáticamente.

Más, aunque la imaginación enmascare a nuestros recuerdos presentándolos como reales, estos carecen de consistencia y de un espacio determinado. Aquello representado por los recuerdos no está en ninguna parte ni se halla sometido al tiempo. Un recuerdo no envejece y carece de otro valor que el de ser referente del pasado.

Por esta constante conversación con nuestros recuerdos, a lo que llamamos pensar, vivimos en un mundo y entre sucesos inexistentes, dejando escapar el presente y aceptando ser lo que los recuerdos especiosos del esquema mental dicen que somos.

a-5. ¿Qué son los recuerdos?

En forma y fondo, los recuerdos son meros rayos de luz, ondas sonoras y sensaciones que llegan a través de los sentidos a nuestra memoria y allí reproducen, codificados, las imágenes de gentes y cosas, sonidos o sensaciones desde las cuales han sido reflejadas.

El modo en que se codifican es un misterio, poco o nada podemos decir de ello, en cambio, considerando que los seres humanos somos una reunión ingente de átomos y que otro tanto son los recuerdos, se puede afirmar que las imágenes, sonidos y sensaciones se codifican en los átomos, lo que haría de cada recuerdo un conjunto de átomos cuya cohesión es mantenida por la energía que aportan del exterior.

Nuestra memoria sería semejante a un espacio, casi infinito como el exterior, donde flotan grupos de átomos que contienen, cada uno, las escenas, rostros, voces, etc. desde las cuales fueron reflejadas. Sus apariciones en el consciente estaría relacionada directamente con la mayor o menor energía que contienen.

En una jornada normal, nuestros pensamientos, durante la mayor parte del tiempo, son diálogos que mantenemos con gentes, circunstancias y escenas virtuales (los recuerdos) que aparecen en nuestro consciente sin haber sido evocados voluntariamente.

Un recuerdo surge al consciente y, de inmediato, entablamos un dialogo con el hasta la aparición del siguiente recuerdo con el que iniciamos una nueva conversación y así sucesivamente.

Los recuerdos aparecen sin cesar y nos mantienen en un monólogo interior permanente, poco menos que imposible de detener.

Los recuerdos llamados traumáticos, indudablemente gozan de un exceso de energía. Debido a ello desplazan a los restantes recuerdos (los mas débiles) y aparecen con inusual frecuencia en el consciente llegando a convertir el monologo interior, de normal variado, en monotemático y obsesivo.

a-6. Formación de los recuerdos

La vía natural y de uso más frecuente en la formación de los recuerdos es la repetición del estímulo que se desea convertir en recuerdo. En consecuencia depende, en cierta medida, del empeño (de uno mismo o de los otros) que se ponga en ello.

Por repetición aprendimos a balbucear nuestras primeras palabras, por repetición quedaron asentadas en nuestra memoria el alfabeto, números y los códigos para leer y escribir. Igualmente por repetición de los nombres de las cosas y sus propiedades fuimos delimitando nuestro mundo.

Por ser la repetición la cualidad más asequible de la memoria y, esta, la directora de nuestros pensamientos, su uso y abuso se manifiesta en casi todos los estratos sociales. En el terreno económico la publicidad induce y conduce al consumo de productos específicos o proyecta necesidades ficticias. Los gobernantes y políticos ganan a la opinión pública para sus intereses repitiendo hasta la saciedad argumentos que los justifiquen.

Otras vías de formación de recuerdo, al margen de la repetición, son las vivencias intensas, imprevisibles o que trastocan los conceptos del esquema mental.

Pero si en la formación de recuerdos, es posible otorgar un margen de participación a la voluntad, en su dinámica diaria la voluntad queda prácticamente descartada.

Los recuerdos están supeditados a la dinámica de la memoria y esta consiste en la evocación constante y, sin contar con nuestra voluntad, de su contenido.

El consciente puede ser comparado a una olla con agua hirviendo sobre cuya superficie afloran sin cesar las burbujas (los recuerdos). Las burbujas permanecen durante un corto tiempo, explotan y son reemplazados por otras.

Por otra parte, la memoria tiene en cada edad su propio rango de admisión de recuerdos, lo cual es debido a que nuestra sensibilidad sensorial varía con las edades y con ello también varía, en cantidad y calidad, la gama de estímulos lumínicos, sonoros o táctiles (los que forman los recuerdos) que reciben los sentidos.

a-7. Energía de los recuerdos

La observación más simple de la realidad nos demuestra que nuestros recuerdos están formados por los estímulos que recibimos del mundo exterior a través de nuestros sentidos.

La luz, ondas sonoras o vibraciones, reflejadas desde una fuente, que puede ser cosas, animales, personas, naturaleza, etc., penetran por los cinco sentidos a nuestra memoria, allí reproducen la imagen de su fuente de origen, lo codifican y almacenan hasta el momento en que serán evocados.

¿Que procesos de codificación siguen los recuerdos? Lo ignoramos. Pero, en cambio podemos aventurarnos a afirmar que están codificados en nuestros átomos.

Cada recuerdo nuestro sería una imagen formada por un conjunto de átomos que se mantendrían unidos mientras subsista la energía que los cohesionan.

Pero ¿que energía es esa?

Indefectiblemente sería la electromagnética, una de las cuatro fuerzas de atracción entre los cuerpos.

Desde el punto de vista puramente físico, nuestro organismo es una red nerviosa con capacidad de generar potenciales eléctricos que son la base de la excitabilidad del organismo.

Han transcurrido siglo y medio de las primeras observaciones llevadas a cabo por los médicos militares prusianos Fritch y Hitzig (1870), de las estimulaciones eléctricas de ciertas áreas laterales del cerebro con el resultado de movimientos en el lado opuesto del cuerpo. Ellos fueron los descubridores de la actividad eléctrica del cerebro pero fue R. Caton quien, cinco años después, confirmó que el cerebro producía electricidad.

También por esos años, Clerk Maxwell formulaba las ecuaciones (1861) que demostraban que electricidad y magnetismo eran una sola fuerza y no dos como se creía.

Desde entonces se ha estudiado concienzudamente las corrientes electromagnéticas y sus efectos en el organismo humano. En la aplicación práctica de estos estudios se agrupan diversas técnicas y métodos clínicos, algunos tan brutales y conocidos como los electrochok y otros provechosos como la resonancia electromagnética o TAC.

No obstante, a pesar del reconocimiento de la actividad eléctrica del cerebro y de que es sabido que una producción eléctrica lleva emparejada otra magnética, la intervención del magnetismo en nuestra fisiología es un factor marginado.

Pero, aunque no se le haya prestado suficiente atención como para descubrir su intervención, necesariamente debe tener un papel destacado en nuestra fisiología.

A modo especulativo, se puede considerar que si sobre la electricidad recae la responsabilidad de la excitabilidad del organismo, que es una acción grosera; sobre el magnetismo debe recaer la responsabilidad de acciones más sutiles, entre las que estarían la cohesión de los átomos que conservan nuestros recuerdos.

a-8. El sentido de la audición: órgano afín con la memoria

Se desarrolla en los siguientes puntos:

a-8-1. Referencias

a.8-2. El sentido de la audición en el proceso evolutivo:

a-8-1. Referencias

En nuestra historia personal, los primeros recuerdos se forman por el contacto directo con los senos, la leche y caricias maternas, luego, cuando la vista adquiere un mayor desarrollo, se incorporan las cosas más llamativas.

En nuestra juventud, acorde con la sensibilidad sensorial propia de la edad, los recuerdos son productos del deseo instintivo de conocernos a nosotros mismos física, emocional e intelectualmente.

Pero, como en la juventud nuestra razón aun no esta en rendimiento pleno, este conocimiento lo hacemos dando un amplio margen de participación a la imaginación. Gracias a ella, vemos en los otros jóvenes imágenes de nosotros mismos, imitamos y somos imitados.

Paradójicamente, el joven busca en el grupo reafirmar su individualidad.

La juventud es una edad rica en sensaciones y pensamientos utópicos. Sus recuerdos son imágenes y sonidos cambiantes y atractivos.

Ya en la adultez, estabilizada la agudeza de los sentidos que tuvimos en la juventud y sedimentada la razón, nuestros recuerdos provienen de una gama de estímulos menos amplia. Nuestra memoria únicamente acepta, recuerdos de formas concretas, de sonidos y sensaciones táctiles con significados precisos. De aquí que, en esta edad, nuestros pensamientos son de orden práctico, inclinados a los resultados, al ver para creer.

En la vejez, acentuada la decadencia de los sentidos, en especial el de la audición, se retorna a la vía primera del contacto sensorial lo que trae consigo pensamientos retrospectivos.

Con estas referencias hemos querido resaltar la correspondencia que existe entre la jerarquía de las funciones intelectuales y la de los sentidos. Ambas jerarquías están emparejadas lo cual otorga a cada función intelectual, un órgano de los sentidos afín.

El sentido afín de la memoria es la audición de aquí que, una y otra, desgastadas por el uso, lleguen a sus cotas mínimas en la decrepitud.

a-8-2. El sentido de la audición en el proceso evolutivo:

a-8-2-1 Los sonidos.

a-8-2-2 El lenguaje hablado y la implantación del esquema mental

a-8-2-1. Los sonidos

En esta edad de la humanidad, el sentido de la audición y los sonidos constituyen el vehículo principal por medio del cual adquirimos el conocimiento necesario para nuestra evolución.

Por sonidos entendemos toda la gama de ondas acústicas, tanto las provenientes de la naturaleza como las producidas por el ser humano. Destacándose en esta inmensa variedad el lenguaje hablado.

Incluso las narraciones sagradas hacen referencia a su importancia. En casi todas ellas se dice que una palabra, o un sonido, dio comienzo a la creación. En la tradición judeo-cristiana y musulmana fue: "Sea" "Fiat"; en la hindú, el sonido Om; en la China, el grito de Pan Ko, etc.

a-8-2-2. El lenguaje hablado y la implantación del esquema mental:

a. Generalidades.

b. Proceso de implantación

c. Un lenguaje en cada edad

a. Generalidades

Imaginemos a la memoria como un almacén con cinco puertas (estas son nuestros cinco sentidos) por donde solo pueden entrar los objetos cuyas dimensiones se adecuen a las de las puertas (la sensibilidad de los sentidos).

En el interior, se halla el director del almacén (la memoria propiamente dicha) y los anaqueles (el esquema de la realidad expresado en conceptos, es decir lo que es el

mundo y lo que somos nosotros mismos) donde se ubicarán los objetos que entren al almacén.

En un hombre ya formado y en circunstancias normales, los rayos de luz, las ondas sonoras o sensaciones, transportando la información de los objetos del cual se reflejan, llegan al director de la memoria a través de sus sentidos, este los recibe e interpreta la información que traen (imágenes y sonidos) y, desechando aquello que no puede ser identificado, los ubica en el lugar que el esquema mental tiene señalado para esa clase de información.

La mesa que observamos va directamente a la casilla del almacén (la memoria) que contiene el concepto mesa y, obedientes a las reglas de uso que contiene el concepto, utilizamos a la mesa solo en un número limitado de prestaciones.

En cambio, para el infante que aún carece del esquema mental, la mesa es sencillamente una realidad sin nombre de la que se sirve según la ocasión.

En la memoria del infante, los rayos de luz, sonidos y sensaciones que recibe del mundo exterior, forman objetos libres que acaparan su atención durante un tiempo proporcional a la intensidad de los estímulos que lo forman. Aún no existen las distancias ni referencias conceptuales de las cosas. Estas llegarán mas tarde con el esquema mental.

b. Proceso de implantación

El esquema es implantado en nuestra memoria en un proceso como sigue: en nuestra más temprana edad, al levantar la cabeza hacia el cielo, una noche sin luna, no vemos estrellas sino puntos luminosos que están al alcance de la mano. Alzamos nuestros brazos para cogerlas y, al no poder alcanzarlas, enseguida recurrimos a nuestros padres (a quienes imaginamos nuestros iguales) y, solo el hecho que ellos tampoco pueden alcanzarlas nos hace comprender la imposibilidad de realizar nuestro deseo. Entonces abandonamos nuestro propósito y dirigimos la atención hacia otro foco llamativo.

Pero, durante el tiempo que hemos observado el cielo, los rayos de luz provenientes de las estrellas han dejado sus huellas en la memoria. Es una imagen ciertamente endeble, pero con poder suficiente para hacernos volver a llevar nuestra mirada hacia el cielo una y otra vez.

Después de repetidas experiencias los puntos luminosos quedarán definitivamente fijados en la memoria y, mas tarde, también después múltiples repeticiones por parte de nuestros mayores, sabremos que se llaman estrellas y que son inalcanzables.

En la ilustración, extensible a todo objeto que subyugue al infante, se reconoce la actuación y jerarquía de las funciones mentales: la memoria recibe el objeto, la intuición le hace conocer directamente al objeto (para ella es luz tintineante), luego la imaginación convierte a su padre en su igual y por último su precario discernimiento le lleva a comprender la imposibilidad de alcanzar el objeto.

Con los años los objetos libres aumentan, como meteoritos flotan en nuestra memoria con ocasionales incongruencias entre ellos o aumento de nuevos recuerdos. El desconcierto que esto causa el niño lo soluciona con preguntas como ¿Y esto que es?

Naturalmente no comprende las respuestas pero, a través de ellas, nuestros padre inician el proceso de implantación del esquema mental propiamente dicho, es decir nos

trasmiten el cuerpo de conceptos y valoraciones que constituyen la Cultura occidental; en el que, por otra parte, ellos mismos fueron formados,

c. Un lenguaje en cada edad

Durante la infancia, en la primera fase del proceso de implantación del esquema mental, el llanto y la risa, no son expresiones de dolor o de placer, sino partes de un lenguaje que conecta sin intermediarios el deseo o necesidad del infante con lo deseado o lo necesitado.

Para llegar a un mayor entendimiento con el niño, el adulto debería comprender que el lenguaje del infante, es un idioma vivo y directo, que exige respuestas inmediatas de los padres y/o el entorno; un idioma tan rico en matices como es abundante en palabras y conceptos el lenguaje del adulto.

Siendo infantes éramos uno con el mundo, pero a medida que se inscribía en nuestra conciencia los conceptos de la Cultura occidental, aprendíamos que el mundo es una entidad separada y, al mismo tiempo, incorporábamos a nuestro lenguaje natural (llanto, risa, gritos, etc.) ciertos sonidos que solo más tarde sabríamos que son palabras.

De la incesante verborrea que nos dirigían siendo niños, solo permanecían en nuestra memoria las palabras repetidas con mayor insistencia, mayor vigor o que iban acompañadas con premios o castigos.

En la edad inmediatamente posterior, el mundo se vuelve plural, las cosas se multiplican. Nos transfieren a la memoria los significados y valoraciones que la Cultura occidental da a cada una de ellas. A nuestro lenguaje se agregan sinónimos y adjetivos que sirven para identificarlas o diferenciarlas.

Luego, ya en la adultez, cuando el esquema mental está definitivamente asentado, las cosas son reemplazadas por sus nombres y estos, paulatinamente van dejando los significados que les respaldaban. Nuestro lenguaje, cerradas sus puertas a nuevos vocablos, se circunscribe a expresar nuestros deseos e intereses.

Tiempo después, en la vejez, por la costumbre o por el desgaste ocasionado con los años, el esquema mental pierde su rigidez, entonces los nombres se alejan de las cosas a las que nombran y el lenguaje del anciano se convierten en simples referencias verbales, en muchos casos imprecisas.

En todo este proceso, la memoria, en ningún momento deja de presidir las restantes funciones intelectuales. Ahora bien, si durante todo nuestro ciclo vital se mantiene el mismo orden jerárquico en nuestras funciones intelectuales también deberíamos tener un mismo lenguaje en todas las edades.

En efecto, el lenguaje es el mismo en todas las edades pero, en cada una de ellas. reciben la influencia de la función intelectual que es afín con la edad: de la intuición en la infancia, de la imaginación en la juventud, de la razón en la adultez y de la memoria propiamente dicha en la vejez.

Dichas influencias no perturban ni el léxico, ni la estructura gramatical, ni el código conceptual del lenguaje, afectan únicamente a la claridad expresiva, calidad del léxico y al ritmo del lenguaje. Se puede decir que en cada edad hablamos un dialecto diferente del mismo lenguaje.

a-9. Similitudes de procesos mentales entre la vejez de un individuo y el conjunto de la humanidad:

a-9-1. Recurrencia de los recuerdos

a-9-2. Usos y efectos de los recuerdos

a-9-3. Los recuerdos en la formación, dirección y desarrollo e la ciencia

a-9-1. Recurrencia de los recuerdos

Un individuo, siendo anciano, en el intento de comprender el mundo que le rodea: conducta de las nuevas generaciones, innovaciones técnicas, en una palabra la realidad en que se encuentra, recurre a la comparación de cuanto observa o experimenta, con su pasado.

En líneas generales la dinámica de los procesos mentales, tanto en la vejez de un individuo como en las gentes de la actual humanidad, se basa en los recuerdos. Ambos, vivimos dependientes del pasado.

En los hombres de este final de ciclo, como expusimos anteriormente, lo que llamamos “pensamiento” son meras reacciones automáticas ante nuestros recuerdos.

Los recuerdos afloran sin cesar del fondo de la memoria al consciente, nos atraen hacia si y entablamos un dialogo permanente con ellos. Pero siendo los recuerdos referencias del pasado, en realidad vivimos en el pasado, somos como alguien que camina hacia delante con el rostro girado hacia atrás.

a-9-2. Usos y efectos de los recuerdos

En esta decrepitud del ciclo, nuestra memoria se encuentra atiborrada de información de todo tipo de eventos y cosas. Los medios audiovisuales nos acosan con una información indiscriminada que provienen por dos vías principales: la publicidad y las noticias.

La información suministrada se aposenta en nuestra memoria y desde allí, de modo subliminal, dirigen nuestros pensamientos. Nuestra obediencia a lo que incitan es irreflexiva y automática.

Uno de los efectos de la publicidad es la conversión en modelos y anti-modelos, de las imágenes que proyectan y, a los que intentamos acercarnos o rechazamos.

Otra es el nacimiento de necesidades ficticias o antinaturales. En este caso, la sed se convierte en una sed de marcas de bebidas industriales. En el caso anterior, la elegancia deviene en anti-elegancia y esta deriva en anorexia.

Igualmente las noticias, en especial las televisivas, por el apoyo que recibe de las imágenes, en su mayoría tienen efectos tan nocivos como los de la publicidad.

Las noticias, son versiones diferentes de un mismo tema: la tragedia. Su repetición constante las convierte en recuerdos con exceso de carga energética y, estos, una vez aposentados en la memoria, terminan por desvirtuar los valores humanos básicos, (como la compasión) o promueven conductas imitativas que engendran acciones despiadadas o falsamente heroicas.

Esta dependencia excesiva a la información de eventos no experimentados, nos sumerge en un mundo, semejante al del anciano, con apenas contacto con la verdadera realidad.

a-9-3. Los recuerdos en la formación, dirección y desarrollo de la ciencia

Formación de la ciencia

La ciencia, el producto mayor del pensamiento humano, también sigue la dinámica de la memoria.

Desde siempre, los científicos han tenido como materia prima de sus investigaciones, conocimientos previos que legados por sus predecesores. Conocimientos que, en si mismos, son recuerdos a los que, como el anciano con los suyos, modifican, corrigen o amplían, a medida que se acercan al objeto de sus pesquisas.

Lo que era irrefutable durante un tiempo se convierte en obsoleto en el siguiente. Huelga mencionar la teoría geocéntrica, el estatismo de la sangre, el agua como elemento exclusivo de nuestro planeta, etc., nociones que dominaron el ámbito científico durante siglos y que ahora son irrisorios.

Pero si nuestra ciencia es resultado de los recuerdos, su método también imita la vía de acceso más fácil a la memoria que es la repetición. Ya que, el método científico exige que un experimento, para tener valides científica se repita, cuantas veces sean necesarias, bajo condiciones semejantes.

Dirección y desarrollo de la ciencia

Además, ¿podemos considerar el afán persistente de nuestros científicos, acrecentada en nuestros días, por descubrir el origen de la vida y del universo, como una actitud análoga a la que lleva al anciano a la evocación de su hogar materno?

Unos y otros, científicos y ancianos, con sus respectivos cargamentos de recuerdos, caminan hacia delante pero con el rostro vuelto hacia atrás, unos buscando gloria y fama, los otros consuelo o un momento de paz.

Pero, en este tiempo, al mismo ritmo en que nos acercamos al comienzo de un nuevo ciclo, las funciones intelectuales de las nuevas generaciones se desplazan hacia una nueva jerarquía funcional y esto pone ante sus ojos y los nuestros destellos de realidades que no tienen precedentes conocidos (tales como los agujeros negros o la antimateria, los neutrinos, cuantas etc.).

Son realidades sin referencias ni recuerdos y, por lo mismo, también inaccesibles a la aparatología de nuestra ciencia.

No obstante, esas realidades hoy incognoscibles serán el hábitat común de los hombres en un futuro inmediato, cuando termine por definirse en ellos el nuevo orden jerárquico de sus funciones intelectuales. Entonces el ser humano trascenderá el estrecho marco de la concepción materialista de la vida y el mundo.

En el próximo ciclo, como se inscribe en el cuadro de correspondencia, la intuición desplazará a la memoria en la dirección de las restantes funciones intelectuales. Con ella los hombres percibirán la realidad y edificarán sus ciencias, de las que la física cuántica y el magnetismo podrían ser su vanguardia.

a-10. El Valor de la palabra:

a-10-1. Generalidades

a-10-2. La palabra en el proceso histórico

a-10-3. La palabra en el Paraíso

a-10-4. La palabra en los últimos tiempos.

a-10-1. Generalidades

Las culturas dominantes que conducen la evolución son estructuradas bajo tres condiciones, a saber:

1. Un objetivo. Otorgar nuevos conocimientos del hombre y del mundo.

En la edad presente de la humanidad: el objetivo es el conocimiento de la materia, el componente grosero de la realidad, y de los modos en que interviene en la vida y el mundo.

2. Un medio. Construir con conceptos y valores una imagen universal de lo que existe, incluyendo en el al mundo y al ser humano e impregnarlo en la conciencia utilizando el lenguaje de la edad en curso. ¿Su finalidad?, unificar la variedad de las percepciones de la realidad en la población mundial.

En nuestro caso, la Cultura occidental, es esa estructura de conceptos o esquema mental y el lenguaje de transferencia es la palabra.

3. Adecuarse a la jerarquía de las funciones intelectuales y a la de los órganos de los sentidos.

En nuestra época la jerarquía de las funciones es como sigue: memoria-razón-intuición e imaginación. El órgano de los sentidos es la audición.

De las tres condiciones, sin duda la del medio resalta por ser el vehículo transmisor, en especial la palabra

Desde el diluvio, el hombre piensa en palabras, expresa sus pensamientos y sentimientos en palabras, forma sus lenguajes, exceptuado el lenguaje tradicional de la isla Gomera que consiste en silbidos, con palabras y su aprendizaje personal y social, lo lleva a cabo por medio de palabras.

La Cultura occidental, con palabras repetidas hasta la saciedad, nos transfiere su contenido.

a-10-2. La palabra en el proceso histórico

La expresión humana dominante en nuestra edad es la palabra y sobre su importancia atraen nuestra atención los relatos llamados sagrados y tradicionales. Entre los primeros, la Biblia y el Corán, libros guías y raíces de la cultura.

En ambos se dice que el hombre recibió el nombre de las cosas y que gracias a este conocimiento llegó a enseñorear sobre la naturaleza.

Y, un nombre, cualquiera que este sea, es una palabra.

Naturalmente el lenguaje de los libros sagrados es simbólico y como tal su mensaje contiene varios niveles interpretativos. En el primer nivel, la entrega de la palabra al primer hombre es un acto místico que encierran significados que escapan a nuestro entendimiento.

En su nivel menos hermético, el Génesis de la Biblia es una crónica del primer periodo de la presente edad de la humanidad y, el acto de la entrega de la palabra a Adán, señala el momento de su plenitud.

En el tiempo, el de la recepción de los nombres, las facultades de los hombres no debían de estar tan mermadas como lo están ahora y la palabra tendría un poder que ahora no posee.

Pero anterior a este tiempo, del hecho de que, el nombre establece una separación entre quien nombra y la cosa nombrada, se deduce que hubo un periodo donde no existía esta separación.

Un tiempo durante el cual los hombres convivían integrados y en armonía con su entorno y, entre ambos, la palabra era un nexo, todavía, embrionario entre ambos. En las postrimerías de este momento, podemos presuponer que los enseñantes, directores de la evolución de la humanidad, dieron el nombre de las cosas.

a-10-3. La palabra en el Paraíso

Quizá, a este estado se le denomina Paraíso, un adjetivo que también empleamos al referirnos a nuestra juventud o infancia, edades de mínima separación entre sus poblaciones y el mundo.

El modo en que lo hicieron debió ser similar al que usan nuestros padres y educadores para estimular nuestro aprendizaje: la repetición. Estos, nos hacen repetir los nombres y utilidad de las cosas.

En la primera fase de la etapa posterior al unitario, los nombres todavía se identificaban con objetos precisos y, al ser mencionados, hacían aparecer la imagen de lo nombrado en la mente del nombrador. En este se reunían la fuerza del deseo y la imagen del objeto deseado. Pero el objeto era conocido en su esencia y en su forma, en sus propiedades y su utilidad y, su evocación, contenía todas estas cualidades.

Posiblemente debido a ello, en la mención del nombre intervenían otros factores, tales como el ritmo en su pronunciación; la visualización del objeto (quizá satisfaciendo la necesidad u deseo del evocador) y, posteriormente, también se añadiría la grafía que la representaba.

Lo que hacía de la evocación un acto mágico que acercaba lo evocado al evocador.

El lenguaje, de esta época, debió ser de una suprema economía utilitaria, formado principalmente por los nombres de aquello que servía para satisfacer necesidades o llenar carencias, sean estas de orden físico, emocional, intelectual o espiritual.

Pero, al igual que nos sucede a los individuos en el transcurso de los años, el conjunto de la humanidad, a medida que evolucionaba, diversificaba sus necesidades y carencias al mismo ritmo que multiplica las cosas.

Los nombres perdieron su fuerza evocadora y las cosas se convirtieron en conceptos.

En la actualidad, el nombre, el concepto y la cosa son entidades que deben ser explicadas para poder identificarlas.

En los primeros tiempos, la cosa “vaso” tenía un solo nombre y cumplían una sola necesidad. En la actualidad son numerosos los tipos de vasos y cada uno destinado para

satisfacer una necesidad específica. La palabra "vaso" ya no es suficiente para designar el objeto.

a-10-4. La palabra en los últimos tiempos

En la actualidad, nuestros lenguajes se han convertido en conceptos que no evocan sino a otros conceptos. Su esencia, la palabra, que en un comienzo sirvió para acercarnos a la realidad hoy sirve para mantenernos alejados de ella.

Por ejemplo, en la actualidad, en obediencia al esquema mental, consideramos que los valores más altos de la vida son, la posesión de bienes, fama o poder, y nos avocamos con denuedo a conseguir uno u otro.

Sin embargo, la realidad desdice tajantemente tal afirmación, ya que, en un momento de asfixia ¿quién no ofrecería bienes, fama y poder por una bocanada de aire?

Aquellos valores del esquema mental (la Cultura occidental), ha marginado la verdad más elemental de todas; que la vida humana se sustenta en la respiración.

Durante el primer periodo de la presente edad, esta verdad debió ocupar lugar preferente en las actividades cotidianas de los hombres, así se deduce del relato sagrado en el que Dios por medio de su aliento divino convirtió un ente de barro en hombre.

Así mismo, la armazón de conceptos de la Cultura occidental, hacen que dejemos pasar inadvertidas delante de nuestros ojos algunas facetas básicas de nuestra realidad.

Pongamos por caso, el concepto que se encierra a nuestro sol; a pie juntillas aceptamos que es la fuente de la luz y del calor que recibe nuestro planeta. Pero ¿lo hemos comprobado? ¿Nos hemos preguntado acaso, por qué, si el sol es una esfera ardiente, las partes de nuestro planeta más cercanas a él, que deberían ser las más luminosas y calientes, son las más frías y oscuras?, como es el caso de las montañas coronadas por nieve perpetua, O ¿por qué las fotos de los satélites nos muestran un cielo oscuro? Y, ¿por qué las partes más alejadas al sol que deberían ser las más frías son las más calientes?, nos referimos a la zona ecuatorial, a las elevadas temperaturas en el entorno del mar muerto, alojado a 400 metros bajo el nivel del mar.

Pero, sobretodo, ¿hemos observemos que nuestras conversaciones cotidianas son palabras vacías que replican a otras palabras igualmente vacías? Cuando nos referimos a tal o cual acontecimiento, cuando nombramos a una persona o simplemente a un objeto, en nuestra mente no aparece el acontecimiento, ni la persona, ni el objeto.

La palabra y la repetición, han sido y continúan siendo el medio y el método, de la evolución del hombre en esta época.

La palabra es comparable a un árbol que en su plenitud brindaba alimento pero del cual solo resta su corteza ahuecada.

Sin embargo, los relatos tradicionales, encabezados por la Biblia, además de llamar nuestra atención sobre el rol de la palabra en la evolución del conjunto de la humanidad, también insinúan contener formulas secretas que permitirían devolver a la palabra su poder mágico de antaño.

Tal vez, a estos secretos este conectada la incesante búsqueda, a través de todos los tiempos, del nombre supremo entre todos los nombres, el inefable nombre de Dios.

a-11. La jerarquía de las funciones intelectuales en la salud, la historia y otros usos

En la salud

La etiología, de psicopatologías tales como esquizofrenia, personalidades múltiples o similares patologías, que no presenten lesiones u otros signos cerebrales cuantificables ¿podrían hallarse en variaciones súbitas y anacrónicas del orden en la jerarquía de las funciones intelectuales del paciente? o, ¿en la percepción simultánea de la realidad por dos o más funciones? En ambos casos, en la mente del paciente coexistirían mundos y personajes percibidos por la intuición, imaginación o razón; mundos y personajes por entero reales para él.

En otra línea de probabilidades se debería tener en cuenta el estado en que se encuentran los cinco sentidos ya que estos, son los transmisores de la información con las que configuramos la realidad y, si no estuvieran en condiciones adecuadas para ello, podrían distorsionar la información y esto también distorsionaría la concepción de la realidad.

En la historia

Aceptada la jerarquía funcional como factor determinante de un periodo cíclico o edad podemos ensayar encontrar huellas de una civilización construida por hombres que tuvieron a la intuición como función dominante en el orden de sus funciones intelectuales. La intuición es el conocimiento inmediato de las cosas y lo ilustra la conducta del infante. Para el infante no existen distancias ni separación alguna entre sí y los objetos u otro infante, sencillamente los descubre, los asimila a su mundo y va tras ellos. Tampoco construye objetos que perduren, lo que tiene a su alcance, lo toma, lo manipula, elabora algo que sirve a su interés durante un breve lapso y luego lo abandona.

Una sociedad con características similares, carecería de ciudades, monumentos o cualquier otra huella de civilización perdurable. Tampoco sus miembros necesitarían de los intermediarios de la palabra o escritura para comunicarse entre sí. Como en el niño, la palabra o escritura, serían meros signos coadyuvantes o ratificadores de lo expresado directamente, de pensamiento a pensamiento.

Una sociedad de esta catadura sin duda debió existir en nuestro pasado remoto, cuando la humanidad se hallaba en sus primeras edades. Y esto parece corroborar los relatos de los primeros cronistas llegados a Australia. Ellos, se refieren con asombro, no a edificaciones, pues no las hubo, sino a la comunicación telepática entre los nativos.

Desgraciadamente, debido a la edad de la humanidad, la colonización cruenta de Australia terminó por exterminar la cultura oriunda. Quizá el último reducto de nuestro más lejano pasado,

La conducta de los colonizadores fue análoga a la de un anciano iracundo que interpreta, niega valor o destruye las huellas de sus edades pasadas, porque para él, han perdido sus significados y, en cambio, ponen en evidencia su debilidad.

b. Funciones emocionales: miedo, tristeza, preocupación, alegría y cólera.

b-1. Generalidades

b-2. ¿Cuándo surge el miedo?

b-3. Las tres clases de miedo y la esperanza

b-4. El miedo en la conducta humana a través de la historia

b-1. Generalidades

Las emociones son un mar psíquico en el cual los seres humanos vivimos a expensas de sus corrientes. Cualquier acto, sea banal o significativo, no podríamos llevarlo a cabo sin la concurrencia de una u otra emoción pues, ellas nos proveen la energía necesaria para su ejecución.

Se dice que la guerra es el motor de la historia pero ¿podría funcionar este motor sin el combustible de la cólera? O ¿a que se reduciría la procreación sin la trampa, dulce pero trampa al fin, del placer sexual?

La importancia de las emociones en nuestras vidas es incuestionable, no obstante no son sino efectos de las funciones intelectuales. En el caso de la guerra, cierto es que el odio es su combustible pero también es cierto que el odio brota de una imaginación distorsionada.

En cuanto a la procreación, ¿en que devendría el placer y la pasión sexual, de no existir el olvido de las vicisitudes que causan el embarazo, parto o la manutención y formación de los hijos?

Sobre las funciones intelectuales recae la responsabilidad de planificar la acción, en tanto que a las funciones emocionales les corresponde su realización. Las primeras son el timón del barco, las segundas el viento que lo impulsa.

De aquí que las jerarquías funcionales de ambas estén íntimamente relacionadas haciendo que a cada emoción le corresponda una función intelectual específica, tal como se manifiesta en el cuadro de correspondencia.

En nuestro tiempo, el miedo, es el sentimiento predominante y la memoria su origen.

La memoria es comparable a una galería de arte de una temática específica. La dimensión de la galería es inconmensurable y en cada instante se coloca un nuevo cuadro. Los cuadros son, en si mismos elementos inertes, obras acabadas pero con capacidad de suscitar en el espectador reacciones emocionales que siempre será acorde con la temática que exponen.

La temática de nuestro tiempo es el materialismo, los cuadros nuestros recuerdos y el sentimiento básico que suscitan es el miedo.

b-2. ¿Cuándo surge el miedo?

Desde nacimiento han gravado en nuestra memoria, lo que somos, lo que es la realidad, lo que debemos aspirar dentro de ella, como debemos conducir nuestras relaciones sociales y personales, mas un sin fin de normas y valores que, juntas, constituyen un esquema mental que modela nuestros pensamientos.

El esquema mental es como los cimientos de un edificio. Los cimientos desde su ocultación en el subsuelo determinan y sostienen la estructura del edificio.

Nuestras vidas discurren apaciblemente mientras nos encontramos dentro de sus parámetros. Vivir entre ellos nos hacen sentir protegidos y seguros.

Por lo general, el miedo aparece ante la desestabilización, o amenaza de destrucción, de esos parámetros.

En la vejez de un individuo, el miedo es la tónica emocional dominante porque en ella, el cuerpo, al que por inducción del esquema mental consideramos nuestra esencia, se debilita. En la decrepitud el temor a perderlo se acentúa manifestándose de modo ostensible en el miedo a la muerte, a los accidentes, a la soledad, etc.

b-3. Las tres clases de miedo y la esperanza

En general el miedo siempre va acompañado de la esperanza y se manifiesta de tres modos principales:

Miedo a perder nuestras pertenencias.

Miedo a perder nuestras vidas y seres próximos.

Miedo sobrecogedor ante la grandeza de la naturaleza y el universo.

Este último miedo es el que impulsa la evolución de la humanidad, a él alude el cuadro de correspondencias.

No obstante sus diferencias, las tres clases de miedo comparten el común denominador de ser previsores. Según el momento y circunstancias, presintiendo peligros o aprovechando facilidades, modifican los medios con los cuales se quiere alcanzar la meta.

Por efecto de la decrepitud de la humanidad, desde su comienzo, hace más de tres mil años, hasta el presente, los dos primeros miedos están profundamente enraizados en la gran mayoría de la población mundial.

Ambos, conducen al apego y contaminan nuestras vidas con el sufrimiento que nace del temor a perder nuestras vidas, seres próximos o pertenencias.

Instigados por estos miedos, llevamos a cabo acciones cuyas finalidades se resumen en proteger a toda costa nuestro cuerpo, mantener nuestra situación social y/o en seguir en posesión o acrecentar nuestros bienes.

En cambio, el tercer miedo, al surgir de la contemplación de la inconmensurable grandeza de la naturaleza, nos inclina a descubrir, acercarnos o presentir la voluntad que la formó y la mantiene. Una voluntad, ante cuyo poder el albedrío humano es nada.

Del encuentro entre la maravilla de lo contemplado, de la que emana eternidad e infinitud, con la pequeñez del contemplador, brota la chispa del misterio de la existencia, un destello sobrecogedor que arrastra al individuo a la búsqueda de la verdad y que, en la historia, fue el germen de las religiones.

b-4. El miedo en la conducta humana a través de la historia

Este miedo vivificante fue el sentimiento predominante en el comienzo de la vejez de nuestra actual humanidad. Los hombres post diluvianos, ante el temor que la naturaleza vertiera sobre ellos una vez más su poder destructor, anhelaron ganar el favor de la voluntad que la dirigía. Nacieron los primeros centros de enseñanza esotérico y religiones y de estos se desmembraron ciencia, arte y por extensión las restantes

actividades. Entonces, miedo y esperanza trascendían los intereses mundanos, ambas eran un árbol con sus raíces hundidas en la tierra y su copa rozando el cielo.

Así lo expresa, aunque velada por los símbolos, la tradición Judeo-cristiana, cimiento de la Cultura occidental. En la Biblia se dice que Dios, temeroso que Adán y Eva alcancen los frutos del árbol de la vida, los expulsó del Paraíso, frustrando en ellos la esperanza de una existencia eterna. Mas adelante, la esperanza de construir un mundo futuro mejor, llevó a Noe a transportar en su arca a las personas y a los animales idóneos para tal propósito y, el miedo previsor le hizo dejar en tierra a todo aquello que podía obstaculizar su proyecto, incluyendo a su hijo.

El miedo divino y la esperanza humana, otra vez convergen en la construcción de la torre de Babel, origen mítico de los idiomas.

Trasladada esta narración simbólica a los hechos históricos, constatamos un punto de coincidencia entre mito y realidad, entre ciencia y religión; este es el río Eufrates, uno de los cuatro ríos que salían del Paraíso.

Dejando de lado las narraciones simbólicas, de la Biblia, pues rebasan nuestra capacidad interpretativa, nos ceñimos a los hechos históricos.

Entre los ríos Eufrates y Tigris, se extiende la zona geográfica, llamada Mesopotamia, donde se da por cierto que tuvo su origen nuestra civilización.

En Mesopotamia, del encuentro de la esperanza del hombre a poder trascender sus limitaciones y del temor a no conseguirlo, surgieron las primeras matemáticas, las primeras observaciones objetivas del paisaje estelar y las restantes disciplinas científicas y culturales. Pero a medida que se desarrollaban los pueblos, el miedo y la esperanza iban degradándose. La inicial esperanza de alcanzar la trascendencia, se rebajó al anhelo por el poder físico o por una supervivencia terrena placentera. El miedo sobrecogedor a lo maravilloso se redujo al temor mezquino de perder lo adquirido.

Los pueblos delimitaron sus territorios, parcelaron sus mares, a sus ciudades se las encerró entre murallas o se intentó expandirlas.

Las religiones abandonaron la luz del cielo para refugiarse en la sombra del poder terreno, convirtiéndose en instrumentos que justifican las ambiciones de los gobernantes.

La degradación del miedo y de la esperanza ha continuado hasta nuestros días.

En el mundo occidental, las religiones nunca alcanzaron la altura que tuvieron en oriente medio y lejano, en su difusión social siempre estuvieron al servicio del poder gobernante, pero ahora son como un anciano en su entorno familiar, el testigo anecdótico de un pasado espléndido, al que todos fingen escuchar y nadie obedece.

En general, la esperanza de alcanzar la eternidad celestial ha quedado reducida al deseo de supervivir en la tierra, cuanto mas tiempo mejor y, obtener a la vez, riqueza, fama, poder y disfrute de los sentidos. Y el miedo primero que le acompañaba, es como una cuerda excesivamente templada que vibra al menor roce con aquello que pudiera evitar su realización: a la muerte, a la vejez, a las enfermedades, a la pobreza, al anonimato, a la soledad, etc.

Este miedo y esperanza infaustos son la causa de la demencial carrera armamentista, porque ¿que sentido tendría la preocupación por las armas si no existiera el miedo a un hipotético enemigo que pudiera atacar en cualquier momento?

Y, los bancos, ejes centrales de la economía, las compañías de seguro, ¿qué razón de ser tendrían sin el miedo que induce a la previsión ante la posibilidad de tiempos peores, accidentes, etc.?

Además, los inventos técnicos de los que tanto nos jactamos: las escaleras mecánicas, los coches, los mandos a distancia, el teléfono móvil, los ordenadores, etc. se dice que contribuyen a que alcancemos nuestra esperanza de vivir con mayor comodidad y bienestar, pero en realidad inhiben el desarrollo de nuestro potencial físico y mental. Aunque, bien mirado, ¿podríamos considerar que no son inhibidores sino que expresan lo que ya está consolidado, de igual modo que la silla de ruedas no inhibe la capacidad de caminar de un inválido sino que manifiesta su minusvalía?

En resumen. El miedo es el sentimiento que ha prevalecido entre los hombres desde el diluvio hasta nuestros días. En un comienzo prevaleció el miedo a la grandeza de la creación pero, en esta decrepitud, estamos inmersos en el miedo a la muerte, a la supervivencia, a perder nuestros bienes o el bienestar, que genera acciones no dignas de llamarse humanas.

c. Funciones somáticas

En el ciclo vital de un individuo, su organismo humano tiene cinco fases remarcables: en la primera nuestros órganos adecuan sus funciones al nuevo medio, en ella aprendemos a respirar, a succionar y digerir la leche materna, etc.

En la segunda nuestro espacio anatómico que estaba contraído en el útero materno se expande hasta alcanzar su volumen normal. En la tercera fase, concluida la expansión, crece en dirección vertical, alcanza su altura máxima y los órganos se consolidan. Durante la cuarta fase, mantiene este estado de plenitud durante un tiempo y luego empieza a decrecer, iniciándose con ello su quinta y última fase que concluye con la necrosis.

Como se habrá reconocido, esta fase corresponde a la vejez o último sector cíclico en la vida de un individuo. En el cuadro de correspondencias a este sector se le asignan los huesos, el oído, los riñones, vejiga, las gónadas y glándulas suprarrenales. Lo que quiere decir que estos órganos presiden la jerarquía funcional somática durante el periodo final de nuestro ciclo vital. Sobre ellos recae el peso de dirigir la fisiología humana, siendo uno de sus roles el control del descenso de la vitalidad.

Esto sucede en un individuo pero, como el conjunto de la humanidad se encuentra en este mismo sector cíclico, podemos afirmar, sin lugar a dudas, que también la fisiología de todos los individuos, desde el diluvio hasta nuestros días, esta comandada por los órganos citados.

A ello, aunque expresada en símbolos, hace referencia la tradición Judea-cristiana. Eva es creada de un costilla (hueso) de Adán y lo que ellos cubren, después de ser tentados por la serpiente, son sus partes pudendas. Igualmente, la Biblia nos dice que un acto resaltante después del diluvio fue aquel en que Noe, en estado de embriaguez, duerme desnudo y que su hijo, Canaan, es maldecido por no haberle cubierto.

Pero la vitalidad que tuvieron los órganos mencionados en aquellos momentos iniciales de la actual edad, o periodo cíclico, de la humanidad, en estos días finales se encuentra

ya muy mermada y no pueden cumplir adecuadamente el rol de control del descenso de la vitalidad

En un individuo durante su decrepitud, sus articulaciones se anquilosan, los líquidos: lágrimas, orina, mucosidad, etc. escapan de sus cauces, las glándulas suprarrenales reducen al mínimo su producción de adrenalina y noradrenalina, hormonas responsables de nuestras reacciones en situaciones de pánico y furia, los órganos sexuales enferman, etc.

De modo similar, estas características fisiológicas y los modos conductuales derivados de las mismas, han estado presentes en las manifestaciones del conjunto de la humanidad a lo largo del periodo histórico que media entre los prolegómenos e inicio de la Cultura occidental y nuestros días, con especial énfasis en la sexualidad y las reacciones agresivas.

Los tratados constatan, en el desarrollo de este último sector cíclico de la humanidad, la presencia del factor sexual desprovisto de otra cualidad que su poder de seducción.

Así, en estos primeros tiempos, se lleva a cabo la unión, en una confederación, de los reinos griegos, para dar comienzo a la llamada Guerra de Troya. Su causa fue un hecho de matices sexuales, el rapto de la mujer de Menélaos por el príncipe troyano Paris.

Paralelo a este hecho histórico, Roma se consolida con el rapto de las mujeres de Sabina, un pueblo aledaño. Rapto que tuvo la finalidad de asegurar la descendencia de los romanos. Mucho más tarde, el imperio empezó una nueva época con otro acto semejante: la seducción de Julio César y Marco Antonio por la egipcia Cleopatra.

En el nacimiento de Jesús de Nazaret, se hace referencia explícita a la sexualidad pero, esta vez por omisión de su función procreadora: un axioma de fe es la concepción de María por obra y gracia del Espíritu santo.

Al margen de lo expuesto, las enfermedades emblemáticas de nuestros días: el Cáncer y el Sida, están íntimamente vinculados a la sexualidad.

El cáncer es una mutación genética maligna cuyo efecto es el desequilibrio entre oncogenes y anti-oncogenes con el resultado de una desmesurada reproducción celular. Y la reproducción es una función sexual.

El Sida, aunque su origen es desconocido, se presume que apareció de relaciones sexuales entre hombres y animales. Su grupo de riesgo, en primer orden, es la comunidad homosexual y sus medios de transmisión son fluidos: el semen, la sangre y la saliva.

El Sida merece una especial atención, por cuanto es previsible que, cuanto más próximo estemos al nuevo ciclo, su propagación aumentará ya que, a los medios de contagio conocidos, se sumará la transmisión aérea. Debido a que; así como durante este periodo, el agua ha sido el elemento predominante en todas las manifestaciones de la vida; durante el periodo que está en vías de comenzar lo será el viento

En resumen. La fisiología del ser humano, desde el diluvio hasta el presente, esta dirigida por los órganos señalados con el elemento agua en el cuadro de correspondencia inscrito en capítulo anterior: riñón, etc.

En consecuencia, sería de gran utilidad tenerlas en cuenta en las investigaciones sobre la etiología de las dolencias llamadas incurables, en especial las mencionadas; sida y

cáncer. Por ejemplo si aceptamos que la adrenalina y noradrenalina, hormonas emitidas por el núcleo de las suprarrenales, determinan el nivel de agresividad en el individuo ¿que nos impide considerar que el VID, pacífico en el laboratorio, se convierte en agresivo en el organismo porque allí recibe un aporte anormal de estas hormonas?

Por otro lado, si cada una de nuestras células es un ser vivo con órganos y funciones análogas a los nuestros, ¿sería descabellado presumir que la excesiva reproducción celular neoplásica deriva o tiene su origen en la disfunción de las gónadas?

D. Relaciones de nuestra civilización con el mundo natural:

a. Generalidades

b. Elementos de la naturaleza afines con nuestra época.

a. Generalidades

La física reconoce que todos los cuerpos sin excepción son conjuntos de átomos que interaccionan atrayéndose entre si y esta atracción obedece a cuatro leyes que son: la atracción nuclear débil, la atracción nuclear fuerte, la atracción electromagnética y la gravedad.

El ser humano, en su condición física, como cualquier cuerpo es una reunión de átomos que obedece a estas leyes y, por tanto con ellas se pueden explicar sus relaciones de atracción o alejamiento con los elementos del mundo natural. Pero esta es una labor de laboratorio y cálculos complejos que escapa a nuestras posibilidades.

Por nuestra parte, para explicar las relaciones del hombre de esta época con el mundo natural, tomamos como referencia lo que la experiencia nos demuestra de manera clara en el transcurso de nuestra existencia. Es decir que el ser humano, atrae y es atraído hacia otros seres y fenómenos con los que tiene naturaleza afín sin que intervenga en ello nuestra voluntad.

Así, durante el periplo de nuestro ciclo vital, en la infancia, nuestra vitalidad es pletórica y esto nos crea lazos de simpatía con las cosas con colores vivos, con todo aquello que se mueve, y a corretear sin poner límites al espacio en que nos encontramos. El exceso de vitalidad nos hace individualistas y, al mismo tiempo, nos conduce hacia otros seres de igual condición: otros niños y los animales. Quizá la especial atracción que el niño siente hacia los pájaros se debe a que su voz y el trino de pájaros se asemejan en sus tonos agudos.

En la juventud, nuestra naturaleza de la infancia se convierte en otra de menor vitalidad. Dejamos el individualismo para unirnos a otros jóvenes. Establecemos con ellos relaciones de complicidad que nos hace imitarnos en vestimentas, aspiraciones, actitudes, motivaciones etc. Aún nos atraen los espacios abiertos, tales como el mar, la montaña o simplemente la calle y vamos hacia ellos pero, a diferencia del niño que no tiene otro punto de referencia que el objeto hacia el que dirige, vamos teniendo por delante la seguridad que nos da el hogar materno. En cuanto a los colores, sonidos y formas del mundo exterior, la atracción indiscriminada del niño se vuelve selectiva.

En la adultez, punto culminante de nuestro desarrollo, nuestra vitalidad ya no puede aumentar. Los aportes externos solo sirven para mantenernos en un estado estable de equilibrio vital.

Nuestra naturaleza es estática e interactuamos con el mundo exterior a través de aquello que manifieste esta cualidad. En colores, por ejemplo, sentimos preferencia por la gama de marrones, azules, verdes, blancos y grises porque son colores de la tierra, el cielo, la vegetación, nubes y sombras. Dichos elementos tienen una presencia constante en la naturaleza y, por lo mismo, expresan estabilidad.

Igualmente, los ámbitos principales de nuestras acciones se circunscriben a zonas de estabilidad, mayormente estos son el hogar propio y el trabajo.

En la vejez, nuestra vitalidad empieza a descender y no podemos hacer nada para evitar su pérdida. Nuestra naturaleza pasiva se siente atraída hacia los elementos pasivos del mundo exterior. Entre los colores, el negro está difundido entre los ancianos por doquier llanamente porque es el mayor exponente de pasividad en la naturaleza. Las cosas que asimilan la luz pero que carecen de capacidad para reflejarlo son vistas de color negro. En el espacio, la pasividad del color negro lo ilustran los agujeros negros.

Lo expuesto es una somera justificación de que en cada edad tenemos vínculos de simpatía con elementos específicos del mundo natural. Elementos hacia los que nos sentimos irremediamente atraídos. Y nuestro discernimiento solo podemos ejercerlo entre la gama de elementos hacia la que hemos sido atraídos.

Superponiendo esta condición natural del ser humano al proceso histórico, constatamos que, desde el diluvio hasta el presente, el conjunto de la humanidad ha interactuado principalmente con los elementos pasivos del mundo natural. Una prueba más de la edad en que nos encontramos.

b. Elementos de la naturaleza afines con nuestra época

Los elementos pasivos a los que nos referimos son: el agua, el Norte, frío, invierno, el color negro, noche, sabor salado, olor pútrido, animales con caparazón.

El agua. Desde las Civilizaciones Fluviales del Neolítico es el protagonista principal de la historia. Los ríos Eufrates, Tigris, Ganges, Nilo, Yan Tse, dieron vida a las culturas raíces de las civilizaciones modernas. Y, desde las innovaciones de los fenicios, siglos antes de esta era, hasta nuestros días, la navegación marítima ha sido y sigue siéndolo, el medio de transporte de mayor uso y abuso. Sin embargo, debido a nuestra proximidad al próximo ciclo y a que, el elemento afín con el mismo es el aire, es posible afirmar que, en un futuro no lejano, la navegación marítima será reemplazada, en volumen y calidad, por la navegación aérea.

El color negro, lo pútrido y la energía: el carbón y el petróleo. Por testimonios arqueológicos e históricos, se sabe que el hombre de esta época, siempre utilizó fuentes de energía relacionadas con el **color negro** y lo **pútrido**. Estas son el estiércol de los animales (todavía utilizado por pueblos nómadas), el carbón y, desde hace menos de un siglo, el petróleo.

El estiércol y el carbón son los últimos reductos de sendos procesos de transformaciones y el petróleo es el resultado de la putrefacción de los primitivos bosques de helechos. Pero, por las mismas razones de cambio de ciclo, mencionadas anteriormente, es de esperar que las fuentes de energía mencionadas sean reemplazadas por la energía eólica, la magnética y en menor escala por la solar.

El norte y el frío. La tierra gira de derecha a izquierda y recibe la mayor irradiación solar cuando el sol alcanza su cenit. Este es el momento de mayor calidez del día y en el, el sol señala el Sur. En oposición al cenit, el nadir, el momento menos caluroso del día, señala el Norte.

Los pueblos ubicados al Norte de un país, o los países del hemisferio Norte, y de clima frío, por su sintonía con la dirección y clima propios de edad de la humanidad, siempre recibieron una dosis adicional de energía, gracias a lo cual, han prevalecido y prevalecen sobre los otros pueblos y naciones.

Más, por ser el Este la dirección que sintoniza con el próximo ciclo, es de esperar que los países orientales y/o donde predomine el viento, replacen a los del norte.

En resumen, el ser humano atrae y es atraído por elementos que reflejan su misma naturaleza.

5. El esquema mental y la Cultura occidental:

A. Generalidades

B. Las culturas dominantes en la historia

C. La Cultura occidental: cultura dominante del momento cíclico

D. Dos alternativas para evolucionar

E. La historia, una imagen amplificada de lo individual

F. Imposiciones y contradicciones de la Cultura occidental

g. La cultura occidental

A. Generalidades:

a. ¿Qué es el esquema mental?

b. Un mundo para cada edad

c. Aspecto particular del esquema mental

a. ¿Qué es el esquema mental?

El esquema mental tiene dos aspectos: uno general y otro particular.

En su aspecto general es la capacidad perceptiva propia de una edad. Comprende las jerarquías de las funciones intelectuales y de los sentidos. En el proceso natural humano, la mente recibe los datos del mundo exterior y de si mismo a través de los sentidos y con ellos elabora su propia realidad, fuera de la cual nada existe o lo que existe carece de su interés. La mente sería el escultor de una realidad que dependerá siempre del material que reciba para ello y, a su vez, el material dependerá del momento cíclico (edad) en que nos encontremos.

b. Un mundo para cada edad

Por las razones mencionadas en cada edad la mente elabora un mundo diferente y nuestros pensamientos se ciñen a ella, exclusivamente a ella puesto que es lo único que existe.

Por ejemplo, los niños, mientras estén en la infancia, aunque difieran en años, siempre manifestarán los mismos modos de pensamiento y conducta, lo que si variará entre ellos, según el momento de la infancia en que se encuentren, será la interpretación de los datos que reciban sus mentes o, dicho de otro modo, la interpretación del mundo infantil. A este ámbito específico del pensamiento llamamos esquema mental en su aspecto general.

La humanidad en su conjunto se encuentra en la vejez o último sector de un ciclo menor y, debido a ello, a la jerarquía funcional propia de la vejez se une la pérdida de sensibilidad de nuestros sentidos. En este último aspecto estamos en desventaja con respecto a las gentes de edades anteriores de la misma manera en que está el anciano, frente al joven en cuanto a la vista o audición. Quizá esta sea una de las causas por la que, a diferencia de las humanidades anteriores (por ejemplo, los constructores de las figuras de Nazca) solo podemos percibir de la realidad, sus manifestaciones groseras, aquellas que en su mayor parte están formadas por materia. Es con esta información, procedente de la parte material de las cosas, que las gentes de esta humanidad construimos nuestra propia realidad que, como salta a la vista, no es sino una mínima parcela de la realidad total.

En los medios, en especial las noticias televisivas, podemos comprobar a diario que los modos de pensar, motivaciones, usos y costumbres de las gentes y los pueblos, sin importar la cultura o asiento geográfico, tienen como común denominador metas y aspiraciones de índole materialista. Metas, cada vez más cercanas a la irracionalidad, que oscilan entre la codicia despiadada de unos pocos y las olas migratorias de gentes al borde de la inanición. Pero, si esto sucede hoy en día, las crónicas históricas nos dicen que la conducta humana siempre tuvo este matiz.

c. Aspecto particular del esquema mental

En su aspecto particular, el esquema mental es aquella misma condición pero con los datos que recibe nuestra mente organizados en un cuerpo coherente de conceptos y valores. Este cuerpo constituye la cultura dominante del momento histórico, cuyos roles principales son dos: el primero es unificar los criterios de las gentes con la finalidad de establecer un orden social y, el segundo es, conducir la evolución de la humanidad.

B. Las culturas dominantes en la historia

En todas las edades de la humanidad, el proceso, contenido y finalidad de las culturas dominantes debieron seguir pautas similares. Elaboradas por los enseñantes, o por seres dotados que les servían de intermediarios, interpretaban y traducían el esquema general en particular. Es decir construían un modelo de realidad, la rodeaban de normas y axiomas y a ellas se ceñían la ciencia, religión, arte, organización social y todo el espectro de las manifestaciones humanas.

En nuestra época, a los pueblos post diluvianos les correspondió la elaboración y usufructo de la primera cultura dominante de la edad actual de la humanidad y de la cual la nuestra no es sino su última adaptación.

Dicho en otras palabras, la Cultura occidental, es la cultura dominante de la vejez de la vejez cuyo comienzo se sitúa algunos siglos anteriores al año cero del calendario occidental.

El arca de Noe, las naves fenicias, las VI flota y las pateras forman parte de una misma escuadra que, salvo diferencias cuantitativas, siempre navegó y continúa haciéndolo, teniendo como norte el fin materialista de la supervivencia. Naturalmente es una finalidad aparente, pues la meta verdadera es el desarrollo de la conciencia humana, por medio del conocimiento de la participación de la materia en la realidad (en nuestras vidas y en el mundo).

C. La Cultura occidental: cultura dominante del momento cíclico

Los antecedentes históricos de la Cultura occidental, en sus tres proyecciones esenciales: religión, cultura, y civilización, se sitúan en zonas geográficas cuyos centros son Grecia Magna, la Roma imperial, India y China.

Desde aquel tiempo que se remonta al primer milenio antes de la era actual, hasta mediados del siglo XVIII, (en este tiempo, con la revolución industrial, la aparición del Marxismo que revoluciona el ámbito político-social, la electricidad, etc.), la Cultura occidental ha sido la incuestionable formadora de la conducta humana pero, en nuestros días su poder director está en franco descenso debido a que se halla en proceso de disolución en favor de la que regirá el próximo ciclo.

Durante mas de dos mil años, sus pilares conceptuales fueron impresos en nuestra memoria por medio de la repetición incesante de su contenido. Sus conceptos nos fueron inculcados como verdades absolutas. El mundo y la vida era lo que ella nos decía: que eran, manifestaciones diversas de la materia. Mas allá de sus afirmaciones nada existía y como nadie puede pensar, intuir, imaginar o razonar sobre aquello que no existe, en verdad, ella ha dirigido la capacidad pensante de la población mundial en este último tramo de ciclo

No obstante, junto a este absolutismo dirigido al conjunto de la población se halla la alternativa a la evolución individual.

D. Dos alternativas para evolucionar

Ante nuestro adiestramiento por la Cultura occidental diciéndonos lo que somos, lo que es el mundo, cuales debes ser nuestras aspiraciones, etc., cada individuo tiene dos opciones: aceptarlos concientemente como una mano que nos retiene por los tobillos a la realidad y sus valores que representan o aceptar su adiestramiento como una mano que nos conduce fuera de ella, hacia una realidad mas completa y objetiva.

Al margen de ambas opciones se encuentran aquellos que obedecen ciegamente los dictámenes de la Cultura occidental.

Si tomamos la primera opción transformaremos voluntariamente sus conceptos en nuestra realidad absoluta, un lugar incomodo y limitante pero que nos da seguridad. En

este caso nuestra evolución personal seguiría el mismo ritmo que el conjunto de la humanidad.

Si nos decantamos por la segunda opción, someteremos sus conceptos a juicio, reflexionaremos sobre ellos, los contrastaremos con nuestra experiencia y luego, solo luego los dejaríamos atrás para continuar evolucionando. En este caso alcanzaríamos cierta independencia del conjunto y nuestro progreso dependería de nuestro propio esfuerzo.

La Cultura occidental sería como los planos de una casa. Ante los planos de una casa, la primera acción a realizar es descifrar sus gráficos e indicativos y la segunda acción es iniciar la construcción siguiendo sus instrucciones. Más tarde, cuando la casa este terminada ¿qué necesidad tendríamos de los planos?

Las culturas dominantes siempre tuvieron esta doble opción. Elegir a la que consideremos mas apropiada a nuestros intereses implica el ejercicio de nuestro discernimiento, lo que ya es un paso en la evolución personal puesto que nos aleja de una conducta automática.

Pero, sobretodo el valor de la elección es ser aceptación de la evolución individual y colectiva como finalidad de la vida humana y, también experimentar en carne propia que cada uno de los individuos somos células básicas de la especie humana pues, de no ser así no cabría la elección.

En este contexto, el estado de conciencia de la humanidad no es otra cosa que la suma de los estados de conciencia de sus miembros y el impulso que recibe para su evolución es, igualmente, procede de la suma de los esfuerzos individuales.

En su aspecto general, el esquema mental, puede ser comparado a poblaciones que viven diseminados en una selva.

La selva es el mundo y las poblaciones son las múltiples interpretaciones de los individuos de la realidad que perciben. La realidad es una pero los criterios sobre ella son múltiples.

En su aspecto particular, es decir como cultura dominante, es comparable a un jardín en medio de la selva cuyo jardinero tiene la misión de ampliar el jardín a toda la selva.

Tal vez existió este jardín universal en los primeros tiempos del hombre sobre la tierra y a el haga referencia el paraíso o las míticas ciudades del Dorado o Shangrila.

Pero, en la actual decrepitud en que nos encontramos, el jardín, la Cultura occidental, es una minúscula parcela en medio de la selva, y el jardinero que son los pocos países que detentan el poder económico y militar, por torpeza de la decrepitud mas que por maldad, destruyen cuanto puede de la selva, es decir avasallan pueblos, contaminan el mar el aire, sojuzgan, etc.; no para expandir el jardín sino por miedo a perder su pequeño jardín.

E. La historia: una imagen amplificada de lo individual

Como dijimos anteriormente, la humanidad en el transcurso de esta edad ha seguido y sigue el mismo patrón de conducta. Lo ejemplariza la pluralidad mayúscula de acciones testimoniadas por las crónicas del pasado. Al margen de los calificativos que podamos darles sus causas son, en primer lugar nuestra percepción materialista de la realidad de la que deriva el miedo y, de este, el deseo de supervivir cuanto mas tiempo mejor y la

búsqueda del poder tanto del dominio sobre los otros (las imperios de los países expansionistas o en el hogar el predominio de uno u otro miembro) como sobre las cosas tal es el caso del consumismo.; y en segundo termino las torpezas de la propia de la vejez.

Entre las acciones del pasado estarían, los bosques de cedros del Líbano arrancados para hacer con ellos el templo de Salomón; las guerras expansionistas de Asoka, el mas noble rey hindú; la conversión en sangre del agua del Nilo, un castigo que se extendió a toda la población egipcia; la extinción de Gomorra y Sodoma, etc. De las mismas sus replicas análogas actuales serían, las devastaciones forestales del amazonas y de las taigas siberianas, la destrucción de Hiroshima y Nagasaki, el expansionismo militar de ciertos países, la contaminación radiactivo del aire, de los ríos y el mar.

No obstante, no debemos olvidar que las virtudes y defectos de los gobernantes y gentes principales, promotores de las acciones mencionadas, también las hallamos en nuestras conductas individuales. No olvidemos que cada edad tiene características que son comunes a todos sus miembros y que tanto aquellos como nosotros estamos inmersos en la vejez de la humanidad.

Los individuos, en este ultimo tramo del ciclo, somos como alguien que esta siendo arrastrado por la corriente de un río. Cuando la corriente lo sumerge bajo el agua, le invade la angustia de la asfixia y cuando reflota, le invade el gozo de sentirse revivir.

Pero si el naufrago elige ponerse a salvo, la primera medida que debería tomar es la de retirarse la ropa mojada que obstaculiza sus movimientos impidiéndole alcanzar la orilla.

El río representa la percepción materialista, encarnada en la Cultura occidental, la ropa mojada a sus conceptos y valores y, el naufrago a nosotros mismos.

La dificultad en la elección estriba en la creencia, artificialmente implantada en nuestra memoria, de que no existe ningún esquema mental, que el mundo y el hombre es tal como nos lo presenta la Cultura occidental y que nuestra conducta no obedece a otra fuente que al libre albedrío.

En el símil, el naufrago consideraría al río su habitad natural y confundiría su traje con su propia piel.

Volviendo a la coparticipación de virtudes y defectos, consideremos al panorama mundial como un espejo que refleja la imagen amplificada, con mayor o menor acierto, de nuestras propias conductas individuales. Un espejo que debe servir para acicalarnos, no para apostrofar contra el desaliño que nos muestra, ni mucho menos hacerle culpable de el.

De lo contrario, ensayemos a contestarnos las siguientes preguntas: Dos personas iracundas enfrentadas entre si ¿están o no enzarzadas en una guerra menor a las del exterior? El afán desmedido por poseer más bienes de los que tenemos, ¿en que se diferencia de la codicia de las compañías multinacionales? Ante un insulto, reaccionamos con indignación y enfado y esto, ¿no es responder a la guerra con guerra? El humo de los cigarrillos que poluciona los pulmones del fumador y los de la gente de su entorno ¿no son acaso una replica de la contaminación ambiental? La indiferencia de los países ante la falta de alimentos y agua que diezma a poblaciones enteras ¿no es análoga a nuestra indiferencia frente a los mendigos, ante los enfermos o el dolor de nuestros

vecinos? ¿Acaso no consideramos a la muerte y a los accidentes como sucesos normales, siempre y cuando lo sufran los otros?

F. Imposiciones y contradicciones de la Cultura occidental

Imposiciones

El carácter absolutista de la Cultura occidental, también nos impide aceptar, en calidad de manifestaciones de una realidad diferente a la que preconiza, tanto a fenómenos mundanos extraordinarios como a manifestaciones excepcionales de la mente humana, entre otros, la telepatía, precognición o los llamados calculadores. Nuestra razón los elimina, los margina, los convierte en anécdotas o les niega validez sencillamente porque están fuera del marco de sus valoraciones.

Este es el motivo de nuestro desinterés o interés lánguido por la vida inteligente (igual o superior a la del hombre) que pudiera haber en otras lugares del universo.

Contradicciones

Una contradicción básica de la Cultura occidental proviene de su aceptación a rajatabla que el ser humano está constituido por psiquis (inmaterial) y por soma (el cuerpo material) y que nuestra parte más valiosa es la psiquis, dentro de la cual destacan las funciones intelectuales. Así lo ha grabado en nuestra memoria la educación familiar, la instrucción escolar y los condicionamientos sociales.

Pero esta afirmación, propuesta y argumentada por Rene Descarte (1596-1650), que aglutina en una sola dos realidades humanas diametralmente diversas: la emocional y la intelectual, solo sirve para poner de manifiesto las contradicciones existentes entre los conceptos con los cuales la Cultura occidental nos explica la realidad y la conducta en la misma a la que nos induce.

En medicina, por ejemplo, si la psiquis es lo más valioso del ser humano ¿por qué su medicina alopática antepone el soma (lo material) a la psiquis (lo inmaterial)?

De todos es sabido que al lado del principio alopático "el contrario cura a su contrario" tiene otro de tanto o mayor importancia: "ver para creer". Principio que es el motor de sus investigaciones tanto en la etiología de las enfermedades, como en el diagnóstico. Presupone que las causas de las dolencias deben estar en algo que pueda ser detectado sensorialmente ya sea por la simple auscultación o ayudado por la sofisticada aparatología de que dispone

Y, en la consideración (que incluyen los honorarios) profesional, ¿por qué al médico, dedicado al cuerpo, la parte material menos valioso del ser humano, se le considera un grado por encima del psicólogo, dedicado a la parte inmaterial más noble del ser humano? .

El principio alopático "el contrario cura a su contrario", aplicado adecuadamente conduce a la exploración de nuestra psiquis debido a que, siendo lo opuesto del cuerpo, allí se hallan las soluciones a las dolencias somáticas.

Múltiples sucesos demuestran cada día la existencia real del enorme potencial que subyace en nuestras funciones intelectuales. Entre estos se hallan los estados de fatiga

patológicos producidos por exceso de actividad intelectual; la anorexia consecuente a una interpretación invertida de la estética corporal y, sobretodo, los casos extremos de los infartos producidos por noticias súbitas que no encajan en nuestro esquema mental. Este infausto suceso proclama a viva voz que, si las funciones intelectuales tienen suficiente poder como para modificar de manera drástica la fisiología, también pueden obrar en sentido contrario. Es decir que las funciones intelectuales, en especial la memoria y la imaginación, promovidas adecuadamente pueden ser coadyuvantes valiosos en la remisión de las dolencia.

¿Es que se ignora que una noticia, en primera instancia ingresa a la memoria como un elemento emocionalmente neutro, allí de inmediato es interpretada por la razón, luego la interpretación es ampliada o deformada por la imaginación y después, solo después genera una emoción y esta una reacción somática?

Si nos preguntamos ¿por qué pasa desapercibido este hecho? La respuesta es obvia, porque la vejez cíclica en que se encuentra la humanidad limita nuestra percepción de la realidad a las manifestaciones mas groseras de la materia y nuestras funciones intelectuales, a pesar de que pudieran tener un soporte material, este sería muy sutil y también escaparían al umbral perceptible actual.

No cabe dudas que en un futuro cercano, llegada la humanidad al siguiente ciclo, las funciones intelectuales serán estudiadas con fines prácticos en cuanto al poder de acción física que contienen, todas y cada una de ellas.

En resumen: la edad presente de la humanidad limita la sensibilidad sensorial de la población mundial a una gama de estímulos provenientes de la materia.

La Cultura occidental es la organización de dichos estímulos en un todo coherente de conceptos. Este todo ha sido trasferido como un modelo de la realidad a nuestra memoria por medio de la educación, instrucción y condicionamientos sociales; utilizando como método la repetición incesante de los conceptos que lo conforman.

Aposentado el modelo en lo mas profundo de nuestra memoria, los conceptos que forman la Cultura occidental son verdaderos modeladores del pensamiento humano, o esquema mental, pues, nuestra capacidad pensante solo podemos ejercerlo dentro de sus límites ya que fuera de el nada existe.

G. La Cultura occidental:

- a. Filosofía y cultura**
- b. Civilización**
- c. Religión**

a. Filosofía y cultura:

- a-1. Generalidades**
- a-2. Origen**
- a-3. Visión doble de la Cultura occidental**
- a-4. El exclusivismo del ser humano**

a-5. El dualismo en la concepción de la naturaleza humana

a-6. El dualismo en la conducta social y personal

a-1. Generalidades

El cuerpo filosófico de la Cultura occidental se estructuró en la Grecia Magna.

En aquella época, las culturas dominantes del periodo anterior eran ya anacrónicas. Egipto y los primeros reinos de Mesopotamia, sus centros culturales, estaban en declive pero aún mantenían la esencia del conocimiento primigenio que hasta entonces les había mantenido como propulsora de la evolución humana.

Pero la evolución tenía que continuar y los sabios de entonces estaban obligados a ceder sus conocimientos a los hombres más dotados del siguiente periodo cíclico que, en este caso, fueron los filósofos griegos. De este tiempo efervescente, solo se tiene referencias imprecisas, quizá a razón del olvido que conlleva el paso de un estado a otro,

Así, se conoce que Heliópolis (Tebas) y Babilonia fueron importantes centros de peregrinación cultural para sabios de distintas partes del mundo pero, se desconoce quienes, por que métodos y que enseñanzas impartían.

Igualmente, yace en el olvido la ciencia y recursos técnicos empleados en la construcción de las pirámides de Gizeh o en la edificación de Babilonia, la ciudad cuya belleza ha sido alabada a lo largo de siglos.

Las culturas Egipcia y Caldea, representan las dos vías, paralelas y complementarias, por las cuales el saber primigenio se viene transmitiendo desde el inicio de la vejez cíclica de la humanidad, el Diluvio universal.

La cultura caldea, se había dedicado a estudiar, principalmente, los fenómenos del cielo, y los efectos del tiempo. A ella le debemos las primeras versiones del Diluvio en el poema de Gilgamesh, la suplantación de la ley del Talión por las compensaciones pecuniarias con el código de Hammurabi, la división del año en doce meses, del mes en semanas y de las semanas en siete, día, la división del círculo en 360 grados, el sistema numérico sexagesimal, los ciclos de eclipses lunares y los primeros mapas e influencias cósmicas de los que nos resta su versión mundana mas extendida y deformada: la astrología.

En cambio, la cultura egipcia se había dedicado a la dimensión terrena. De entre sus aportaciones, subsisten el sistema numérico decimal, los calendarios de las siembras, la geometría aplicada a las lindes de los campos, la representación terrena de los dominios del alma, expresada en el mito de Osiris y en la momificación de sus muertos, los fundamentos de la medicina hipocrática, etc.

Pero, la suma de los conocimientos heredados de ambas culturas, aun siendo los cimientos de nuestra Cultura occidental, no dejan de ser simples fragmentos del saber al que estuvieron adscritos. Todo lo que conocemos de ellas son interpretaciones o suposiciones y estas, hechas desde nuestra perspectiva. Sin duda, en su tiempo la Torre de Babel, el zodiaco, las pirámides, etc., fueron realidades con aplicaciones y finalidades que no podríamos siquiera imaginar.

a-2. Origen

De este saber perdido surgieron las semillas de las dos corrientes culturales que debían conducir la evolución en este tamo final de ciclo.

A una le fue destinado el rol de cultura dominante, conductora oficial de la evolución, universal y abierta. A la otra le correspondió un papel marginal y vigilante de la primera.

Así se han mantenido hasta los días presentes.

La primera es la Cultura occidental cuyo dominio se extiende por todo el planeta: La segunda, es la reunión de todas las culturas marginales.

Un botón de muestra de esta doble corriente son la supervivencia de los sistemas numéricos decimal de valía universal y el sistema numérico sexagesimal específico a Inglaterra y sus satélites, a estos se suman los sistemas de medidas no métricos y la dirección izquierda como punto referencial del movimiento, en oposición al sistema de medida métrico y la dirección derecha, ambos de difusión mundial.

En medicina en oposición a la farmacopea química subsisten la fitoterapia, ventosas, sangría, etc.

a-3. Visión doble de la Cultura occidental

El soporte filosófico de la Cultura occidental no fue obra de uno u otro filósofo, en su elaboración concurren hombres diferentes con ideas diferentes, pero estas diferencias no se oponían entre sí, al contrario se complementaban pues eran observaciones de ángulos diversos de la misma realidad.

Las primeras aportaciones independientes, posteriormente fueron organizadas en un cuerpo orgánico por ulteriores pensadores pero, siempre, dentro de la percepción propia de la edad de la humanidad. Imposibilitados de ir más allá de la materia relegaron a un segundo plano la energía, el principal componente de la realidad.

Debido a ello, los filósofos dejaron de lado lo que no podía ser cuantificable para centrar su atención en la manifestación medible de la realidad.

De este modo, el hombre quedó circunscrito a su dimensión física y la infinita majestuosidad del universo fue reducida a solo aquello que podía ser observable.

Estudiaron los elementos, las transformaciones de los fenómenos y los movimientos de los astros pero no la energía causante de las mismas. Desarrollaron el discurso, brillantes plataformas ideológicas pero, dejaron de lado la fuente de la que surgía la palabra y el pensamiento.

a-4. El exclusivismo del ser humano:

a-4-1. Generalidades

a-4-2. El nacimiento de un nuevo egoísmo

a-4-3. El Yo, el temor a la muerte y la procreación

a-4-1. Generalidades

Para los filósofos griegos, como lo es para el común de la gente actual, era un hecho obvio que lo observado y el observador eran entidades separadas y de esto nació la convicción, aun hoy vigente, de que la especie humana (en su calidad de observadora)

nace y se desarrolla de manera independiente al proceso general del universo (lo observado).

Un efecto de este razonamiento fue la teoría geocéntrica que prevaleció hasta finales del medioevo. Durante dos mil años se pensó que siendo el hombre el centro de la vida, su casa (la tierra) también era el centro del universo”.

La teoría geocéntrica expiró a finales del medioevo, sin embargo la comunidad científica sigue razonando bajo la misma premisa.

Poco importa que la ciencia viva momentos jamás soñados, que existan telescopios instalados en el espacio a cientos de kilómetros de la tierra, o naves que viajan hacia remotos planetas o haber cifrado en 27 mil millones de años el origen del universo o estar penetrando en el misterio de la procreación con experimentos clónicos y células madre, etc.

Los pilares conceptuales de los científicos continúan siendo los mismos y al razonamiento enunciado líneas arriba suman este otro: “La vida humana es la única y verdadera vida, por tanto no puede haber vida sino en su casa (la Tierra)”.

Y ¿quién podría afirmar que en los usuarios de la ciencia, el común de la gente, no esta sedimentado esta misma actitud?

a-4-2. El nacimiento de un nuevo egoísmo

Continuando en esta línea especulativa concluyeron que la vida de un individuo (observador) es independiente de la de los demás (lo observado).

De esta manera consolidaron el egoísmo.

Se dice, con justicia que la guerra es el motor de la historia pero se olvida mencionar que el combustible del motor es este egoísmo

El egoísmo es un ingrediente natural de nuestro tiempo.

En el pasado encarnaban este egoísmo los héroes, quienes, entre la admiración y el temor que suscitaban, encabezaron la marcha de la evolución. En el presente el egoísmo ha degenerado en egocentrismo y los héroes de antaño han sido reemplazados por sus degradaciones: los políticos.

Desde el comienzo de la era actual, el Yo, su derivado el Mío, y la concepción materialista del mundo y de la vida, acompañan todas las acciones del hombre.

Pero, en ninguna forma que tomen, el Yo o el Mío, pueden ser calificadas de malas o buenas, son funciones con una gama muy amplia de manifestaciones. En nuestra época el egoísmo es tan necesario para proyectar y realizar cualquier acción, como lo son los pies para caminar. Lo que cuenta para la evolución son sus calidades y sus metas.

Noe hubo de reafirmar su Yo para salvar a la humanidad. Igual hicieron Buda, Moisés, Jesús y tantos hombres preclaros que, a lo largo de la historia, contribuyeron tanto al bienestar común como al descubrimiento de los fines trascendentales de la vida.

Pero, en ellos el Mío era generosidad, era llevar a cabo un desarrollo personal para luego brindar sus beneficios a los demás.

A estas nobles actuaciones del pasado se anteponen en el presente, las despiadadas decisiones egocéntricas de los gobernantes de algunos países que detentan el poder

materialista (económico y militar) y la codicia insaciable de aquellos que ocultos tras el cortinaje del anonimato dirigen a estos.

La humanidad, que en periodos anteriores debió ser un todo orgánico y en continua interacción con el universo, fue rebajada conceptualmente a ser un conjunto de individuos que solo pueden concebirse a sí mismos y a los otros en la dimensión física de sus cuerpos y de sus pertenencias.

En otras palabras con los filósofos griegos comienza la degradación del Yo y el Mío.

a-4-3. El Yo, el temor a la muerte y la procreación

Desde entonces, en cada individuo subyace la creencia que fuera de su Yo y sus posesiones la vida carece de sentido. Los efectos más extendidos de esta falacia es el temor que todos sentimos ante la muerte. Temor que tiene sus raíces en el terror del Yo a perder su identidad. El Yo se identifica con su cuerpo y sus pertenencias y la muerte le arrebató a ambas.

El temor a la muerte incentivó el cultivo de la función pro creativa de la sexualidad pues los hijos dan al Yo la falsa sensación de prolongarse en el tiempo.

En este tema, en los tiempos primeros, tanto en oriente como en occidente, se dio prioridad a la calidad de la procreación, la más excelsa función sexual. En las crónicas de la Grecia Magna, de China o India, dioses y diosas seducen a hombres y mujeres con la expresa intención de fecundar seres superiores.

Pero con el devenir de los siglos la preferencia por la calidad en la procreación fue descendiendo paulatinamente, hasta llegar en la actualidad a un claro predominio de la cantidad. La preocupación primera de los progenitores es el número de hijos. Responden a esta actitud los métodos anticonceptivos y las fecundaciones in vitro.

En cuanto al aspecto general de la sexualidad, la publicidad y los medios han colaborado en la conversión del sexo en un factor de seducción y reclamo, de indiscriminado uso y abuso en todos los estratos y manifestaciones sociales.

a-5. El dualismo en la concepción de naturaleza humana

Del dualismo “observador-observado”, se ramificó la idea que el mundo y el mismo hombre está formada por dos partes de naturalezas absolutamente opuestas y separadas sin un nexo entre ambas. Luego, Descartes oficializa la composición del ser humano en psiquis y soma.

En nuestros días, derivado de las investigaciones genéticas, el hombre está a punto de ser considerado una célula inteligente que se multiplica a sí mismo.

El nexo entre el observador y lo observado no fue ni es aceptado porque significa admitir que, entre ambos, no existe separación alguna sino que, por el contrario, están en constante intercambio de influencias que la fuerza vital de la vida lleva a uno a convertirse en el otro y viceversa.

En el tema de la salud, Hipócrates consolida el dualismo inventando el principio médico que se enuncia en “Los contrarios curan a sus contrarios”. Hasta nuestros días, la medicina no abandonó el principio socrático. Para ella la salud oscila entre dos estados:

la buena salud y la mala salud o enfermedad. Para ella un individuo no puede estar sino sano o enfermo. La existencia de un estado intermedio le hubiera supuesto aceptar el hecho inaudito que todos estamos medio enfermos o medio sanos.

El dualismo redujo a dos, las tres fases de nuestras funciones y actividades, que como anteriormente expusimos son un reflejo natural de la organización tripartita del Universo.

En la Grecia clásica, el mundo de las ideas de la cual emanan los fenómenos, enunciado por Platón, aun mantenía un débil puente entre ambas partes pero fue echado abajo por su discípulo Aristóteles.

En la actualidad, la composición de cuanto existe: materia-energía, entre los científicos y profanos, se inclina desmesuradamente en favor de la materia. A los primeros les basta la genética y la física para explicar el mundo y la vida. Para los segundos no hay mejor meta que la supervivencia y el disfrute consumista.

a-6. El dualismo en la conducta social y personal

En nuestras actividades, la atmósfera egocéntrica de esta edad de la humanidad, nos lleva a dividir nuestras actividades en dos bandos, aquellas sobre las que podemos ejercer nuestra voluntad y aquellas sobre las que nuestra voluntad tiene muy limitado dominio. Como es natural, el Yo, da notoria relevancia y prevalecía a las actividades primeras sobre las segundas. En tanto que ignora las actividades centrales, las de mayor importancia.

Un ejemplo que salta a la vista nos lo da nuestra función de nutrición, de ella exhibimos y/o hacemos ostentación del acto de comer (en restaurantes, etc.), el primero de sus actos, en tanto que ocultamos su acto final, la evacuación. Mientras que, al nexo entre ambos, el proceso digestivo pasa desapercibido.

Otros ejemplos: en la procreación, su primer acto, la fecundación, es considerado en extremo íntimo y privado, en cambio el acto final, el nacimiento del hijo, tiene matices públicos y es el de mayor difusión social. El nexo entre ambos, al proceso de gestación, se lo deja en manos ajenas.

corolario

En la Grecia clásica, el enigmático Pitágoras, aporta a la ciencia la demostración matemática, el más sólido de sus pilares, con la demostración del teorema que lleva su nombre. Desde entonces el cálculo empírico es desplazado por ecuaciones con valor universal e intemporal y la lógica matemática se convierte en la base del quehacer científico.

Pero, la progresión del pensamiento filosófico, tal como lo entendió Pitágoras que fue inventor del término "filósofo", no estuvo exenta de acontecimientos nefastos.

El mismo sufrió las consecuencias de ser un adelantado a su tiempo y murió, en el incendio de su escuela, provocado por una turba a la que dirigía el envidioso Cilon.

Igual suerte corrió Sócrates quien, acusado por Pólipo de corromper a la juventud, fue condenado a beber el veneno de la cicuta. Su único delito había sido demostrar que los modos de razonar que aun sobrevivían del pasado, carecían ya de vigencia.

En física, coetáneo a Pitágoras, Demócrito enuncia su teoría del átomo como unidad básica e indisoluble de la materia. Teoría que permaneció vigente hasta el siglo XIX.

b. Civilización

Entendemos por civilización la concretización con fines prácticos del pensamiento filosófico y cultura.

En tiempo de la Grecia clásica, en tanto se consolidaba el pensamiento filosófico que habría de ser los cimientos de la Cultura occidental, iban apareciendo los elementos con los cuales llevar la práctica de la evolución. Estos elementos, de uso cotidiano y aplicación general, desde entonces hasta nuestros días, se han constituido en los medios insustituibles en el intercambio, comunicación y relaciones entre hombres y naciones. Entre otros elementos tenemos: la moneda, el transporte marítimo, las calzadas, conducción, canalización y distribución urbana del agua, el calendario.

La moneda: en Grecia y Libia, alrededor del año 600 a.e. se acuñaron las primeras monedas que dejaron en desuso al trueque, hasta entonces operante.

Transporte marítimo: alrededor del año 800 a.e. los fenicios inventan el tirreno haciendo del **transporte marítimo** el medio principal para el comercio. Desde aquel tiempo, la navegación marítima no ha dejado de perfeccionarse y en la actualidad, continúa manteniendo su rol hegemónico en el comercio, la economía en general y la guerra. En el comercio es insustituible en el transporte de los grandes volúmenes. En la economía siendo la única vía para la movilización del petróleo. En la guerra, ocultando a submarinos con cargas nucleares. A lo mencionado se puede añadir la importancia que tuvo en el conocimiento real de nuestro planeta. A finales del Medioevo, gracias a la navegación se llegó a América y con ello se confirmó la redondez de la tierra.

Caminos El año 332 a.c. Roma inauguró la vía Apia, su primera **calzada**, en reemplazo de los caminos de tierra apisonada. La innovación romana aun perdura y las autopistas no son sino sus adaptaciones perfeccionadas.

La ciudad, en Grecia adquiere una identidad propia. Roma la perfecciona con la conducción, distribución y canalización urbana del agua. Las tuberías de plomo que entonces sirvieron para tal fin se mantuvieron vigentes hasta muy entrado el siglo XX.

En derecho, el código de Ammurabí se convierte en el Derecho romano y este en base de la jurisprudencia actual.

El calendario: por orden de Julio César y Cesar Augusto, astrónomos griegos, uniformizan en un calendario común los diversos cómputos del tiempo de los pueblos que abarcaba el imperio romano. De este calendario, actualizado por orden del papa Julio, nos servimos en la actualidad.

Igualmente, Roma universaliza el sistema numérico decimal y la milla como unidad de medida.

En arte: en la Grecia magna se establece el **modelo estético** basado en las proporciones armónicas del cuerpo humano. Modelo que ha servido de canon e inspiración a lo largo de este periodo

En la comunicación escrita, los **Egipcios inventan el papel, los fenicios el alfabeto.**

D. Religión

En China, India y oriente medio, emergieron seres iluminados cuyas prédicas subyugaron a las gentes de entonces y continúan haciéndolo con las del presente.

En China, entre las guerras fratricidas que asolaban el país, surgieron **Confucio (551a.e.-479a.e.)** y **Lao-tse (604a.e.-531a.e.)**. El primero intentó recuperar y actualizar los valores éticos de sus antepasados mientras que el segundo creó el Taoísmo, que es la vía hacia la unidad viva formada por el hombre y el cosmos

En India, el príncipe nepalí **Sidharta Gautama (560a.e.)** se erige maestro de una nueva doctrina: el budismo.

En Oriente medio, para revitalizar la entonces decadente religión judía aparece **Isaías (700a.e.)** anunciando la venida del Mesías redentor. De sus enseñanza brotaría el cristianismo. Quinientos años más tarde, la unicidad divina que ambas sostienen, reaparece vigorizada con el Profeta Mohammad.

VI Resumen

En síntesis, la existencia de la humanidad abarca un ciclo completo y sigue el proceso común a todos los ciclos. Un día apareció sobre la tierra y otro día desaparecerá y entre ambos extremos atraviesa por periodos cíclicos que son análogos a nuestras edades.

En la actualidad nos encontramos entre el fin de uno de ellos; que es análogo a la vejez en el ciclo vital de cualquier individuo; y el comienzo de otro, que es análogo a nuestro nacimiento e infancia (Pg. 63).

No obstante, ignoramos la ubicación en que se encuentran uno y otro periodo dentro del ciclo total de la humanidad pues, para ello se requiere conocer el momento histórico de aparición del primer hombre (N.1), algo imposible en el actual estado de conciencia del hombre.

Para identificar el periodo o edad presente de la humanidad hemos recurrido a la comparación de sus manifestaciones culturales, científicas y religiosas, así como de sus métodos y procesos de formación, con las características conductuales y fisiológicas derivadas de la **jerarquía funcional** (Pg. 15) propia a cada edad.

La jerarquía funcional (pg. 15) es una cualidad poco atendida en el conocimiento de la naturaleza humana a pesar de ser nuestro cimiento vital. De no existir este orden dinámico, en el que las funciones se alternan hegemonías en concordancia con las exigencias del clima y momento cíclico, sería imposible tanto la adaptabilidad a los climas del ser humano como la misma existencia puesto que significaría que todos los órganos, en cualquier circunstancia y tiempo, funcionarían al unísono y con el mismo potencial.

La confrontación comparativa dio como resultado la coincidencia de las manifestaciones de nuestra era actual con las del último sector de un ciclo vital o, dicho en otras palabras, con las de nuestra vejez.

Este último sector cíclico, o vejez, de la humanidad, se inició (Pg. 59) en un tiempo indeterminado durante el cual sucedió el cataclismo llamado Diluvio universal; pero el instante presente, que en términos cíclicos sería el final del sector o, expresado de otro modo, la vejez de la vejez (N. 2) (en un individuo, su decrepitud), remonta sus comienzos al primer milenio anterior a la era cristiana.

En aquel tiempo se establecieron las bases de la cultura dominante de este periodo, también llamada Cultura occidental (pg. 9).

Debido a que el orden social es una condición indispensable para la evolución, para establecerlo, en cada época existió una representación conceptual de la realidad, la cual servía para uniformizar el pensamiento en la población mundial. Tal representación constituyó la cultura dominante de la época, un modelo para las actividades humana y, para la invención de algunos elementos básicos que servían para establecer las relaciones de intercambio y armonizar conductas.

Y en segunda instancia, se necesitó de una nación con suficientes recursos como para convertir esa estructura de conceptos en lo único existente e imponerla en un radio de acción mundial.

Sin embargo, debemos insistir a riesgo de ser reiterativos, en que el hombre, ni en aquel primer momento ni en ningún otro de su historia ha gozado de total libertad de

pensamiento (pg. 4) como para ser, el mismo, quien determine de modo absoluto la vía y ritmo de su existencia.

Las edades, o periodos cíclicos, nos condicionan a pensar, sentir, actuar de maneras específicas en un rango de posibilidades limitado al nivel de conciencia que tenemos en la edad en curso.

Y, otro tanto sucede con el conjunto de la humanidad.

Por esta razón, siendo la finalidad de la especie humana la evolución o desarrollo de su conciencia por medio del conocimiento de si mismo y de su entorno; y no teniendo la capacidad para lograrlo por si mismo, necesariamente debe ser guiado en su desarrollo por alguien apto para ello.

En efecto, existe un colegio de sabios que detentan un cuerpo orgánico de conocimiento apropiado para este fin (Pg. 26). Su labor que abarca todos los campos, en especial el establecer los cimientos de las culturas dominantes, se inicio con el primer hombre y solo cesará con el último, cuando el ser humano, al alcanzar el completo desarrollo de su conciencia, se trasmute a un estado superior.

En los primeros siglos de este tiempo último, la vejez de la vejez (Pg. 53), Grecia y Roma tomaron el relevo a los países que sustentaban la cultura dominante del periodo anterior.

Desde entonces han trascurrido tres mil años pero los conceptos culturales y filosóficos, así como los elementos unificadores y el método romano, del uso del poder militar para imponerlos, se han mantenido vigentes, salvo adaptaciones, hasta nuestros días.

Pero, en este tiempo de transición, se hallan en franca disolución (Pg. 95) y son reemplazados paulatinamente por los del ciclo que se avecina.

Algunos ejemplos de este proceso son :

Era actual que termina

1. El materialismo. Existe solo lo que se puede testimoniar con los sentidos.
2. La vida inteligente es exclusiva de nuestro planeta,

Están siendo remplazados por:

- 1a. El meta-materialismo. Existe una realidad infinitamente pequeña imposible de detectar con los sentidos, tampoco con tecnología conocida. La física cuántica percibe sus huellas.
- 2a. La aceptación de la existencia de agua en todo el universo es la antesala a la aceptación de vida inteligente en otros lugares del cosmos.

Entre los recursos de relación

1. La moneda aparecida en Grecia y Libia los años 500 a.c.
2. La primacía de la navegación marítima (se inició con la invención del trireno el año 800 a.c. por fenicios) sobre la terrestre, etc.
3. La energía fósil: carbón, petróleo
4. La electricidad

Están siendo reemplazados por:

- 1a. Las tarjetas de crédito y documentación bancaria
2. La navegación aérea. Con apenas un siglo de existencia, ha adquirido un desarrollo insospechado que sobrepasa con creces al de la navegación marítima.
- 3a. La energía eólica y la solar.
- 4a. El magnetismo.

Un nuevo ciclo se acerca y, con él, se está formando un nuevo ser humano, con una fisiología modificada, respecto a la nuestra, que le permitirá percibir y acomodar su existencia al mundo (¿cuántico?) meta-materialista del ciclo futuro.

En el hombre del nuevo ciclo primará su esencia sobre su forma y su habitat (sencillamente por el impulso expansionista inherente a todo grupo social) se extenderá al universo, estableciéndose relaciones regulares con habitantes de otros lugares del universo.

Sin embargo, el nuevo periodo cíclico aún debe manifestar su presencia con rotundidad y lo hará con la misma vehemencia que lo hizo el que termina.

Es decir, si entonces el elemento desencadenador fue el agua, ocasionando el llamado "Diluvio universal", esta vez lo será el viento (lo cual no excluye la participación de los elementos restantes: fuego, agua, tierra y metal (la guerra)).

En lo que respecta a acontecimientos sociales en este tiempo de transito, causa asombrar las similitudes de E. U. (en el presente: país administrador de la Cultura occidental) con el Imperio Romano, (que expandió y administró la civilización y cultura en los comienzos de este último periodo) en sus formaciones, desarrollos y proyecciones.

Ambos nacen de la emigración y carecen de tradición, antecedentes culturales propios y pasado histórico definido. El poder de uno y otro está basado en la fuerza física y económica con proyecciones expansionistas a escala mundial.

Roma es el único país de la antigüedad que eligió una fecha precisa (21 de marzo de 734 a.c.) para su fundación lo que también hizo E. U.

Incluso las tácticas de guerra de los Hunos, que desmembraron el imperio romano, se asemeja a las del actual terrorismo que amenaza la integridad de E.U.

En el pasado, el hieratismo de las legiones romanas sucumbió ante la movilidad de la caballería. En el presente, la sofisticada tecnología militar se enfrenta al arma más elemental que pueda conocerse: el propio hombre (un suicida). Parecería que, como sucede en el crepúsculo de un ciclo vital cualquiera, las características del final se asemejan a las del comienzo.

No obstante, en esta época de cambio, que nos muestra un panorama mundial aparentemente desolador, cabría preguntarnos ¿qué actitud individual deberíamos tomar?.

Indudablemente la respuesta del colegio de sabios sería "continuar evolucionando".

Pero, ¿cómo hacerlo?

En la primera parte de este libro nos aventuramos a poner en tela de juicio aquellas pseudo verdades que nos dicen lo que somos, a que debemos aspirar, etc. y lo que es el mundo en que vivimos. Así mismo intentamos explicar, recurriendo al saber primigenio, a nuestra naturaleza humana, su proceso evolutivo y finalidad, sacando a luz su

característica fundamental que es el orden jerárquico de sus funciones. Lo hicimos siempre apoyados en el saber primigenio y, siguiendo esta misma línea, en la segunda parte del libro proponemos soluciones prácticas a los acuciantes problemas de salud y existenciales.

Entre otras: retirar el exceso de energía que contienen los recuerdos para que estos no afloren con tanta insistencia a nuestro consciente. De este modo podríamos evitar dialogar con ellos y así detener el flujo mental, que es un monólogo interno constante y agota nuestra vitalidad. De evitar este escollo que nos aleja del momento y del lugar, y ateniéndonos a la ley fundamental que dice que la existencia solo puede darse en un equilibrio de fuerzas, se podría abandonar con relativa facilidad el desequilibrio pasajero de nuestra fisiología, a lo que llamamos enfermedad.

Recordemos que los conceptos que acompañan a las enfermedades, en especial las denominadas graves o incurable, están almacenadas en nuestra memoria en calidad de recuerdos y el miedo que suscitan hace mas daño que la enfermedad misma.

Igualmente, nuestra mente, libre del flujo mental, podría desarrollar su inclinación al conocimiento, ya no descifrando los contenidos de los recuerdos, sino el de la energía que llega hasta nosotros, nos atraviesa dándonos la existencia y continua su viaje en el infinito.

La energía es una y durante su recorrido, desde su fuente de origen va impregnándose de las características de los lugares por donde pasa de tal modo que al llegar a nosotros trae consigo una valiosa información que si pudiéramos descifrarla nos develaría muchos misterios del universo y de nosotros mismos. Este desciframiento sería semejante al análisis de las aguas de un río que se lleva a cabo para conocer su contenido y conociéndolo adivinar los lugares por los que paso y su origen. Naturalmente, como en este caso, para el análisis de la energía necesitaríamos un laboratorio apropiado, cabe pues preguntarnos si lo poseemos. Sin duda, la respuesta es afirmativa, dicho laboratorio sería nuestra propia mente liberada del acoso de los recuerdos.

Notas

1. La historia del hombre se resume a la historia de la búsqueda de una identidad.

En el ser humano, el sentido de identidad es un instinto y lo define en tres acápites principales. El primero es la pertenencia a un árbol genealógico específico que resume la familia. El segundo acápite abarca: la nación, etnia, religión o pertenencia a un grupo social en el que se engasta nuestro árbol genealógico y, en tercera instancia se encuentra la especie sapiens o grupo mayor que aglutina a todos los individuos, genealogías y naciones.

En tanto especie, ignoramos nuestro origen y siendo este incierto también lo es nuestra identidad, la meta y sentido de la vida.

En nuestra época, mitos, religiones y filosofías, han hecho de nuestro origen su punto central y no han logrado sino dar forma al creacionismo y evolucionismo, dos propuestas diametralmente opuestas que en la actualidad dan pie a una tercera de orden ecléctico.

Pero también la ciencia esta comprometida en esta tarea. No por otra razón, nuestros científicos dedican sus esfuerzos a conocer la naturaleza y el comienzo del universo,

investigan el genoma, la fisiología cerebral o el comportamiento humano, dando nacimiento a un buen número nuevas disciplinas cada vez mas especializadas.

La Cultura occidental, dominante de este periodo, ha sedimentado en científicos y profanos la creencia que el hombre es una combinación de energía y materia, con predominio de esta última, y que, ha llegado a ser lo que es por evolución de otros seres vivos e inferiores a el, en un proceso independiente del universo.

De nuestros progenitores, nos dice, que es una especie homínido perdida y con ello ha dado al ser humano un origen falso. De lo contrario consideremos lo siguiente: En todas las especies del reino animal sus miembros nacen conociendo el uso de sus funciones, los pájaros vuelan, las serpientes reptan, los potrillos trotan, etc. En cuanto a la nutrición y lenguaje, cada especie elige sin equívocos los alimentos que le son adecuados y lleva incorporado a su naturaleza un lenguaje que le permite comunicarse con sus congéneres.

Ahora bien, preguntémonos, ¿por qué; si la evolución implica que la especie evolucionada, para que pueda sobrevivir, tenga disposiciones análogas o mejores a la especie que le dio origen, por qué el hombre, proviniendo del animal, no ha heredado estas cualidades?.

En el reino animal es el único ser que nace ignorando la ejecución correcta tanto de sus funciones elementales como la selección de sus alimentos o un lenguaje. Desde el punto de vista de la evolución, esta característica en realidad rebaja al hombre a la condición de aprendiz de animal.

Por otro lado la evolución también implica una especialización fisiológica, es decir la adaptación de la nueva especie a un medio y clima específicos fuera de los cuales no podría sobrevivir. El pez no podría sobrevivir fuera del agua ni los pájaros en ella, tampoco las especies de climas cálidos subsistirían en lugares álgidos ni viceversa.

Por esta especialización fisiológica, el ser humano debería circunscribirse a determinados lugares y climas y solo a estos.

Pero, sucede todo lo contrario.

Desde un polo al otro, en islas, desiertos, altas montañas, llanuras, incluso sobre lagos (tal el caso de los Uros poblaciones aborígenes del lago Titicaca), etc. se encuentran asentadas poblaciones humanas desde hace milenios sin que en sus miembros se manifiesten modificaciones esenciales en su organismo.

En cuanto al creacionismo. Si Dios creó al hombre a su imagen y semejanza y si Dios es perfección y amor, cabe preguntarnos ¿por qué el hombre no heredó estas cualidades de su creador? ¿Por qué Dios necesitó del barro para modelar la forma del hombre cuando El con una sola palabra creó el universo ?

Reiteramos: el creacionismo, defendido por las religiones, no nos parece sino un indicio, de los enseñantes, adecuado a la percepción materialista del hombre de esta época para estimularnos a la búsqueda de nuestra verdadera identidad y, por tanto, del sentido real de la vida.

Del falso origen animal del ser humano que subyace en nuestro subconsciente deriva la meta que hemos impuesto a nuestras vidas, la de sobrevivir cada vez mas en mejores condiciones físicas y el mayor tiempo posible.

Esta es causa de muchas de las atrocidades que se cometen en nombre de la defensa de la propia vida y del bienestar, entre otras: las guerras para apropiarse de bienes ajenos, la avalancha de productos técnicos y de consumo que deterioran y distorsionan nuestro potencial humano, la codicia despiadada de las multinacionales, etc.

Y, lo peor es que las maquinarias de la guerra y del bienestar actúan con nuestra complacencia. En el primer caso debido a nuestra indiferencia o falta de medios, en el segundo porque estamos tan habituados a sus productos que no podemos renunciar a ellos.

Como ilustración de nuestro apego a la comodidad, solamente en cuanto a la industria del papel que destruye nuestros bosques, que contamine el aire, el mar y los ríos, podemos preguntarnos los occidentales que si para reducir la tala de árboles y el humo contaminante del aire que emiten las fabricas, es decir en beneficio de la naturaleza y de nosotros mismos, ¿renunciaríamos, simplemente al papel higiénico?.

2. Cada sector de un ciclo es, en si, otro ciclo y ambos obedecen a las mismas leyes. Es decir, cada edad tiene un comienzo, desarrollo y final. Dicho en otras palabras, tienen infancia, juventud, adultez y vejez. Así, según la posesión dentro de la vejez, podemos decir, la infancia, la juventud, adultez o vejez; de la vejez.

Pretendemos demostrar que lo que entendemos por salud y enfermedad son simples conceptos que no se corresponden con la verdadera naturaleza humana y que si los aceptamos como estados reales, condicionando a ellos nuestras vidas, es porque así fueron impregnados en nuestra conciencia, por la educación y la sociedad dentro del conjunto de valoración de la cultura occidental. De aquí que siendo esta materialista, ni la ciencia medica ni sus usuarios pueden concebir la vida humana sino desde el punto de vista de la supervivencia.

Pero ¿ qué valor tendría la vida human sin un propósito mayor que la simple supervivencia? ¿No es acaso la supervivencia la aspiración común a los insectos y a todo animal?

Igualmente postulamos que la humanidad sigue el mismo proceso cíclico que cualquiera de los individuos que lo conforman. En consecuencia tuvo infancia, juventud, adultez y vejez y, en cada uno de estos periodos, el hombre ha tenido modificaciones sustanciales en la totalidad de su ser. En este contexto la Cultura occidental no es sino la interpretación expresada en conceptos de lo que, por imperativo de su edad o periodo cíclico, el conjunto de la humanidad percibe de la realidad y no de la realidad misma.

Y si los individuos no podemos sino adecuar nuestra conducta a sus dictados es porque al mismo tiempo que nos proyecta su contenido , modela nuestra conciencia con un esquema mental que no nos permite aceptar, ni dar validez a otras facetas de la realidad, valores, conceptos o formas de vida de los que ella defiende.

Vivimos pues en un mundo virtual, construido por conceptos que apenas rozan la realidad.

De aquí que nuestro estudio investiga la dimensión humana mas allá de los limites del esquema mental y de los valores establecidos por la Cultura occidental. Nuestra meta es aproximarnos a la verdad objetiva con la finalidad de obtener claridad mental, serenidad emocional y equilibrio físico, tres condiciones que deberían constituir el verdadero estado de salud que no es, como usualmente se lo concibe, la mera ausencia de dolor.

La primer parte del libro esta destinada a analizar los valores básicos de las Cultura occidental y el esquema mental que lo sustenta.

Es un estudio dinámico que demuestra que la cultura occidental está unida casuísticamente a las culturas que nos precedieron y que, todas ellas, han sido

creadas por un saber primigenio que fluye como la corriente de un río desde el alba de la humanidad hasta el presente.

Su segunda parte expone algunas nociones del saber primigenio y, con ellas, al mismo tiempo que analiza nuestros process determina el periodo cíclico o edad en que se encuentra la humanidad.

Su tercera parte propone un modelo de acción cuya aplicación serviría tanto para la remisión de dolencias como de incentivo en la búsqueda para nuestras vidas de un sentido superior a la simple supervivencia.